Juan Carlos Boveri



Escenas reflejadas en fragmentos de un espejo roto

Imagen: Mujer en el espejo - Vera Rockline
Ediciones Bec

Escena 1

Cinco minutos antes de la medianoche de un invierno

Era una niña y era la hora de la siesta. Se sentó en el umbral de su casa. La calle estaba despoblada.

Un pájaro voló. Vio su vuelo.

Vio cómo se detuvo aferrándose a un cable negro.

Lo vio mover nerviosamente la cabeza, ahuecar las alas.

Lo vio caer imprevistamente al suelo.

Había muerto. (Y un instante antes volaba más alto que las enormes copas de los árboles).

Había muerto. Y sin nadie. Solo ella, una espectadora.

Miró el cielo. El cielo estaba detenido, por completo inmóvil.

Las nubes se movían sobre él. Inmensas nubes que se deshilachaban a medida que avanzaban.

Más lejos, invisibles a sus ojos, planetas, estrellas, cometas, asteroides, también se movían en el cielo inerte.

El cielo que veía no era el cielo que imaginaba. En este cielo no había oído que escuchara ni voz que pronunciara palabra.

Bajo este cielo había volado el pájaro.

En una fracción de tiempo, tan pequeña, casi imposible de medir, había perdido este cielo, la dicha de volar, la satisfacción del reposo después del vuelo.

Ella no lloró, tampoco enterró al pájaro ni contó que lo había visto caer. Solamente lo recordaba, siempre.

Ahora, lo recuerda.

Con toda claridad ve cómo el pájaro se desploma quedando como dormido sobre el suelo.

Ella ya no es la niña que observaba desde el umbral. Es una mujer muy vieja. Lo suficientemente vieja como para estar sentada en un sillón, junto a la ventana, y ver cómo el pueblo que conoció ha desaparecido lentamente hasta convertirse en un sitio extraño, poblado de figuras y sonidos completamente desconocidos. Tan vieja como para odiar a los espejos y las fotografías que le devuelven la imagen de una mujer que no es ella.

¿O es ella, Dolores Torgelle, ese cuerpo débil con la piel sin brillo cubierta de incontables arrugas y esa alma sin ilusiones colmada por los recuerdos?

Tiene consciencia de haberlo perdido todo: belleza, vigor, esperanza, deseo, amor. Jamás sus labios volverán a arder con un beso o su cuerpo a temblar con una caricia.

Sus hijos apenas rozan sus mejillas con un beso de saludo, como si temieran contagiarse de vejez o enfermedad. Para ellos, es como un orzuelo al que se espera ver desaparecer.

Muchas veces, sus ojos se llenan de lágrimas. Las lágrimas pretenden mojar su cara, pero ella no lo permite, secándolas con rapidez, impidiendo que puedan verla y sentir que así pierde, aún más, la dignidad.

De pronto, una gota de lluvia resbala por el vidrio de la ventana. Se desliza con lentitud, dejando una huella tenue. Se detiene. Permanece quieta un instante y continúa resbalando.

Otras gotas golpean contra el vidrio y desaparecen rápidamente. Pero esta gota se mantiene sobre el vidrio y cae como si intentara aferrarse a la superficie, negándose a la caída. Vuelve a quedar inmóvil. Parece luchar contra su destino.

Finalmente, como si se quedara sin fuerzas o se soltara de una mano que la sostuviera, acaba por caer.

La huella casi imperceptible que dejó comienza a borrarse y nuevas gotas terminan por hacerla desaparecer.

Alguien entra al cuarto y cierra las cortinas.

Escena dos

Hace tiempo tuvimos un perro

La muchacha está sentada en el bote. La mayor parte del bote está sobre la orilla. La popa del bote está sobre el agua. La muchacha está con las piernas colgadas y los pies metidos en el agua. Tiene puesto un vestido amarillo algo desteñido y lleva el cabello recogido en la nuca.

El hombre hace rato que la observa.

Está a más de cien metros. Ahora, camina hacia ella. Renguea al caminar. Está descalzo y sus pantalones, arremangados por encima de las rodillas, se ven mojados. Lleva una caña de pescar y una cesta vacía.

A espaldas de la muchacha y, todavía, a varios metros de ella, como forma de saludo, le pregunta:

—¿Cómo está?

La muchacha no lo vio acercarse, pero no parece sorprendida.

—Bien —responde sin girar el cuerpo.

—Hace rato la veo ahí sentada. No creo que sea de por acá.

—No —dice, sin alterarse—. Estoy esperando a alguien. Me dijo que lo esperara acá.

El hombre se acerca un poco más. Se toca una cicatriz que tiene en la frente, parece ser un gesto habitual en él.

—En esta época, muy pocos vienen a la laguna. Me gusta pescar. Vengo todos los días o casi todos los días... La verdad es que vengo cada vez que puedo.

El hombre está muy cerca de la muchacha. Puede ver su cara de perfil. Es demasiado joven y sus ojos son claros.

—Me llamo Luis Matienzo, trabajo en el correo.

La muchacha tuerce ligeramente la cabeza.

—Yo soy Murra —dice.

—¿Murra? Ese sí es un nombre.

—Nadie cree que sea mi nombre. Piensan que es un apodo.

—Yo lo creo.

La muchacha sonríe o, más bien, hace una mueca de desconfianza con los labios.

—¿Hace mucho que espera?

—No sé qué hora es.

—Pasadas las cuatro.

—No mucho.

Hace más de dos horas, el hombre la vio sentada en el bote.

—Está por llover —dice.

La muchacha mira las nubes grises y oscuras.

El hombre está casi a su lado.

Puede ver que ella tiene las piernas largas y delgadas y que el vestido le cubre hasta la parte superior de los muslos. En el vientre, el vestido forma un bulto apenas pronunciado.

—¿Está embarazada?

La muchacha mueve los pies en el agua.

Mira hacia el medio de la laguna. Mueve la cabeza varias veces, con lentitud, afirmando.

—Es muy joven —dice el hombre.

Ella no contesta.

—¿Cuántos años tiene?

—Cumplo diecisiete el otro mes—responde con desgano.

El hombre chasquea la lengua contra el paladar.

—¿Está esperando a su marido?

—No soy casada. Espero a mi novio —vacila y agrega: —Yo digo que es mi novio.

—¿No está segura?

La muchacha se suelta el pelo y vuelve a recogerlo con una cinta elástica. El cabello de la muchacha es largo y claro. El hombre parece pensar que con el cabello suelto la muchacha debe resultar realmente atractiva.

—¿Quién está seguro de algo? —le responde.

El hombre la mira con calma.

—Tuve un perro, iba conmigo a todas partes. Dormía echado al lado de mi cama.

La muchacha se muerde una uña.

—¿Qué fue del perro? —pregunta mirando la uña.

—Lo envenenaron. Demoró dos días en morirse. No quise tener otro. ¿Tuvo un perro?

La muchacha contesta sin titubear.

—Se llamaba Tuni. No sé por qué se me ocurrió ese nombre. «Ahí va Murra con Tuni», decían. Mi viejo me estaba golpeando. Siempre me golpeaba cuando se emborrachaba. Pero esa vez era peor que otras. De verdad que me hacía daño. Creo que grité demasiado. Tuni quiso defenderme y mi viejo le cortó la garganta con una cuchilla.

La muchacha se golpea el muslo, como si la hubiera picado un mosquito.

—¿Su mamá no hacía algo?

Ella levanta un hombro.

—No me pareció. Tampoco me interesa lo que haga. Es cosa de ella. Sé que no quiero convertirme en una vieja así. Me dan asco sus arrugas.

—Es difícil entender a las mujeres. Mi mujer me abandonó.

Él está mirando el cielo oscurecido que, al otro lado de la laguna, parece desplomarse atrás de los árboles.

—¿Fue hace mucho? —pregunta ella con fría gravedad.

—Más de cinco años. Siempre supe que me engañaba. Pienso que no fue el único que tuvo. Éramos recién casados y ya me mentía para ir a acostarse con el amante.

La muchacha saca un pie del agua y se mira el pie mientras mueve los dedos.

—¿Por qué no hizo algo? En su lugar, yo hubiera hecho algo.

El hombre demora en responder, como si estuviera pensando la respuesta.

—Debe ser porque es preferible sufrir con lo que ya se conoce que arriesgarse a un nuevo sufrimiento.

La muchacha se pasa ambas manos por el pelo, despeinado por el viento.

—Es cierto —dice.

Él mueve los labios, como si acomodara saliva en su boca.

Una ráfaga de viento lo golpea en la cara.

—No falta mucho para que llueva —dice—. Va a ser una tormenta fuerte. Le convendría buscar un sitio donde guarecerse.

—Puedo esperar —la muchacha le responde con abulia.

El hombre da la impresión de haberse confundido, como si no supiera qué actitud emprender o qué decir.

—No se preocupe por mí. Sé arreglarme sola. Le aseguro que sé cómo hacerlo.

—¿A qué hora le dijo que vendría?

La muchacha se queda en silencio. Luego, dice:

—A las tres.

El hombre mira el reloj en su muñeca. Se acaricia la cicatriz de la frente.

—Ya pasó más de una hora.

La muchacha despega un chicle de su muela y comienza a masticarlo con un gesto de indiferencia.

—Eso debió ser ayer —dice la chica, como si hablara consigo misma—. Anoche se me ocurrió que en el mundo debe haber centenares de chicas como yo, que pasan el tiempo pensando

en el hombre que aman o el hijo que tendrán. Después, pensé que pude confundirme y no ser hoy. Tal vez, sea mañana. No estoy segura del día que me dijo. Me parece que era hoy, pero puede que sea mañana.

—¿Cuándo se lo dijo?

—El mes pasado o un mes y medio atrás. Él fue a verme. Es muy bueno conmigo. Jamás me pegó o me gritó por ningún motivo. Me dio dinero. Dijo que arreglaría las cosas con su mujer y me esperaría acá. En realidad, dijo que me vería allá, donde están los bancos de piedra. Pero desde ahí puede verme con facilidad. Él sabe que nunca dejaría de venir.

—Los hombres y las mujeres no somos confiables.

—Yo confío en él. Sé que no me miente.

—¿Por qué no vino, entonces?

—Tuvo que ocurrirle algo. O, como ya le dije, soy yo la que me equivoqué de día. Puede ser que el día sea mañana.

El hombre puede estar pensando en cuál es la razón por la que los sentidos se empañan y aparece la obstinación o la necesidad de creer en lo que es falso.

—Es posible que venga —dice, con un poco de compasión.

La muchacha se acomoda un bretel.

Comienzan a caer unas finas gotas de lluvia.

—Más allá hay una casilla. Siempre está abierta. Puede esperarlo ahí.

—Me gusta la lluvia. Deje de preocuparse por mí y vaya. Le aseguro que puedo cuidarme sola.

El hombre da varios pasos y se detiene.

—Mi viejo también se emborrachaba. Me rompió la rodilla con un martillo. Desde chico, quedé rengo.

La muchacha se inclina y escupe el chicle en el agua.

—En mi pueblo hay un hombre rengo. Vive en una pocilga. Tiene mal olor y pide comida en las casas. Antes, le tenía miedo. Después, dejó de importarme. Los chicos le tiran piedras.

Ella vuelve a sacudir los pies en el agua.

Él le mira la nuca y la blanca piel de la parte superior de la espalda que el vestido no cubre.

—Me preguntó por qué no hice nada con mi mujer. Le mentí. Mi mujer no me abandonó. La maté. Supe que tenía un amante. Después, la encontré con él. Mi idea era matarlos a los dos. No sé por qué decidí matarla a ella sola.

La muchacha lo escucha sin mostrarse inquieta.

—Estuve preso. Hace seis meses que estoy libre. Tampoco es cierto que trabaje en el correo. Eso fue antes. Estoy sin trabajo, hago un poco de esto y de aquello. Vengo a pescar para vender lo que consigo. Lo que no puedo vender, queda para mí —mira la cesta y agrega: —Hoy no fue un buen día.

—¿Por qué me dice todo eso? —pregunta la muchacha.

—No sé. Me dio la impresión de que usted tenía algo que ver conmigo. No sé cómo explicarle.

—¿Qué puedo tener que ver con usted si nunca nos vimos antes? —dice la muchacha con un tono áspero.

El hombre se queda mirándola como si estuviera frente a un paisaje desolado.

—Tiene razón. En un rato se larga el chaparrón. Siempre llueve en esta época del año. Ojalá tenga suerte y sea hoy el día.

El hombre comienza a alejarse.

La muchacha no lo ve distanciarse y sigue sacudiendo los pies en el agua.

Las gotas de lluvia son más continuas y gruesas.

La muchacha dice:

—Yo no tengo días de buena suerte. Sé él que nunca va a venir. Tampoco puedo volver a casa. No sé si mañana vendré acá. A lo mejor, sí. Nunca sé lo que voy a hacer al otro día.

Se incorpora y, con los pies en el agua, ve que el hombre ya está muy lejos y no pudo escucharla.

Descalza, con los zapatos en la mano, camina lentamente por detrás del hombre.

El hombre se pierde de su vista atrás de las casillas.

La muchacha murmura; parece que trata de recordar el nombre del tipo con el que habló y se da cuenta de que nunca lo miró a la cara.

Llueve torrencialmente.

La muchacha está completamente mojada y camina un poco más rápido, como si comenzara a sentir frío.

Escena tres

Trampas

—Si salís, va a matarte.

—No creo que llegue a tanto. Todo lo que querrá es darme unos cuantos golpes.

—Lo conozco. Tiene el revólver. Va a matarnos.

—¿Cómo podés saberlo?

—Es mi marido. Llevo tres años viviendo con él.

—Se lo ve tranquilo. No va a hacer una locura.

—Él sí. Lo conozco bien.

—No hace nada. Escarba la tierra con un palito. ¿Qué espera?

Dice mirando por las hendijas de la celosía cerrada.

—Que salgamos. Quiere matarme.

—Estás exagerando. Reconozco que la situación es incómoda, pero no pasa de eso. Lo demás son tus miedos y tu fantasía.

—¡La chata de Enrique! Paró frente a la casa.

Ella puede ver a su marido. Tiene en la mano un delgado pedazo de rama y hace figuras sobre la tierra.

Ve a Enrique bajarse de la chata y acercarse a su marido.

Ve a su marido hacer un movimiento de sorpresa.

Enrique se sienta en el suelo, junto a él.

Su marido agacha la cabeza y permanece en silencio.

Ahora ve cómo Enrique lo palmea en la espalda, se pone de pie y se dirige hacia la casa.

—¿Qué pasa?

—Voy a abrir. Es Enrique.

Entra decidido. Mira a su alrededor. Hace un gesto de fastidio.

—¿Qué hacés acá? —pregunta ella.

—Fui a buscarlo al correo. Tenía que hablar con él. Me dijeron que se había ido. Le pregunté al viejo Matienzo y me dijo que vio al hijo pasar frente a la casa, viniendo para este lado. Me imaginé que estaba acá.

—¿Qué te dijo?

Enrique sonríe.

—Quiere hablar con vos. ¿Cómo se te ocurre venir con la camioneta de tu papá?

Ella se encorva de hombros

—El viejo Matienzo te vio pasar varias veces y le contó. Tenés que ser muy estúpida para pasar frente a la casa de tu suegro.

—No fue una buena idea —dice ella, totalmente abatida.

—El viejo Matienzo no sabía adónde ibas. Luis, tampoco. Y te siguió. Vino otras veces. Se quedó del otro lado de los ligustros. Hoy se decidió.

—¿Cómo sabés que me siguió otras veces?

—Acaba de decírmelo. Además, era el único que no lo sabía. Todo el pueblo sabe lo que estás haciendo.

Ella se queda callada.

—Estamos en la zona de las quintas, la casa vecina está a cien metros. No hay tapiales que puedas saltar y jurar que visitabas al de la casa de al lado. No tenés salida. Lo único que te queda es salir y hablar con él.

—Va a matarme.

—¿Luis? ¿Por qué haría eso?

—Es lo que yo le dije —dice el otro hombre.

Ella lo mira de reojo. Hay desprecio en su mirada, como si acabara de darse cuenta de que es un idiota.

—¿Tiene un revólver?

—No vi ninguno.

—Me va a pegar. Sé cómo es. Me dará una paliza.

—No sé si te golpeará, pero es tu única salida. Si te pega, tendrás unos moretones por varios días. Te prometo que no voy a dejar que te dañe demasiado.

—¿Lo prometés?

—¿Por qué te diría una cosa que no pienso hacer?

—Tiene razón —dice el otro hombre—. Tenés que salir.

Ella gira la cabeza y lo mira con rabia.

Vuelve a mirar a Enrique y le pregunta:

—¿Creés que todo lo que va a hacer es golpearme?

—Sabés bien que Luis nunca le hizo mal a nadie. Al contrario, se lo hicieron a él. No tuvo una buena vida. El pobre pensó que sería distinto con vos.

—No digas más. Ya tengo bastante.

—Hablá con él de una buena vez.

—Y después, ¿qué va a pasar?

—Preocupate por esto. Ya veremos después.

Ella asiente moviendo la cabeza.

Abre la puerta y sale.

Cuando su marido la ve, se incorpora y espera que se acerque. Ella se detiene a un metro de distancia.

—El vestido es nuevo —dice él.

Ella se queda callada, como si la hubiera sorprendido el tono apacible de la voz de su marido.

Luego, escucha cómo, con el mismo tono de voz, le dice:

—Se huele la ropa interior sucia. Es un olor asqueroso.

Ella retrocede.

Mira angustiosamente hacia la casa.

—No te preocupés. El asunto era con ella. También pensaba matarte a vos, pero lo convencí de que no te hiciera nada. De todas maneras, no salgas y esperá que llegue la policía.

Enrique dice esto después que se escucharon los seis tiros.

Escena cuatro

Alguien hace un viaje sin importancia

Está sentada en un banco del andén. El resto del andén está vacío. En toda la estación no vio más que al hombre somnoliento vendiéndole el pasaje.

Hace rato que mira las vías y, de vez en cuando, desvía la mirada hacia el leve movimiento de las ramas de los árboles que se extienden a lo largo y muy cerca de los rieles.

En los brazos sostiene al bebé. Duerme profundamente, como si nada en el mundo fuera capaz de interesarle. Tiene su brazo izquierdo cansado, tan cansado que apenas lo siente. De todos modos, no cambia de lugar la cabeza del bebé. Es posible que sea para no arriesgarse a despertarlo o porque ya no le importe el malestar en el brazo.

Al otro extremo del andén, aparece un hombre vestido con ropa de trabajo. Lleva una gorra en la cabeza. Muy lentamente, se acerca a ella.

—El tren está en la otra estación. En veinte minutos llega. ¿Lo espera hace mucho?

—Un rato.

El hombre sigue caminando, da la impresión de que la respuesta lo dejó indiferente.

Cuando ella tuerce la cabeza hacia donde fue el hombre, este desapareció metiéndose en alguna parte. Se queda quieta, con la vista clavada en las vías. Parece estar serena o increíblemente cansada. Ve cómo baja la señal de la torre.

El hombre reaparece en el andén. Mira las vías, en la mano lleva una bandera para hacer señales.

A ella la sorprende un poco ver, en la distancia, al tren. Es como si hubiera creído que nunca llegaría.

El tren está detenido frente a ella.

Pone la valija sobre el estribo y sube con torpeza.

Se sienta en un vagón caluroso donde hay dos hombres dormitando en asientos separados.

El tren vuelve a ponerse en movimiento.

El guarda entra en el vagón, ella le da el boleto.

El bebé continúa completamente dormido. Lo sigue apoyando en el mismo brazo.

Como si no pensara en nada, mira el paisaje.

Atrás de los árboles, el agua de la laguna brilla con la luz del sol. La ventanilla está abierta y entra el caliente aire del verano.

En la próxima estación no sube ni baja ningún pasajero, lo mismo sucede en la siguiente.

Ella está amodorrada por el calor y tiene cierto abatimiento. Cuando el tren se aleja de la última estación, ella se pone de pie, levanta el bolso y, con el bebé en brazos, se mete en el baño.

Hay un penetrante olor ácido que repugna.

Cierra la puerta y suelta el bolso sobre el piso.

La ventanilla del baño está cerrada. La empuja y se levanta la parte superior.

El aire, aunque pesado, refresca el ambiente y le permite respirar mejor.

Por el pequeño espacio abierto en la ventanilla, puede ver hacia afuera.

Comienza a contar los postes telefónicos. Los cuenta como si fueran los postes, no el tren, los que pasaran.

Su mano derecha está puesta en la cara del bebé.

Cuenta los postes.

Su mano aprieta la cara del bebé.

Cuenta los postes, ahora, en voz alta, en una media voz sin ninguna entonación particular.

Pone la mano en el pecho del bebé. El tren va a mayor velocidad. Pierde la cuenta de los postes.

Se inclina y saca papel de diario del bolso. Abre las páginas sobre el piso. Apoya al bebé encima de las hojas del diario. Lo va envolviendo como si estuviera haciendo un paquete.

Saca del bolso un ovillo de hilo.

Ata los diarios cruzando el hilo de la cabeza a los pies y a lo ancho del cuerpo del bebé.

Ajusta con fuerza el nudo.

Con los dientes, corta el hilo.

Sale del baño, va al pasillo y abre la puerta que da a las vías.

Mira las alambradas, el campo sembrado, los postes de teléfono extendidos a lo largo del camino. Cuenta algunos. Arroja el paquete, pero no lo ve caer. Está contando los postes.

Acomoda el bolso a su lado y recuesta la cabeza en el respaldo del asiento. Nota que tiene el vestido mojado. El sudor le mojó la espalda y, lo que le resulta curioso, la entrepierna.

Respira hondo, contiene el aliento y lo suelta inflando las mejillas. Mira los postes y comienza a contarlos.

Los ojos se le cierran. Se queda dormida.

Al despertar, hace un movimiento ansioso de desconcierto.

El tren está detenido en una estación.

Suben algunos pasajeros.

Ella se mira el brazo izquierdo, como si le faltara algo. Como si el brazo hubiera tenido adherido alguna cosa y esta se hubiera desprendido mientras dormía.

Lee en el cartel el nombre de la estación y decide bajar en el próximo pueblo.

Habrá un hotel y podrá dormir sola en una cama.

Dormirá toda la noche, sin nadie que la despierte a cada momento. Tiene poco dinero. No es la clase de chica a la que le importe que le alcance solamente para un par de días.

Ya buscará la forma de conseguirlo.

Escena cinco

La señora Marzot sale de paseo

La señora Marzot camina descalza y lentamente por la orilla de la laguna. Colgando del brazo, lleva un bolso del que sobresale un par de sandalias.

El sol desciende dejando una larga mancha rojiza por encima de los árboles, al otro lado de la laguna.

La señora Marzot tiene puesto un vestido liviano, con flores amarillas. El vestido le cae muy por debajo de las rodillas y, en la parte superior, el escote discreto permite ver parte de sus pechos abultados. En su mano, con cierta elegancia, sostiene una sombrilla con la que cubre su cabeza.

La pareja está sentada en uno de los bancos de piedra, a bastante distancia de la señora Marzot.

El hombre y la mujer se besan y se detienen para encender cigarrillos. Ella sopla sobre la llama del fósforo, apagándola.

—Es muy difícil estar con él —aspira el cigarrillo y suelta el humo hacia arriba—. Hay días en que está bien. Otras veces, chilla y se arroja al suelo. Se toca, es muy desagradable ver lo que hace. Mamá se pasa todo el tiempo atrás de él. Cuando era chico, no se notaba tanto que estaba así. Pero ahora es como que todo resulta más...

El hombre sacude un poco de ceniza que cayó en su pantalón.

—No debe ser cómodo tener a alguien así en la casa.

—Lo queremos. Esa es la razón. ¿Qué podemos hacer? Él no tiene la culpa de nada, nació así. Era un bebé muy lindo. Para mí era como un muñeco, me gustaba cuidarlo. Mamá me dejaba darle el biberón.

—Al hijo de la dueña del hotel dicen que lo internaron. Debía tener la edad de tu hermano. Yo lo vi tres o cuatro veces. No parecía tener nada raro hasta que lo mirabas bien. Me parece que hacer lo que hizo la dueña del hotel es lo mejor.

—No conozco a esa mujer. Nunca fui a ningún hotel.

—Claro... Ella lo internó.

—Mamá nunca haría algo como eso.

—Nunca se sabe. La gente cambia.

—Yo no la dejaría.

El hombre sopla por la nariz. Sonríe, apenas.

La mujer está mirando hacia la orilla de la laguna.

—Es la loca de Marzot —dice él—. Viene todos los días, la vi por acá en pleno invierno y hasta en días de lluvia.

—No hay nada de malo en que pasee —dice la mujer.

—Todo el tiempo anda con esa sombrilla. Nunca se la ve salir sin su sombrilla.

—Nadie puede sentirse molesto por eso.

—Es el modo en que se pinta la cara, cómo se viste. Tendrías que escucharla hablando.

La mujer se cubre los hombros con un saco de hilo.

—Cuando éramos chicos le arrojábamos mandarinas verdes a la sombrilla. Varias veces se la hicimos caer. Ella se agachaba, la recogía y continuaba con su paseo. Como si de verdad fuera una dama. Nosotros corríamos a escondernos, pero ella nunca protestaba. Eso es raro. Cualquiera al que le hagan una cosa así se enojaría y querría desquitarse.

—Me parece una crueldad.

—Las mujeres ven todo de otro modo.

—Ella ni siquiera se quejaba. ¿Para qué molestarla?

—Creo que la odiábamos.

—¿Por qué? ¿Qué había hecho?

—No importa lo que nos hiciera. Basta con verla. Cualquiera se da cuenta. ¿Es tan difícil de entender? ¿Sentiste odio alguna vez? No creo que no sintieras odio alguna vez. Todos sienten odio alguna vez.

La mujer da la impresión de querer recordar.

—No. Al menos a ese punto. Jamás se me ocurriría odiar a alguien que no me hizo nada. ¿Por qué lo odiaría? No entiendo a los que odian sin que les hayan hecho algo.

El hombre suelta una bocanada de humo. Rápidamente, el viento la disuelve frente a su cara.

—Cuando se es chico se hacen muchas cosas.

—Apuesto que si pudieras, en este momento, le tirarías una piedra sobre la sombrilla.

—Está loca. Le daba de comer a más de treinta gatos. Todos los gatos vivían con ella. ¡Treinta gatos! Hay que estar loca para vivir con treinta gatos. El mes pasado, alguien envenenó a los gatos. Murieron todo**s**. La loca los enterró uno por uno; cada uno en su fosa, como si fueran personas.

La mujer tiene el ceño fruncido, su boca está ligeramente distorsionada. Se acomoda el pelo con un ademán nervioso y, con algo de desencanto en la voz, pregunta:

—¿Se puede hacer tanto daño porque sí?

—Eran gatos. Alguien se sintió molesto. Pasa todo el tiempo.

—¿Tiene hijos?

—Nunca se casó. En la casa vivía con la hermana, que también era una solterona. El año pasado, la hermana se electrocutó con un cable que estaba caído frente a la puerta de su casa. La hermana era tan loca como ella.

El hombre se pasa la mano por la boca, parece que sonríe.

La mujer no deja de seguir los movimientos de la señora Marzot. La ve detenerse y mirar el agua.

El agua es de un color marrón y tiene algunos reflejos rojizos.

—La loca estuvo doce años de novia. ¡Doce años! Él la dejó por otra. Se fue de viaje y volvió casado. Es gracioso, pero siempre vivieron uno enfrente del otro. Él no se mudó y, hace años, vive con la mujer y los hijos a calle de por medio con ella. Pienso que ella se quedó virgen, pero no estoy seguro de que sea virgen. Nunca se conoce del todo a nadie.

La mujer asiente con la cabeza y sonríe con algo de amargura.

—Es mejor que nos vayamos. No quiero perder el colectivo.

El hombre la toma del brazo

—Es temprano. Puedo llevarte hasta tu casa.

—Me esperan para cenar.

—Son apenas sesenta kilómetros. Sobra tiempo.

—Prefiero hacer el viaje en el colectivo.

—¿Te pasa algo?

—No. Llevame hasta la parada de colectivos.

—Alguna cosa te pasó. Dame un beso.

La mujer aparta la boca cuando él quiere besarla.

El hombre la toma de los brazos con ambas manos.

—¿Vas a decirme qué te pasa?

—Te dije que nada.

El hombre la abraza con un poco de prepotencia.

La mujer mira por detrás del hombre y hace un movimiento violento e inesperado.

Lo empuja.

Él trastabilla.

La mujer corre hacia la laguna.

El hombre intenta reponerse de la sorpresa.

Sin entender lo que ocurre, ve a la mujer corriendo hacia la orilla de la laguna.

La mujer corre desesperadamente hacia la orilla.

El hombre la escucha gritar, pero no entiende lo que dice.

La sombrilla está clavada en la orilla y la moja el agua de la laguna.

El hombre mira cómo la mujer corre desesperadamente.

Escena seis

Un remoto aroma de rosas

La señorita Ángela camina con lentitud en medio de las plantas y las flores. Sus manos, muy blancas, se estiran rozando apenas, con sus largos dedos, las hojas y los pétalos.

Él camina por detrás de ella. Ve sus cabellos rubios cayendo por debajo de los hombros redondos y, una vez más, parece invadido por una sensación de irrealidad. Como si ella no estuviera realmente allí y fuera un sueño o la imagen de un fantasma inventada por su mente.

—Usted es lo único que me importa en el mundo —le dice y su voz suena débil y llena de emoción—. Siento que estoy para siempre anudado a usted.

La señorita Ángela se detiene. Toma una de las macetas y, girando hacia él, se la entrega. Luego, vuelve a caminar mirando hacia uno y otro lado, como si buscara la menor imperfección para corregirla.

Con la maceta en las manos, él la sigue.

—Todas las noches me duermo alegre al pensar que en la mañana, poco después de despertarme, voy a verla. Mi vida no valdría nada si no la tuviera a usted. Toda mi esperanza es permanecer a su lado hasta el último de mis días.

Esta vez, la voz suena un tanto más segura y serena.

Otra vez, habla a espaldas de la señorita Ángela.

Lo hace desde los últimos diez años.

Casi a diario, le confiesa su amor.

Ella nunca se enteró.

La señorita Ángela es sordomuda.

Diez años atrás, él llegó al pueblo y fue al vivero a pedir trabajo. Duraba poco en los trabajos. Lo suficiente para juntar algún dinero y viajar al siguiente pueblo. Hasta que pudiera llegar a la ciudad. Pero no se fue del vivero. Se quedó por ella.

Entonces, la señorita Ángela era una adolescente de diecisiete años y él no había conocido a una mujer tan hermosa.

Su belleza no era solamente del rostro y el cuerpo, sino que nacía de su interior extendiéndose en sus delicados gestos, en su modo de caminar, en la forma de sonreír.

—Te quedás, pero cuidado con ella —le dijo, secamente, Antonio Quevedo—. Mi hija es un ángel, ¿entendés? Vos sos nada a su lado. Nada. ¿Te queda claro que si, alguna vez, intentaras algo, no habría sitio donde pudieras esconderte? Donde fueras, te encontraría y te mataría como un perro, como lo que sos.

Él había agachado la cabeza mientras Antonio Quevedo le decía esto.

Por supuesto que tiene claro que él es nada al lado de la señorita Ángela. Alguien como ella nunca puede fijarse en un hombre como él. Lo sabe muy bien.

Por más que le duela, reconoce que el padre de Ángela tenía razón. Toda la razón.

¿Qué es él sino un peón que vive en una pieza en las orillas del pueblo? ¿Para qué sirve sino para limpiar el vivero, regar y cargar las plantas? ¿Qué puede ofrecerle a la señorita Ángela? Pero, quizás, algún día, ella lo vea como un hombre. ¿Por qué no? ¿Acaso, poco antes de morir, no dijo don Antonio que un hombre debe saber esperar para que se cumplan sus sueños?

Cuando don Antonio murió, el vivero quedó a cargo de la señorita Ángela y de la tía Lucila.

Las dos mujeres viven juntas en la casa de al lado del vivero.

La señorita Ángela, como única dueña, decide en todos los asuntos y lleva la contabilidad del negocio.

La tía Lucila se encarga de atender las ventas y de todo lo demás una vez a la semana, cuando la señorita Ángela viaja a la ciudad.

A él nunca se le ocurre preguntar el motivo de esos viajes.

Es posible que siempre creyera que el motivo es la sordomudez de la señorita Ángela y algún control o aprendizaje que debe hacer.

En esos diez años, aprendió a comunicarse casi a la perfección con ella.

Le llevó mucho tiempo, pero consiguió aprender el lenguaje de las manos y a leer los labios. De este modo pudo recibir las instrucciones y los comentarios que ella le hacía.

Todas las veces, la señorita Ángela termina de comunicarse con él dedicándole una amplia sonrisa. Una sonrisa que a él lo hace sonreír y que conserva dentro suyo por el resto del día.

Un jueves, un día después del viaje que la señorita Ángela hizo a la ciudad, yendo en el colectivo de la mañana y regresando en el último tren de la noche, la señora Lucila lo llama a la oficina.

Sin preámbulos y diciendo todo como quien, antes, lo ha repetido varias veces a solas, le dice:

—Ángela decidió vender el vivero. Se va a vivir a la ciudad. Por fin, después de ocho años, el novio, ahora se le puede llamar así, se separó de su mujer y ya tiene listo el departamento para vivir con Ángela. Yo me quedo en la casa. Con mi pensión me alcanza para lo que necesito. Por vos no te preocupés. Vas a recibir lo que te corresponde. Al vivero lo compró Robledo. Lo quiere para el hijo. Dijo que no te precisa. En un momento, viene Ángela a pagarte lo que te corresponde. Podés ir al aserradero. Me dijeron que andan buscando gente.

Él está regando las plantas cuando ve llegar, y entrar rápidamente a la oficina, a la señorita Ángela.

—Dejá eso —le dice la señora Lucila—. Ángela te espera. Yo me ocupo de esto.

La señorita Ángela le entrega un sobre. Sonríe y extiende su mano por encima del escritorio. Él le toma la mano y la aprieta con suavidad, como si tuviera miedo de romperla.

Esa mano es blanca, suave y tibia. Muy distinta a la suya, oscura y áspera. Es como si tuviera vergüenza de su propia mano. La aparta de la otra mano y da la sensación de estar sintiendo que se lleva algo de ella adherido a la piel de su mano, como si le hubiese robado alguna cosa.

Sale a la calle. Alguien pasa en bicicleta y lo saluda.

Él contesta el saludo.

Comienza a anochecer.

Como alguien que no tiene demasiada consciencia de lo que sucedió, camina hacia donde las luces disminuyen.

Escena siete

Una historia de hotel (Pompas de jabón)

Lleva más de una hora haciendo pompas de jabón.

El chico está sentado en el suelo, al pie de la escalera que conduce al primer piso.

Desde su mesa en el comedor, el señor Levinas puede verlo mientras come. Sonríe viendo cómo una gigantesca pompa asciende vacilante y estalla repentinamente.

El señor Levinas solo ve la mitad del cuerpo del chico y cómo, de la otra mitad, surgen las pompas.

—¿Le sirvo el café? —pregunta Fernanda y el señor Levinas parece sorprendido, como si las pompas de jabón hubieran llevado muy lejos sus pensamientos.

—Por favor —responde al reaccionar.

Fernanda termina de limpiar la mesa. Su dedo meñique roza, apenas, la mano del señor Levinas. Sin decir palabra, retira el plato del postre y la jarra de vino vacía.

—¿Te dijo algo? —le pregunta Mara.

—No. Es un caballero.

—Sea lo que sea, hace meses que te mira. Además, las propinas que te deja son demasiado buenas.

—¿Qué hay con eso?

—Que algo significa.

—Puede que le guste cómo lo atiendo.

—O puede ser que con las propinas quiere darte a entender otra cosa y vos no te das cuenta.

—¿Qué querés decir?

—Nada. Es viajante y está acostumbrado a estar en hoteles. Muchas chicas se habrán metido en su cuarto.

—Yo nunca haría una cosa así.

—A lo mejor está enamorado.

Fernanda le da un empujón apartándola de su camino y se dirige a la mesa del señor Levinas. Deja la taza de café y sonríe.

—Gracias —contesta él, también sonríe y la mira a los ojos.

Mara sigue parada a la entrada de la cocina.

—Vi cómo se miraron —dice.

—¿Y qué? Es amable.

—No seas tonta, hasta podrías casarte con él.

—¿Cómo estás segura de que no es casado?

—Se lo pregunté hace mucho.

—Los hombres mienten.

—¿Y si fuera así qué? En este pueblo no aparecen muchos como él. Pasara lo que pasara, yo no perdería la oportunidad. Si tuviera tu edad, subiría a dormir la siesta con él.

—Estás loca.

—¿Y si no vuelve más? Si fuera la última chance de estar con él, ¿qué harías?

—Va a seguir viniendo todos los meses. Le va bien con lo que vende en el pueblo.

—No seas tonta. Esperá que vaya a dormir la siesta y entrá al cuarto. Es lo que está esperando.

—Nunca voy a ir —dice Fernanda poniéndose seria.

Mara chasquea la lengua contra el paladar y entra a la cocina.

—Espero que la dueña arregle ese ventilador de techo. En un mes, esto va a ser un horno —dice la cocinera.

Mara muerde una ciruela.

—Cada día me canso más. Me estoy haciendo vieja. ¿Ya te vas a tu casa?

—Hoy duermo la siesta acá. Hace mucho calor para ir a casa. No quiero estar cansada para la noche. Aldo me pasa a buscar.

—La dueña dejó la caja temprano —dice la cocinera.

—Se emborrachó temprano. El pobrecito está ahí solo, como siempre. Fernanda le dio de comer, realmente le tiene paciencia. Hasta le preparó un tarrito con agua y jabón y le enseñó a hacer pompas.

—Pobre criatura. Y con una madre así—dice la cocinera.

—En fin —dice Mara suspirando—. Me voy a dormir.

El chico sigue sentado en el suelo.

Con la mano simula el vuelo de un avión.

Mara se le acerca y le hace cosquillas en las axilas.

El chico se retuerce y ríe de una forma ahogada. Tiene los dientes desparejos y en los ojos una expresión de lejanía.

Un mechón de pelo castaño y desprolijo le cae sobre la frente.

Mara lo saluda agitando la mano; el chico, moviendo la suya, vuelve a imitar el vuelo de un avión.

En el pasillo que conduce a los cuartos de la planta baja, al pasar delante de la habitación de la dueña, Mara escucha los ronquidos atravesando la puerta cerrada. Se mete en uno de los cuartos vacíos y se quita toda la ropa, excepto la bombacha.

Acostada boca abajo, el sueño la vence fácilmente.

Al abrir los ojos advierte que durmió más de la cuenta.

Son las seis de la tarde.

Se baña y se viste con rapidez.

Casi corriendo, sale de la habitación.

La puerta del cuarto de la dueña sigue cerrada.

Se arrima apoyando el oído. No escucha ningún sonido.

Mara da la impresión de tranquilizarse. La dueña está borracha y hasta el otro día no se la verá aparecer.

Antes de entrar a la cocina, se cruza con Fernanda.

—¡Qué cara! —le dice.

El cuerpo de Fernanda tiembla ligeramente.

—¡Eh! ¿Qué pasa? —exclama Mara.

Fernanda tiene los ojos enrojecidos por el llanto.

Mara le acaricia el pelo.

—Vamos. ¿Qué pasó? ¿La borracha de la dueña te dijo algo?

Fernanda menea la cabeza.

—¿Entonces?

—Lo eché. Se fue —dice Fernanda, con la voz estrangulada en la garganta.

—¿Quién se fue?

—Se fue. Hizo las valijas y se fue. Lo amenacé con la policía. Te juro que lo hacía meter preso.

—¿Qué decís?

—¿Por qué tuve que hacerte caso?

—Tranquilizate. Contame de qué estás hablando.

—¿Para qué me dijiste que fuera a su pieza?

El chico pasa caminando muy despacio frente a ellas.

Sonríe al verlas.

Mara le contesta con una sonrisa forzada.

—Es un chico, ¿entendés? —dice Fernanda—. Es un retrasado. Le daba caramelos ese degenerado.

Fernanda se cubre la cara con las dos manos.

Mara abraza a Fernanda y mira al chico.

Abraza a Fernanda con más fuerza y mira al chico.

Fernanda tiembla y llora.

Mara mira al chico.

Escena ocho

Mucho después de los claros de luna

Cuando Elvira Baños se fue del pueblo y dejó las clases de música en la escuela y las de piano, con las dos únicas alumnas que tenía, fue reemplazada por el profesor Rukin.

El profesor no vivía en el pueblo y, un par de veces a la semana, llegaba en el tren para dar las clases.

Todos los jueves, después de enseñarle pacientemente a Clara Lecuona, se encontraba en la casa de Dolores Torgelle y, durante una hora, la preparaba para que pudiera rendir a fin de ese año, en el conservatorio de la ciudad, el examen que la convirtiera en profesora.

Ella tocaba mientras el profesor Rukin tomaba el té y comía las galletitas que siempre le servía la madre de Dolores.

Ese día hacía mucho frío.

Un grillo permanecía inmóvil en el piso, en el ángulo formado por dos paredes.

El profesor vio al grillo y dijo:

—Es raro que haya un grillo en invierno. Nunca vi uno en esta época. Dicen que traen felicidad al hogar.

—¿Hay un grillo? —Dolores dejó de tocar, daba la espalda al profesor—. Mátelo. No puedo ver ningún bicho.

—Toque, Dolores. Me entendió mal. No dije que hubiera un grillo en este cuarto.

La señora Torgelle había acompañado la taza de té con una pequeña copa de anís y, por cortesía, había dejado la botella sobre la mesa.

—Sírvase, si gusta. No espere a que lo haga yo. Ya sabe que no me agrada interrumpirlos —le dijo.

El profesor Rukin asintió con la cabeza y sonrió dejando ver sus dientes desparejos y amarillentos.

Dolores tocaba una pieza de Beethoven. Podía tocar mejor, pero no le gustaba Beethoven. Su preferido era Chopin. Su vida le parecía romántica y apasionada; era la clase de hombre con la que una mujer podía soñar. En cambio, de Beethoven tenía la imagen de un hombre sordo, despeinado y maloliente.

¿Por qué maloliente? No lo sabía, pero era su manera de describirlo cada vez que hablaba de él. Al profesor Rukin le resultaba absurdo cómo imaginaba a Beethoven, aunque entendía lo que Chopin despertaba en ella.

Hacía dos años que el profesor iba a la casa de los Torgelle.

Parecía que le gustaba estar allí, en compañía de Dolores. No para escucharla tocar el piano en forma mediocre, sino para tenerla cerca, como algo fresco y cálido a la vez.

El profesor era viudo y tenía un hijo, maestro rural, al que veía poco. En los últimos seis años, el profesor había vivido solo la mayor parte del tiempo.

En ese momento, estaba bebiendo la segunda copa de anís y oyendo cómo Dolores movía delicadamente sus pálidas manos recorriendo las teclas y haciéndolas sonar fuera de tiempo.

Fue raro que el profesor se sirviera una tercera copa de anís y la tomara de un trago, como si fuera a hacer alguna cosa y precisara darse valor.

Se levantó pesadamente de la silla y, como otras veces, se sentó en el taburete, junto a Dolores.

Ella se corrió para darle espacio.

Los dos cuerpos se encontraron tan cerca, rozándose, que los muslos de uno y otro se oprimieron mutuamente.

No había nada fuera de lo común ese día, excepto el grillo y la botella de anís.

—¿Alguna vez le hiciste una insinuación, un coqueteo? No me mientas. Sabés que sé cuándo mentís.

—¡Nunca, mamá! Fue como te lo conté.

—No lo hubiera sospechado jamás. Tan caballero como se lo ve. Es lo que siempre digo: no hay que fiarse de las apariencias. ¿Quién lo hubiera dicho?

—Tampoco hizo nada tan terrible. Me sorprendió, pero no hizo nada terrible.

—¿No te agarró la mano y quiso besarte?

—Sí y me pareció asqueroso que lo intentara. Es un viejo, le falta el pelo en la cabeza, las cejas las tiene blancas de canas. Es un viejo inmundo.

—¿Qué más te dijo?

—Ninguna otra palabra que no fuera que lo perdonara. Repetía que lo perdonara. También habló de estar confundido.

—¿Dijo algo más?

—No sé. Creo que dijo que estaba solo y que, desde que me conoció, se hizo ilusiones de no sé qué. Como si yo le hubiera dado ganas de vivir.

—Viejo estúpido —dijo la señora Torgelle, pero no pareció convencida de lo que había dicho.

—Es un viejo asqueroso. Eso le dije: viejo asqueroso.

—A esta casa no entra más.

—¿Es que puede volver?

—Con los hombres nunca se sabe. La semana que viene puede estar golpeando a la puerta. Si así pasa, la mando a Lucha a buscar a tu papá.

—Tenía mal aliento También se lo dije. Le dije que era un viejo asqueroso y que tenía mal aliento —Dolores hizo un gesto de desprecio.

—Lucha sacá esa botella de ahí. La copa y la taza tiralas a la basura —dijo la señora Torgelle.

Cuando Dolores se enteró de que el profesor Rukin había renunciado a la escuela se sintió aliviada. Nunca más lo cruzaría, ni siquiera casualmente, por la calle.

Entonces, ella tenía dieciocho años.

Más de cincuenta años después, recuerda al profesor Rukin.

Está sola en el cuarto, sentada en el mismo taburete, frente al piano desafinado y solamente útil para apoyar portarretratos y adornos.

Abre el piano levantando la tapa.

Las teclas se ven amarillentas y descascaradas.

Intenta tocar unas notas de una pieza de Beethoven.

Es la primera pieza que aprendió de memoria y la única que llegó a interpretar correctamente. Pero no puede continuar, sus dedos están endurecidos por la artrosis.

Mira sus manos: la piel se ve seca, resquebrajada y cubierta de manchas marrones.

De algún modo, cruel y brutal, todo su cuerpo se ha ido deshaciendo sin que ella tuviera real consciencia de lo que le estaba sucediendo.

Sus manos y las teclas conocieron el esplendor y lo perdieron definitivamente.

Se queda mirando las teclas.

Con los ojos brillosos, en voz alta, pero no demasiado alta, más bien susurrando, como si dijera lo que aprendió después de muchos años, dice:

—Perdone, profesor. Perdóneme.

Escena nueve

La casa de atrás de los árboles

—Buenas tardes. Busco la casa de Elina Solombres.

Matienzo deja la jaula vacía en la mesa hecha con tablones apoyados sobre dos caballetes. Mira con desconfianza al hombre, que saca media cabeza por la ventanilla del auto. Camina, rengueando, hacia él, sin contestarle, como si precisara tiempo para encontrar la respuesta adecuada.

—Buenas —dice, ya tan cerca que el hombre del auto puede oler el sudor de sus axilas—. ¿A quién busca?

—La casa de Elina Solombres. Me dijeron que queda en el camino de las quintas.

Matienzo se pasa la mano por la frente, tocándose la cicatriz encima de la ceja izquierda.

Ya es un hombre viejo, pero el gesto le quedó desde la adolescencia, cuando su padre volvió a emborracharse y lo golpeó con la regadera.

—Después de la curva. La casa está tapada por una arboleda. Pero no sé si lo atenderán.

El perro, que estuvo durmiendo a la sombra, parece reaccionar, se incorpora y va junto a Matienzo.

—¿Por qué no atienden? ¿Es así con todo el mundo?

Matienzo acaricia la cabeza del perro. El perro le refriega el cuerpo contra la pierna.

—Si no está Rita, la mujer de Solombres no le abre a nadie.

—¿Quién es Rita?

—Trabaja desde toda la vida con los Solombres. Yo era un chico y la veía pasar. Era jovencita, seria y muy linda. No se le conoció un novio. Se pasaba todo el tiempo en la casa y salía, nada más, a hacer los mandados. Ella fue la que se hizo cargo de todo, después de lo que pasó. La mujer de Solombres hace cincuenta años que no sale a la calle. ¿Usted es pariente?

—No. Tengo que verla por unos asuntos.

—Rita no debe estar. Todos los días, sale a comprar a esta hora. No la vi pasar porque estaba limpiando las jaulas. ¿Por qué no la espera acá y cuando pase habla con ella?

El hombre del auto da la impresión de aprobar la idea.

—¿Usted conoció a la señora Solombres? —pregunta, con cierto desgano que le provoca el calor.

—Claro que la conocí. Yo era joven cuando pasó aquello. Entonces, trabajaba en el correo y me acuerdo bien de él y de ella. No, en ese tiempo, yo ya había dejado de trabajar en el correo. Me pasaron cosas. Fueron años raros esos. Pasaron cosas que acá nunca pasan.

—¿Qué cosas?

—Cosas. Como le contaba, ella era muy alta, creo que más alta que él. Muy delgada, con la piel blanca, blanquísima, como

si fuera enferma. Él era un señorón. El padre había sido muy respetado y él heredó la plata y ese don de gente, ¿vio? Era un hombre que siempre estaba elegante, de traje y con sombrero. Tenían tres coches que vendieron poco después de lo que pasó. Las propiedades también las fueron vendiendo con los años. La que se encargaba era Rita. Me parece que ella tenía un poder y firmaba por la mujer de Solombres. Como le dije, a ella nunca más se la vio. ¿Por qué no corre el auto y lo pone a la sombra? Si quiere, baje y toma algo.

—¿Piensa que va a demorar mucho?

—No le sé decir.

El hombre mueve el auto hasta que lo cubre la sombra de los árboles y baja. Tiene la espalda de la camisa empapada de transpiración. El perro le huele los tobillos. El hombre le acaricia la cabeza con un poco de desdén.

—Venga —dice Matienzo y señala un banco de madera que está junto a la mesa, en medio del terreno que antecede a la casa—. Siéntese, ya le traigo algo para tomar.

—No se moleste —alcanza a decir.

Matienzo no lo escucha.

Entra y sale de la casa. En las manos lleva una botella de cerveza y unos vasos.

Da la impresión de que la presencia del extraño le hubiera dado nuevo aliento y la oportunidad de abandonar, por unos momentos, la soledad y poder conversar con alguien.

El hombre del auto toma un largo trago. La cerveza fría parece cambiarle el estado de ánimo.

Mirando las jaulas vacías amontonadas bajo un techo precario a un costado de la casa, pregunta:

—¿Qué fue lo que pasó con los Solombres?

—Dijeron que Solombres estaba limpiando una escopeta. Él, desde que era chico, y el padre siempre iban a cazar. Por estos lugares, por la laguna, hay muchos patos; muchas perdices y liebres. Aseguran que mientras limpiaba la escopeta se le escapó un tiro y mató al hijo de cinco años. Cuando Solombres vio lo que había hecho, se puso la escopeta en la cabeza y se voló los sesos. Así dijeron.

El hombre del auto respira hondo.

Seguramente, percibe un olor a tierra, pastos y árboles frutales, pero no consigue descifrar los olores y, simplemente, debe sentir que el aire está espeso, casi irrespirable. También debe notar que Matienzo lo mira con ojos solemnes, como si esperara alguna actitud de él.

—Se entiende que esa mujer se volviera loca —dice.

Matienzo se pasa la mano por la cicatriz.

El perro está echado bajo la mesa.

—Fíjese usted que a nadie se le ocurrió que se hubiera vuelto loca —dice Matienzo, con algo de desdén.

—Lleva cincuenta años encerrada.

—Se pensó en otras cosas.

—¿Cuáles?

—Vea, todos sabían que Solombres era un gran conocedor de armas. Le digo que lo he visto cazando patos y le aseguro que el hombre tenía buena puntería y sabía de armas. Cuando dijeron que se le escapó un tiro limpiando una escopeta, nadie de por acá creyó esa historia.

—¿Usted qué quiere insinuar?

—Nada. Lo que se dijo por ese entonces. Usted sabe que la gente siempre opina.

—¿La otra mujer estaba en la casa cuando pasó?

—Sí. Ella salió de testigo y todo quedó en la nada.

—No puedo entender qué hubiera ganado Elina Solombres. Es imposible pensar que hizo algo tan terrible y, después, se encerró cincuenta años, como si se hubiera condenado a cumplir prisión perpetua.

A medida que vacía la botella de cerveza llenando, de nuevo, los vasos, Matienzo tiene un insignificante rictus en los labios, como una sonrisa que solo él pudiera entender.

Mientras se lleva el vaso a la boca, su mano toca la pierna dañada, la toca en el sitio justo en que su padre le dio el golpe con la azada dejándolo rengo para siempre.

Da la impresión de estar en otra parte, pero, de improviso, pregunta:

—¿Usted viene por algún negocio?

—Por la casa. Soy abogado.

Matienzo espera.

—La casa no es de ella. Se la vendió a un amigo del marido y él se la prestó hace ocho años. Desde que él murió, los herederos le reclaman la casa. Me pidieron que viniera a hacer un último intento para convencerla de que abandone la casa. De todas maneras, ya se inició el juicio de desalojo y se va a tener que ir en unos meses.

—Esas mujeres vivieron casi toda la vida en esa casa, ¿qué va a ser de ellas? ¿Adónde van a ir?

El abogado se encorva de hombros.

—Se le tuvo mucha paciencia. Hasta me molesté en venir.

Matienzo asiente moviendo la cabeza y dice:

—¿Sabe qué estoy pensando? Hoy no la vi pasar a Rita y ayer tampoco. Estaba tratando de hacer memoria cuándo la vi por última vez. Ahí está el vecino de enfrente. Le pregunto a él.

Matienzo va hasta el medio del camino y, desde allí, alzando la voz, le pregunta al vecino si vio pasar a Rita.

Le contesta que no y que hace días no la ve.

Como si el abogado no hubiera podido escuchar, Matienzo, acercándose, le dice:

—No. Él tampoco la ve desde hace días.

El perro tiene la cabeza levantada y nunca dejó de seguir todos los movimientos de Matienzo, sin moverse de donde está, aletargado por el calor.

—¿Le parece raro?

—Un poco raro es.

—Puede que esté enferma. O no salga por el calor.

—Podría ser.

—Voy hasta la casa —dice el abogado, incorporándose con bastante desgano.

Sube al coche, arranca y va hacia la curva.

Encuentra la arboleda. Se detiene. Baja del auto.

Cubierta de ramas que descienden como brazos de los árboles, hay una puerta con despintados barrotes de hierro.

Entre los barrotes, puede ver el enorme jardín, el césped convertido en un matorral, los árboles cubriendo la casa.

La casa parece abandonada.

Todas las ventanas tienen los postigos cerrados.

Junto a la puerta de hierro, hay un timbre. Lo toca.

Golpea las manos. Sigue tocando el timbre.

Empuja la puerta. Puede abrirla.

Camina por el jardín. Los yuyos están altos.

Se queda mirando la casa.

Trata de ver dentro de la casa a través de los postigos cerrados. Un postigo está roto. Puede mirar lo que parece un living.

Hay sillones.

«¿Adónde van a ir?», dijo Matienzo.

Es probable que el abogado lo recuerde.

Camina hasta el auto. Se sienta frente al volante.

Se queda quieto. Otra vez, mira la casa.

Con el auto en marcha, retoma el camino.

Se detiene cuando lo ve a Matienzo.

Espera que Matienzo se acerque.

—¿Pasa algo?

El abogado suelta, lentamente, una larga bocanada de aire.

—Dígame cómo llego a la comisaría — le contesta.

—¿Por qué? ¿Vio alguna cosa rara?

El abogado entrecierra los ojos. Lo mira en silencio.

Escena diez

El águila de su nido no se despoja

—Vamos al living, señora. Allá está más fresco.

—¿Mi marido todavía no volvió?

—Es temprano.

—La comida se va a enfriar.

—La puse en el horno, quédese tranquila. No creo que demore en llegar.

—Siempre se demora. ¿El nene duerme?

—Sí, señora. Siéntese, le traigo algo de tomar. Hace calor.

El resto de la casa está en silencio. Las dos únicas habitaciones amuebladas son el living y uno de los dormitorios. En ese dormitorio, hay una cama matrimonial y una segunda cama, de una sola plaza. La casa está casi a oscuras. La única luz es la del día. El día comienza a extinguirse y la casa a quedar en sombras.

Querida prima: Sé que pasaron cinco años de la última carta. Por sobre todo, te escribo para notificarte que deseo que el terreno sea tuyo. No sé cuánto valdrá, pero está al día con los impuestos porque, cualquiera fueran las circunstancias, nunca dejé de pagar los. Sabés que siempre me gustó cumplir.

—Me gustaría que mañana te ocupés del jardín. Siempre quise tener un jardín grande, con toda clase de flores. Aquí es imposible, hay demasiados árboles. Nunca permití que los cortaran, me da lástima. Pienso que son seres vivientes, que tienen un alma y se alegran y sufren como nosotros. Mi marido dice que si sintieran gritarían al recibir un hachazo. ¿Cómo sabe mi marido que el árbol no grita y él es sordo para escucharlo? Vos, Rita, ¿creés que los árboles tienen alma?

—Sí. No hay razón para que no la tengan.

—José Luis Solombres dice que estoy loca si creo que los árboles tienen alma. ¿Por qué no tendrían alma?

—Mucha gente cree lo mismo.

—¿Por qué mi marido no cree en nada?

—Le dará miedo creer.

La señora Solombres frunce los labios. Toma el vaso con jugo y comienza a beber muy lentamente, con pequeños sorbos.

Rita la mira beber. Está quieta, de pie. La habitación queda en penumbras, apenas iluminada por la última luz de la tarde.

Cuando te entreguen esta carta ya te habrás enterado de las noticias. Es posible que no puedas entenderme, como no pudiste entender la razón por la que permanecí en esta casa. Muchas veces, yo misma tuve dudas sobre lo que estaba haciendo. ¿Pero *quién está realmente seguro de algo?*

Quitando unos pocos años (no te olvidés que entré a trabajar con los Solombres a los catorce), toda la vida estuve acá, junto a ella. Al principio, admirándola por lo gran señora que era. No había ninguna en el pueblo que tuviera su elegancia, sus modales, su manera de caminar. Después, cuidándola desde que ocurrió la desgracia y empezó su decadencia física y mental, su inmensa soledad, su ruina económica. Sin mí, ¿qué hubiera sido de ella? ¿Qué sería de ella si yo no hiciera lo que voy a hacer?

—Rita, ¿me arreglaste el vestido azul? Tiene que estar listo para el sábado.

—Quédese tranquila, ya lo cosí y lo guardé. Quedó perfecto. ¿Quiere el abanico?

—Alcanzámelo, esta casa es muy calurosa.

Rita mira las ventanas. Permanecen cerradas, excepto los postigos para dejar entrar la luz del día.

A la señora Solombres, en los últimos quince años, le molestan los ruidos del exterior, por mínimos que sean. Es como si necesitara poner una muralla entre ella y el universo.

Se aisló poco a poco, como esas cosas que se hacen sin pensar que están sucediendo. Con el tiempo, dejó de recurrir a las lágrimas y no parecía haber en ella ninguna lucha emocional. Su cuerpo se desgastó inexorablemente, pero ella no le prestó atención. Todo lo que hizo de su vida, durante cincuenta años,

desde la noche de aquel hecho, fue permanecer en la casa sin salir jamás, ni siquiera al jardín.

Una mañana despertó llamando a Rita. Esa mañana le pidió que planchara la camisa celeste del señor y que llevara a la tintorería el traje a rayas. Luego, le dijo que le arreglara el vestido azul para la fiesta del sábado en el club.

Con el correr de los días, Rita comprendió que la señora Solombres había atravesado un muro y el muro se había cerrado definitivamente a sus espaldas.

Sé que hasta vos misma tuviste dudas de lo que pasó esa noche. Yo estaba en la cocina y escuché el tiro. Fue como si el sonido rebotara contra las paredes y se hiciera más potente y prolongado de lo que realmente fue.

Escuché el grito de la señora. Nunca había oído a alguien gritar así. De ella, de adentro de ella, salía, en el grito, todo el dolor, la angustia y la desesperación que un ser humano puede tener en su alma. Corrí al living. La señora estaba de rodillas, abrazando al niño. El niño tenía la cara destrozada por el disparo.

El señor Solombres estaba en el sillón en el que siempre se sentaba. Sus ojos parecían estar vacíos. Puso la escopeta contra su pecho y tiró. Su cuerpo *fue hacia atrás y hacia arriba, al mismo tiempo. Quedó un segundo quieto, como si unos hilos lo sostuvieran y, como si los hilos se hubieran cortado, cayó hacia adelante, sobre la alfombra. La sangre saltó sobre la señora.*

La señora estaba bañada en sangre. Ya no gritaba. Creo que tampoco lloraba.

Yo no supe qué hacer. Me quedé ahí, estática, mirando. Por un momento, pensé que alguien vendría. No sé cuánto tiempo pasó, pero todo era como un cuadro: la señora de rodillas sosteniendo al niño en brazos; él, junto a ella, boca abajo; yo, de pie, mirando el cuadro del que yo misma formaba parte.

Lo único que se movía era la sangre. La sangre del señor y la del niño. Se movía deslizándose en la alfombra.

Nunca supe cómo llegué hasta la casa de Matienzo. Él vino conmigo y, cuando entramos, la señora estaba sentada en el sillón, cubierta de sangre desde la cabeza hasta los pies.

En el suelo, el señor y el niño. Ella los miraba con la mirada vidriosa, su cara parecía de cera.

Al señor se le escapó el tiro limpiando el arma y mató al niño. Eso fue todo. Lo demás que se dijo lo inventaron Matienzo y la Renga. Dijeron que ella lo mató porque se enteró que tenía una mantenida, una chica que no era de acá.

¿Creés que fue a la señora a la que se le escapó el tiro y mató al niño sin querer, cuando el pobrecito entró de golpe al cuarto? ¿Pensás que testifiqué en falso haber visto al señor Solombres suicidarse? ¿Creés que, por ella, seguiría mintiendo, aún en este momento, a horas de lo que decidí hacer?

—Rita, el señor todavía no llegó. Ya es tarde —la voz suena tremendamente débil.

—No se preocupe, señora —le toma la mano, parece sentir que esa mano es muy vieja y pierde toda la fuerza.

La casa está llena de sombras.

No sé cómo pasaron tantos años. Cincuenta. Ni me di cuenta de que las dos envejecíamos, que las dos compartíamos el mismo destino. ¿Cuál era nuestro destino? Nunca lo supe. No creo que ella haya tenido un instante de alegría en estos cincuenta años. Tampoco sé si lo tuve yo.

Ahora, no queda nada. El mes pasado cortaron la luz. Van a sacarnos la casa. Hace años que no es de ella. Nos hicieron un favor permitiéndonos seguir viviendo acá. Pero hace meses que la reclaman. Ella jamás se enteró de nada. Ignora que lo perdió todo. ¿Adónde va a ir? ¿Adónde voy a ir yo?

No sé si podés entender. Sé que todo esto es difícil de entender. La verdad es que no puedo decir si está bien lo que hice.

Y no sé si es lo mejor lo que voy a hacer.

No encontré otro camino. Ojalá el terreno te sea útil. Acá hay alguna ropa, pero está vieja y gastada. Nada que sirva.

Te dejo un beso y un fuerte abrazo. Rita.

Le suelta la mano.

La mano cae inerte y queda colgando a un lado del sillón.

Rita cierra todos los postigos.

En la oscuridad, va a la cocina.

Sin respirar, bebe el vaso lleno de jugo.

Se sienta a esperar.

Escucha el sonido de una gota de agua cayendo de una canilla mal cerrada.

Escena once

Historias repetidas y de nuevo repetidas

La ruta se extiende, inmensamente recta y vacía, entre los campos sembrados. Por las ventanillas abiertas del automóvil entra el denso aire caliente del verano. El hombre conduce en mangas de camisa, las axilas sudadas, y la frente húmeda que, de vez en cuando, seca con el dorso de la mano.

A la mujer la ve a la distancia. Está sentada a un costado del camino. Se pone de pie al ver el automóvil. Hace señas con el brazo. Él detiene el coche.

Ella se arrima, con un bretel caído y cargando un bolso.

Es muy joven.

—¿Puede llevarme?

—¿Hasta dónde va?

—Hasta donde pueda llevarme.

El hombre le mira las piernas cuando la chica se acomoda en el asiento. Como si adivinara lo que él acaba de pensar, ella estira el vestido hacia abajo y pone el bolso sobre sus piernas.

—¿Estuvo mucho tiempo esperando que pasara un auto?

—Estoy acostumbrada a esperar.

Él le mira los brazos descubiertos, están enrojecidos por el sol.

—¿Se peleó con su novio y la abandonó en el camino?

—No tengo novio. Tuve uno. Hace meses que no sé de él. Si le interesa saberlo, me bajé de un auto. El tipo escuchaba la radio a todo volumen y tomaba vino mezclado con naranjada que puso en un termo. Estaba medio borracho. Empezó a tocarme y me dio asco. Le faltaban dientes y tenía mal aliento. Paró el auto y quiso sacarme el vestido. Me golpeó en la cabeza y en los brazos. Salté del coche y pensé que se bajaría para seguir pegándome. Pero todo lo que hizo fue insultarme. Después, se fue. Es como si una chica no pudiera andar sola.

—¿Se siente bien?

—¿Por qué no?

—El tipo se sobrepasó y la golpeó.

—¿Por eso? No, no me pasa nada.

—¿Cuántos años tiene?

—Diecisiete.

—Es demasiado joven para andar sola. ¿Tiene familia?

—No. La tuve, pero ya no. Él hacía lo que quería conmigo y ella lo dejaba.

—¿Habla de su papá?

—Claro. Siempre estaba emborrachándose y golpeándome.

—¿Se escapó de su casa?

—No sé. No pienso volver.

—¿Cómo se llama?

—Murra.

—Debe ser un apodo.

—Nadie cree que me llame Murra. ¿Usted cómo se llama?

—José Luis.

—¿Cuántos hijos tiene?

—¿Cómo sabe que estoy casado?

—Lleva anillo.

—Un hijo. Cumple cinco años en dos meses. ¿Le gustaría casarse y tener hijos?

—No sé. No estoy segura.

—La mayoría de las mujeres que conozco dicen lo contrario.

—A lo mejor, no soy como ellas.

—¿Qué piensa hacer? ¿Tiene algún lugar para ir?

—No sé dónde voy a quedarme. Pero sé arreglármelas sola.

—Escuche. Falta poco para llegar al pueblo. No la puedo llevar conmigo, como se imagina. Pero un pueblo más allá, hay un lugar donde puede quedarse unos días.

—No puedo pagarlo.

—No necesita dinero.

—Por nada, no va a ayudarme. Yo sé que nadie hace nada por otro si no le interesa alguna cosa.

Él acomoda el espejito retrovisor.

Ella mira el camino.

—¿Y si quiero bajarme acá?

—Le diría que espere hasta que veamos la laguna. Tendría que caminar menos hasta el pueblo.

—Estuve en el pueblo donde usted vive.

—¿Tiene conocidos?

—Mi novio vive ahí. Mejor dicho, el que era mi novio.

—Seguro que lo conozco.

—Es casado.

—Entiendo. ¿Qué decide? Si acepta, tengo que desviarme del camino después de la curva.

—Me gustaría bañarme. Hace demasiado calor.

Pasando la curva, el automóvil se desvía entrando a un camino de tierra.

—Me lleva adonde usted quiere.

—¿No querés ir? ¿Te molesta que te tutee?

—Ya lo está haciendo. Además, usted es viejo. Un viejo puede tutear a una chica joven.

—Tengo treinta y cinco años.

—Lo que le digo. Es un viejo.

Él suelta una carcajada débil.

La chica hace una mueca con los labios.

Por detrás del coche, se eleva una nube de polvo. La nube de polvo lo sigue durante todo el trayecto.

—Yo sé quién es usted. No me di cuenta hasta recién. Usted es muy rico. Nadie en la zona tiene un auto como el suyo. Una vez, estuvo en mi pueblo. Lo vi pasar y pregunté quién era. «Ese es Solombres», me dijeron.

Él sonríe.

La casa es una de las primeras en la entrada del pueblo.

No se ve demasiado diferente a cualquier otra.

Apenas cruza la puerta, ella suelta el bolso dejándolo caer al suelo y dice:

—¿Compró la casa para traer a sus amigas?

—Era de mi papá. Ignoré que la tenía hasta que murió y me enteré por la sucesión.

—¿La usa muy seguido?

—Un par de veces. No soy como pensás.

—¿Qué sabe lo que pienso de usted?

—¿Qué creés de mí?

—Me gustaría bañarme.

—Podés hacerlo.

Ella se mete en el baño.

Él va a la cocina y busca algo para tomar.

Se lava la cara y se moja el pelo en la pileta de la cocina.

Ahora, va al dormitorio a buscar una de las toallas guardadas en el armario.

Parece recordar que en el baño no hay toallas.

Toma un toallón para alcanzárselo.

Al darse vuelta, la chica está parada en el vano de la puerta del dormitorio.

Está desnuda y su cuerpo completamente mojado.

Sin decir una palabra, se tumba en la cama, boca abajo.

A partir de este momento, Solombres va a perder el rumbo de su vida.

Como les sucede a todos, tampoco él sabrá el modo en que su existencia se transformó en un tormento. Mucho menos, el momento en el que comenzó.

El momento es este: cuando la muchacha sale desnuda y mojada del baño y se acuesta boca abajo en la cama.

Para Solombres, la muchacha será un enigma. Con su mujer, sin dudas, la mejor mujer de la zona, todo le resulta sencillo.

Ella siempre está donde debe estar. Siempre escucha de ella lo que desea escuchar o, al menos, lo que le parece razonable que ella diga. Con la chica, en cambio, se sentirá como si navegara en un barco con el timón roto.

—No sé cómo voy a llevarme todo esto.

—¿Querés irte?

—No voy a estar toda la vida encerrada. Llevo meses acá y vine por unos días.

—Podés quedarte el tiempo que quieras.

—Por ahora, está bien. Pero no salgo a ninguna parte, que no sea a comprar comida.

—¿Dónde querés ir?

—Me gustaría ir a la ciudad.

—Es lejos. No podría verte demasiado seguido.

—¿Y por qué tendrías que verme?

—¿Pensás dejarme?

—No soy nada tuyo. Otra vez estás tomando mucho. Es la tercera copa que te servís. No me gustan los borrachos.

—¿Qué querés de mí?

—Me gustaría estar en paz. Disfrutar. Acá me aburro.

—¿No disfrutás conmigo?

—No.

—¿Por qué? ¿No tenés lo que precisás?

—No.

—¿Qué te falta?

—Sentirme bien. Nunca me sentí bien en ninguna parte. En todas partes hay cosas que no me gustan. Acá también.

—Decime cuáles.

—No. Vas a enojarte.

—Decilas.

—No me gusta como sos en la cama.

Él se queda como si acabaran de darle un golpe en el mentón.

—No sos bueno en eso.

—¿Tenés mucha experiencia para saberlo?

—Sí. Mucha.

—¿Por qué te quedaste conmigo, entonces?

—Si no me dieras toda esa plata y los regalos, ya me hubiera ido. No me gusta el aliento a alcohol que tenés. La semana pasada vomitaste y tuve que limpiar el inodoro. Me dieron arcadas mientras limpiaba.

—¿Eso es todo? ¿No sentís algo por mí?

—¿Tengo que sentir algo?

Entonces, la golpea.

Nunca antes golpeó a una mujer.

Cuando ella cae al suelo, es como si descubriera su propia potencia y un demonio se apoderara de él.

La toma del pelo y vuelve a golpearla.

Con cada golpe que da va perdiendo por completo el dominio de sí mismo. Jadea, lo hace de una forma tan intensa que debe oír su propio jadeo. Da la sensación de crecer dentro de él la necesidad de matarla, de borrarla definitivamente de su vida, como si jamás hubiera existido.

Ella no se esfuerza en defenderse.

Parece habituada a dejarse golpear, como si supiera que defenderse agravará, aún más, la golpiza.

La chica queda en el suelo. Su cara está cubierta de sangre.

Él respira agitado, está bañado en sudor.

Sale de la casa dando un portazo y sube al coche tan rápido como puede, como si deseara llegar a su casa, estar en un sitio seguro, esconderse de todo esto. No recordar nada. Volver a vivir como vivió antes de conocerla.

Al salir, ni siquiera advierte que otro de sus autos está estacionado a pocos metros de la casa.

La señora Solombres ve cómo su marido se aleja.

Baja del coche, alta y delgada, y camina hasta la casa.

Golpea varias veces a la puerta.

Luego, mueve el picaporte.

Empuja la puerta, abriéndola.

La chica sigue en el piso. Está en posición fetal.

No llora ni profiere ningún quejido.

Da la impresión de no respirar o respirar apenas.

La señora Solombres se queda mirando a la chica.

Ese rostro desfigurado, esas magulladuras en los brazos, en el pecho y en las piernas.

Una franja de sol entra por la ventana y se desploma sobre el suelo, muy cerca de la muchacha.

Escena doce

Un camino que va a un solo sitio

El hombre está limpiando las jaulas de los pájaros. Toma un poco de vino de un vaso en el que flotan pedazos de hielo.

En el camino, pasando frente a la casa, ve a la chica.

Demora unos segundos en reconocerla y reaccionar.

Da unos pasos, rengueando, y grita:

—¡Murra!

La chica se detiene y gira el cuerpo.

Él va hacia ella. Están separados por la cerca de alambre que rodea la casa.

—¿Qué hace por acá?

Ella lo mira frunciendo el ceño.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Hablé con usted. Hace un tiempo. En la laguna. ¿Se acuerda? Usted esperaba a alguien, creo que a su novio.

Ella mueve la cabeza lentamente, como si afirmara algo que no le importa.

—Ya ve que no me olvidé de usted. Ese día, ¿se encontró con su novio?

Ella mira hacia el camino, la tierra está muy seca.

—No creo que eso tenga que ver con usted.

Él se pasa la mano por la frente, tocándose una cicatriz. Mira por encima de la cabeza de ella.

—Perdone. Le pregunté porque ese día me dijo que estaba embarazada. ¿Tuvo un hijo o una hija?

Ella mete los labios hacia adentro y los moja con la lengua. Sin mirarlo, le dice:

—Ya le dije que eso no tiene nada que ver con usted. No tiene por qué meterse en asuntos que no son suyos.

—Sí, supongo que tiene razón. Perdone, pregunté por preguntar. ¿Quiere sentarse un rato? Acá, bajo los árboles, está fresco. Puedo darle algo de tomar.

Ella se queda en el mismo sitio. Se acomoda el pelo detrás de las orejas.

—¿Adónde va?

—A lo de Solombres —contesta, sin mirarlo de frente.

—Queda pasando la curva. Esa casa no se ve desde el camino. La tapan los árboles. ¿A qué va?

Ella inclina la cabeza hacia uno y otro de sus hombros. Con la cara apoyada en uno de los hombros, dice:

—Tengo que hablar con la señora.

—No me parece que sea una conocida de ella.

—No tengo por qué serlo.

Él está con los brazos apoyados sobre la cerca.

Por un momento, parece desconcertado.

De repente, dice:

—Venga, tome algo. A esta hora, menos yo, todos duermen la siesta.

Ella tiene los zapatos llenos de tierra. Los zapatos son de taco bajo. Sus pies, dentro de los zapatos, arden por el calor.

Se decide a cruzar la puerta de alambre tejido. Se sienta en un banco de madera, debajo de un árbol, cerca de las jaulas de los pájaros. Están en un patio de tierra que se extiende por delante de la casa.

—Tengo vino. También un jugo que se prepara con soda.

—Deme el jugo.

Él entra a la casa. Sale con una botella, un sifón y un vaso. Cerca de la bomba de agua, hay un fuentón con una barra de hielo cubierta con una lona. Con la punta de un cuchillo, pica el hielo.

—¿Busca trabajo?

—No.

—¿Y para qué va a lo de Solombres?

—Para hablar con la señora, después me voy en el tren de las cuatro.

—Si quiere trabajar, en el hotel buscan a alguien.

—No sé qué podría hacer en un hotel.

—Es como cualquier trabajo.

Él le mira las rodillas, le mira los tobillos.

Ella arrastra un pie en el piso, yendo y viniendo, trazando un pequeño surco en la tierra.

—Los Solombres son los más ricos del pueblo. El viejo Solombres dejó mucha plata. El hijo se da con poca gente. Tiene la mejor mujer. Ella no es como las demás.

—¿Cómo son las demás?

Él saca el labio inferior hacia afuera.

—No son como ella. Es distinta. Se viste de otra manera. Camina de otra forma.

—¿Cómo camina?

—Distinto —dice él, hace girar el vaso sobre la mesa.

Ella toma un poco de jugo.

—¿Le gusta?

—No.

—¿Le pongo más soda?

—No. ¿Qué quiere conmigo?

—Nada.

—¿Para qué me llamó?

—Para hablar.

—Usted no quiere hablar conmigo.

—¿Por qué dice eso?

—Los hombres buscan a las chicas por otra razón.

—No sé lo que imagina. La vi en la laguna. Ahora pasa frente a mi casa. Hace calor. Pensé que tendría calor.

Ella mira las jaulas.

—¿Por qué tiene tantos pájaros?

—Los cazo y los vendo.

—No me gustan los pájaros en una jaula.

—Se acostumbran. Después no quieren salir de la jaula.

Ella estira los labios hacia un lado.

—Me acordé de usted.

—¿No se acordaba?

—Me dijo que mató a su mujer. Estuvo preso.

Él toma el vino que queda en el vaso. Se sirve más. Se levanta, pica hielo y lo arroja en el vaso. Un poco de vino rebalsa el borde del vaso y chorrea sobre la mesa. La mesa está cubierta con un mantel de hule.

—¿Es cierto que la mató?

—Sí.

—Yo haría lo mismo si mi marido me engaña.

—¿Para qué quiere ver a la señora Solombres?

—Tengo que hablar con ella. ¿Usted vive solo?

—Sí. ¿Qué tiene que hablar usted con una señora como esa?

—De cosas.

—Es raro. Poca gente del pueblo se trata con los Solombres. Mucho menos ahora, con lo que pasó.

La chica se queda mirándolo.

Parece esperar que termine de contar.

—Solombres murió. El nene también. Dicen que se le escapó un tiro de la escopeta y mató al hijo. Después, se suicidó. Otros dicen que lo mató la mujer. Dicen que supo que él tenía una amante.

—Se lo merecía. Era una basura —dice ella.

Su mirada se clava en el piso.

Él demora en hablar.

—Es la primera a la que oigo hablar mal de Solombres.

—Era una porquería.

—¿Qué le hizo?

—Me sacó todo lo que me dio. Estuve en el hospital. Me rompió la cara y me quebró dos costillas. Cuando volví a la casa, no pude entrar. Cambió la cerradura.

—¿Eso hizo?

—¿Piensa que miento?

Él tiene la camisa sudada en las axilas y en la espalda.

—¿Por qué le pegó?

Ella encorva los hombros.

—Me sacó todo lo que me dio.

—¿Para eso quiere hablar con la señora?

—A lo mejor, ya sabía. Vea, es un asunto mío.

Él le mira las piernas. Algunas partes de su cuerpo se transparentan a través del vestido.

—No vaya.

—Pienso verla.

—¿De qué le sirve?

—Se lo merece. Que sepa lo que era el marido.

—¿Ya están bien sus costillas?

—Eso no importa.

—La señora no le hizo nada.

—Puede ser que llore por él. Y no merece ni una lágrima

—Cuando uno hace algo malo, después se arrepiente. Con los años, se arrepiente.

—¿Usted está arrepentido?

—Sí.

—Yo no me arrepentiría. En alguna parte tiene que haber justicia. No tengo nada de qué arrepentirme. Tampoco pienso arrepentirme en el futuro.

—¿Perdió al chico con la paliza?

Ella mira hacia la casa.

—¿Él era el padre?

—No.

—Creí que era de él.

—El padre era otro. Fue antes de él.

—¿Perdió al chico?

—Creo que es hora de que vaya a verla.

—Quédese.

Ella vuelve a mirar hacia la casa.

—¿Eso quiere? ¿Para eso me llamó?

—Puede quedarse, si quiere. Puede quedarse hasta mañana o unos días.

Ella parece estar pensando.

—A lo mejor, pido trabajo en el hotel.

—¿Quiere quedarse?

Ella se pasa las manos por las rodillas.

—Usted es rengo.

—Mi padre se emborrachaba. Ese día me golpeó más que otras veces. A lo mejor, sabe de lo que hablo.

Él se acaricia la cicatriz de la frente.

Ella se mete el vestido entre las piernas, cierra las piernas y lo aprieta.

—Cuando el mío se emborrachaba, se metía en mi cama y me tocaba. Me hacía hacer cosas que yo no quería.

Él respira hondo.

—Hay cosas que están mal.

—Ajá.

—¿Quiere entrar?

—No voy a quedarme con usted.

—Como quiera.

Ella se levanta.

—Espere.

—No tengo ganas de seguir hablando.

Él la agarra de un brazo.

—Es mejor que me suelte.

—Perdone.

—No me gusta usted.

—¿Me tiene miedo?

—¿Por qué voy a tenerle miedo?

—Muchos me tienen miedo.

—¿Por qué?

—Maté a mi mujer.

Ella hace una mueca sacando la lengua y metiéndola rápidamente en la boca. Se acomoda el pelo atrás de las orejas.

—Ya le dije que yo haría lo mismo.

—Quédese, si no me tiene miedo.

—No me gusta usted. No me gustan los rengos.

Él se toma todo el vino del vaso, sin respirar.

—Puedo pagar.

Ella se mueve poco a poco. Es como si estuviera ajena a lo que él dice.

—No se vaya, espere.

Va hasta la casa y vuelve. Ella está de pie, con una mano sostiene entreabierta la puerta de alambre tejido.

—Es bastante plata —le dice mostrándole un puñado de billetes arrugados.

Ella mira los billetes.

El bretel de su vestido resbala de su hombro.

Ella acomoda el bretel.

Un pájaro aletea vigorosamente en una de las jaulas.

Él sigue mostrándole los billetes.

Escena trece

Violeta pasó por aquí

Todos fueron a ver el automóvil negro de Violeta Leparc, estacionado delante de la puerta del hotel.

Sin duda que el regreso de Violeta provocó conmoción.

Es una actriz muy famosa y nació en el pueblo. Después de algo más de cuarenta años, está de vuelta para vender la quinta y dos terrenos que heredó de su tía.

Nadie, que no fueran los del hotel, pudo verle la cara. El auto llevaba los vidrios de las ventanillas levantados y cuando ella bajó lo hizo con anteojos oscuros y un pañuelo de seda que le cubría la cabeza.

Durante todo ese día, no se hizo otra cosa que hablar de ella y una gran cantidad de personas se apostaron frente al hotel esperando que saliera para ir a la escribanía.

Se decepcionaron.

El escribano y el comprador fueron al hotel y el trato se realizó en el salón comedor. Por las empleadas del hotel, se supo que Violeta se marchaba de inmediato.

Su visita se había limitado a almorzar carne con ensalada, tomar incontables tazas de café, dormir la siesta y darse un baño.

La gente comenzó a decir que era una soberbia.

En el pueblo siempre se sintieron orgullosos de su éxito y, ahora, ella no era capaz, siquiera, de saludar a las amigas de la juventud.

Se dijo que se encontraba en la ruina y que la herencia le llegó como el barco al náufrago.

En los últimos quince años no había filmado una sola película y lo último que se sabía de ella era el haber hecho una gira por las provincias diez o doce años atrás. Vivía sola, sin hijos y separada de tres maridos. El chofer y el auto parecían los únicos sobrevivientes de su grandeza pasada.

Violeta está a punto de salir del cuarto cuando le entregan una carta. El sobre tiene escrito su verdadero nombre: Mercedes Blanco.

No puede evitar la sonrisa ni la curiosidad.

Abre el sobre con rapidez.

En el papel, con letra cuidadosamente escrita, dice: «Mercedes: Te espero bajo el mismo árbol. Manu».

—Manu... Manuel... —dice, en voz alta.

Respira hondo y suelta el aire con un soplido.

—Manu... —golpea la carta contra la palma de su mano.

Rompe la carta en dos pedazos y, al no encontrar un cesto donde arrojarla, continúa rompiéndola hasta dejar los pedazos encima de la mesa de luz, cubriendo el cenicero atestado de cigarrillos. Toma el bolso de mano; el atado de cigarrillos y el encendedor de oro los guarda en la cartera.

Sale de la habitación caminando a la salida lo más rápido que le es posible. Se detiene un par de veces para firmar autógrafos a las empleadas del hotel; saluda y sonríe con cortesía, pero se la ve demasiado ansiosa por irse cuanto antes.

La gente se arremolina a su alrededor. Ella, hábilmente, se escabulle entrando en el automóvil mientras el chofer se encarga de cerrar la puerta.

Violeta baja la ventanilla y saluda sacando la mano, muy blanca y con un notorio anillo.

Varias veces, escucha: «¿Te acordás de mí?», y son diferentes mujeres las que lo preguntan. No mira a ninguna.

El automóvil rompe el cerco de gente y va saliendo del pueblo en medio del griterío que repite el nombre de Violeta.

Cuando llega a la parte del camino desde donde comienza a verse la laguna, Violeta, imprevistamente, dice:

—Dardo, doble a la izquierda. Siga hasta ver un bosque.

(«Algún día voy a trabajar en Hollywood». La cara de Mercedes se llenó con una sonrisa. Al mismo tiempo, vio que los ojos de Manu se opacaban mientras su boca, contradiciendo a los ojos, intentaba una sonrisa.

Le agradó la mirada y el gesto contradictorios. Significaban que sentía amor por ella. Entonces, lo abrazó y lo besó.

«¿De verdad te irías?», preguntó él.

«Podrías venir conmigo», le contestó.

«¿Y qué haría yo?»

Ella encorvó los hombros. «Mi representante. Todas las actrices tienen uno», le dijo.

Él pensó un momento. «No sé si me gustaría vivir en la ciudad y, menos en Hollywood. Acá están mi familia y mis amigos».

Ella lo miró de reojo y le dijo: «También mi familia y mis amigas. Cuando realmente se quiere algo hay que ser capaz de sacrificios. Si vas hacia adelante siempre quedan cosas atrás».

Él dijo: «¿Y a quién vas a querer? ¿Quién te va a querer?»).

—Pare, Dardo.

El automóvil se detiene después de cruzar el puente.

Violeta se corre hacia la ventanilla opuesta y ve el bosque.

Se quita los anteojos oscuros y se pone otro par que le permite ver mejor a la distancia.

(*Llovía torrencialmente. Mercedes decidió no ir a la cita. En la casa estaban las estufas encendidas y el ambiente era agradablemente cálido.*

Afuera, las ráfagas de viento impulsaban la lluvia contra los ventanales y sacudían violentamente las ramas de los árboles.

Era la primera vez que ella veía llover con tanta intensidad.

La asustaban los truenos y los relámpagos, pero no podía apartarse de la ventana y mirar cómo la calle se transformaba en un barrial y comenzaban los cortes de luz en las casas vecinas. Al fin, la luz, también, dejó de funcionar en su casa.

Las velas y dos lámparas de querosén estaban preparadas y ella misma se encargó de encender la mayoría de las velas.

Luego, volvió a mirar por la ventana.

Lamentó que se produjera el corte de luz porque la radio estaba encendida y escuchar música mientras miraba la tormenta le había parecido una de las mejores sensaciones de su vida.

En medio de la lluvia y el viento, vio una silueta en la oscuridad cruzando, como un fantasma, la calle.

Demoró en reconocer quién era.

Recién estuvo segura cuando golpearon a la puerta.

Ella corrió, abriéndola.

Mojado desde la cabeza hasta los pies, con los zapatos y los pantalones manchados de barro, chorreándole agua por la cara, Manu extendía la mano con un paquete que había protegido bajo su camisa.

Mercedes tomó el paquete, el papel estaba húmedo y se rompió con facilidad. Era un trozo de madera tallada con la forma de una mujer. Se suponía que esa mujer era ella.

En la parte inferior, toscamente, Manu había escrito: «Siempre te esperaré».

Ella no supo qué debía hacer. Escuchó, a sus espaldas, la voz de su mamá diciéndole: «Mercedes, hacé pasar a ese chico que se va a agarrar una pulmonía».

Él dijo: «Ya me voy. Quise traerte esto. Mañana te vas y no sé cuándo vas a volver. Ni sé si voy a verte otra vez»).

Alcanza a distinguir a alguien en los comienzos del bosque.

Ve que camina lentamente, llega hasta cierto lugar y regresa al sitio de donde partió.

De repente, se detiene. Debe haber notado la presencia del automóvil. Parece estar mirándolo.

Violeta aguza la vista. Sin duda, está viendo a un hombre, pero es como si estuviera rodeado de niebla.

—Dardo, ¿puede ver a la persona que está allá?

—Sí.

—¿Cómo es?

—Parece un hombre mayor. No puedo verle bien la cara, pero es un hombre mayor.

(*«¿A quién vas a querer? ¿Quién te va a querer?»*).

—Si es quien creo, la última vez que lo vi fue cuarenta y cuatro años atrás.

El chofer la mira por el espejo retrovisor.

—Él tenía diecinueve años y estaba mojado de los pies a la cabeza. Fue hasta mi casa bajo la peor tormenta que vi en mi vida. Creo que me dio un regalo de despedida.

—¿Era su novio?

—Supongo que sí.

—Me parece haberlo visto cerca del hotel.

Violeta se quita los anteojos y los guarda cuidadosamente en el estuche, después, en la cartera.

Con la voz apagada, dice:

—Vamos. Volvamos al camino.

—Perdone, ¿quiere que nos vayamos?

—Por supuesto. Eso dije.

El chofer inicia la marcha. Hace un giro con el coche para volver a cruzar el puente.

—Espere.

El chofer frena el auto.

—¿Quiere que me acerque hasta donde está él?

—No, no quiero.

(*Llovía torrencialmente. Él estaba completamente mojado y embarrado.*)

—Es muy valiente —dice el chofer.

Ella demora en hablar.

—¿Qué quiere decir?

—Digo que ese hombre es muy valiente. Hay que serlo para presentarse más de cuarenta años después. Ya no es el chico que usted conoció y él lo sabe. Sin embargo, no tiene miedo de que usted lo vea como es ahora. Debió quererla mucho para esperarla durante tantos años.

Los ojos de Violeta se llenan de lágrimas.

Impulsivamente, abre la puerta del auto, pero se contiene y permanece sentada, mirando en sentido contrario al que está el hombre esperándola.

El chofer apaga el motor.

Se escucha el canto de unos pájaros.

Por la puerta abierta entra el aire frío del atardecer.

A lo lejos, el hombre sigue inmóvil, mirando al coche.

Violeta tiene su mano apoyada en la puerta.

Escena catorce

Afuera suceden cosas

—Podrías ir a buscarla. Hace rato que está ahí —dice y baja el volumen del televisor.

—Ella sabrá cuándo tiene que entrar —contesta la mujer.

Él sube el volumen del televisor.

—Puede ser que le pasara algo al chico —dice ella

—No llamó.

—A lo mejor no sabe el número o lo perdió.

—Creo que tendrías que ir.

—No me parece que tengamos que meternos.

—Siempre pasan la misma película —dice ella.

—En nuestro tiempo nadie hubiera hecho una cosa así.

—Hace mucho de eso. Todo cambió.

—La maldad es la misma.

—Es demasiado hablar de maldad.

—¿Cómo le llamarías a esto?

La mujer demora en responder, como si no encontrara las palabras apropiadas.

—Irresponsabilidad. Para mí es eso. Tampoco sabemos qué pasó entre ellos. Las chicas suelen entender distinto lo que los hombres quieren decir.

—Hablás como su abogado defensor. A mí me importa mi hija. ¿Cuánto hace que espera?

La mujer mira el reloj en su muñeca.

—Yo diría que un poco más de dos horas.

—¿Dos horas? ¿Todavía creés que pasará a buscarla?

—No. Sé que no la pasará a buscar.

—¿Entonces?

—No quiero avergonzarla más de lo que ya se siente.

Él cambia de canal.

—No parece que a ella le dé vergüenza estar ahí afuera esperando en vano y dejándose ver por todos los vecinos.

Ella vuelve a mirar el reloj.

—Ese tipo es una porquería. La primera cita de Celina y la deja plantada —dice.

Él suelta el aire como si inflara un globo y dice:

—Por fin escucho algo lógico.

—Justo en el baile del club. La pobrecita está ahí, con su vestido nuevo, esperando al idiota de Martín Requena, que nunca va a venir.

—Decile que entre.

Ella duda, pero se levanta del sillón. Hay migas de galletitas sobre la alfombra; se siente molesta, como si sintiera que nadie la ayuda.

Abre la puerta.

La casa tiene un porche.

En el porche, iluminado por un farol adosado a la pared, hay un banco de madera.

En el banco está sentada Celina. Sus dos pies se apoyan con cierta levedad en el piso, su espalda permanece erecta, pero sin apoyarse en el respaldo; sus manos descansan serenamente sobre los muslos y su mirada se mantiene fija en la calle vacía.

—Tendrías que entrar. Empieza a hacer frío.

—Quiero esperar acá afuera.

—Pasó bastante tiempo de la hora que te dijo que vendría a buscarte.

—Se demoró. Llega tarde a todas partes.

—¿Estás segura que dijo que pasaría a buscarte?

—Sí.

—No hay diferencia si lo esperás dentro de la casa.

—La hay.

—¿Cuál es?

—Puedo verlo venir y salir a su encuentro.

—Celina... —comienza a decirle pero, de pronto, se detiene, como si sintiera compasión, entonces, agrega: —Nosotros vamos a acostarnos.

—Buenas noches —dice Celina, en toda la conversación no ha variado su pose, como si estuviera aguardando que le saquen una fotografía.

Ella no le responde y entra.

Su marido está mirándola desde el sillón.

—Le dije que íbamos a acostarnos.

—Ella sabrá lo que hace —dice, con una simulada frialdad.

Se acuestan y él se duerme demasiado pronto.

A ella, el sueño acaba por derrotarla a pesar de esforzarse en permanecer despierta y estar atenta a lo que sucede con Celina.

Cuando suena el teléfono, se encuentra tan profundamente dormida que lo confunde con el despertador y le cuesta recordar que es domingo.

Su voz suena como si le hubiesen puesto aserrín en la boca.

Le cuesta entender lo que le dicen.

Él trata de abrir los ojos y despertarse por completo.

—¿Quién es? —pregunta.

—¿Estás segura? —dice ella, sentándose en la cama y con la voz repentinamente clara—. ¡Ay, Magda! No vengas. Yo te llamo.

Se levanta dando un salto y va hacia la ventana.

La abre asomando medio cuerpo. Con la cara desfigurada, descalza y en camisón, corre a la puerta de entrada.

—¿Qué pasa? —dice él.

No puede escucharlo, ya está en el porche.

Lo primero que ve es a los vecinos de la casa de enfrente parados en la mitad de la vereda.

Le parece que hay más personas en la calle, pero es como si sus ojos se hubiesen cubierto por una niebla y, en medio de la niebla, se formara un cono de luz en el cual, nítida, con una niti-

dez ajena a este mundo, estuviera Celina. Inmóvil, sentada exactamente en la misma posición en que la vio durante la noche, la mirada fija en la calle.

Tiene que esforzarse para que le salga la voz.

Le dice:

—Ya es de día, Celina, hace frío. Vamos adentro.

La toma de los hombros y consigue ponerla de pie.

Es muy liviana, su cabello le cae sobre la cara, su piel es casi transparente.

Es pequeña, demasiado pequeña. Eso es lo que parece sentir al tocarla: que ella es muy pequeña.

Trata de contener el llanto y mostrarse fuerte.

Levanta el vestido del piso, logra cubrirle la espalda.

La ropa interior y los zapatos quedan tirados en el porche.

Escena quince

En algún sitio oscuro y vacío

—Es linda. Pero está loca.

Aplasta el cigarrillo en el piso y lo tapa con tierra.

—Todas las mujeres tienen algo de locura —dice Chene.

Está sentado en el piso. Tiene las piernas dobladas y se toma las rodillas con ambas manos.

—Esto es distinto. Celina está loca en serio. Hace unos años la internaron después que se desnudó en la calle.

Chene no aparta la mirada de la laguna. Un bote se acerca a la orilla.

—¿Hizo eso?

—Sí. Salió del hospital psiquiátrico poco antes de que vinieras al pueblo.

—¿Y por qué lo hizo?

—No sé. Supongo que por estar loca.

—Quise decir si hubo una explicación. Se puede estar loco y no andar desnudo. ¿Por qué desnudarse?

Matías se encorva de hombros. Se acuesta poniendo las manos debajo de la nuca.

—Debe tener que ver con algo sexual.

Chene mira al bote, que ya alcanzó la orilla.

—Igual me gusta —dice.

—Vas a tener que pedirle el chaleco de fuerza a la madre.

—Eso es una idiotez.

—Siempre dijeron que le ponían el chaleco cuando sufría un ataque.

—La gente siempre habla por hablar.

Chene mira al hombre descendiendo del bote y haciéndolo montar sobre la costa.

Matías alza un poco la cabeza.

—El viejo Canosa. Ahora viene a pedir cigarrillos.

—¿Cuánto tiempo estuvo internada?

Matías no alcanza a responderle.

—¿Cómo están? —saluda el viejo— ¿Habrá un cigarrillo que les sobre?

—De más no hay. Pero tome —Matías saca un cigarrillo del atado y se lo alcanza.

El viejo se pone el cigarrillo en la boca y se queda esperando el fuego. Matías le da el encendedor a Chene.

El viejo se inclina, hace un hueco con la mano, protegiendo el fuego, y aspira profundamente. Menea la cabeza, sonriendo.

—¿Usted es el hijo de Bellanti? —pregunta.

—Sí —contesta Chene.

—Siempre le compro a su papá. Buena persona, pero no habla mucho. A los dos nos pasó lo mismo, los dos perdimos a nuestra compañera. Sin comparar, porque el dolor es igual para

todos, pero yo también perdí un hijo. Su papá lo tiene a usted. En eso tuvo más suerte que yo.

Chene se mira las rodillas.

—Mi mujer y mi hijo eran todo lo que tenía. A mi mujer la conocí cuando ella era muy jovencita. Le aseguro que no había mujer más hermosa que ella. Al poco tiempo de casarnos, tuvimos un hijo. Yo estaba muy feliz. Pero la desgracia no manda telegramas de aviso.

El viejo pita el cigarrillo, suelta el humo muy despacio y dice:

—Me parecía increíble que hubiera pasado lo que pasó. El dolor fue demasiado. ¿Sabe qué hacía? Le ponía una sola bala al revólver. Giraba el tambor. Me lo apoyaba en la sien y apretaba el gatillo. Todas las noches. Durante meses. Un día me di cuenta de que, por alguna razón, no tenía que irme con ellos. A lo mejor, con el sufrimiento pagaba mis culpas. Ya no intenté matarme y, sin que me diera cuenta, los años pasaron. Demasiados años. Imagínese que en ese tiempo yo tenía ocho o nueve años más que usted, que andará por los veinte, ¿no?

Chene afirma con la cabeza.

Da la impresión de no querer hablar, como si cualquier palabra que interrumpiera el relato pudiera sonar irrespetuosa.

—Mi hijo tenía seis años. Con mi mujer nos casamos muy jovencitos, como le dije. Ella tenía el cabello más hermoso que vi en una mujer. Lo tenía rubio y larguísimo. La pobrecita parecía un ángel. Hasta se llamaba Ángela. Los dos nos enamoramos la

primera vez que nos vimos. Al padre no le gustó, pero ella le hizo frente. Le perdió el miedo por mí. Viera cómo se ponía defendiéndome. Y así, contra todos, nos pusimos de novios.

El viejo aspira el cigarrillo. Sus ojos se entrecierran.

—Lo peor es cuando es de esa forma. De un minuto al otro toda la vida que se tiene queda destruida. A usted se lo dicen y no puede creer lo que le están diciendo. ¿Cómo va a creer que se ahogaron en la laguna? ¿Cómo va a creerlo si, hace un rato, los dejó contentos?

El viejo mira atrás de Chene y Matías, pero es como si no mirase nada.

—Fue ahí, en la laguna. Vengo a verlos todos los días. Yo sé que no están acá. Sus cuerpos no están. Pero siento que ellos están. No sé si entiende. Me pongo a pescar y pienso en aquellos años, cuando estábamos juntos. Así paso el día.

El viejo apaga el cigarrillo con el pie.

—Saludos a su papá —dice, levantando una mano.

Chene lo ve alejarse despacio y saludar a alguien con el brazo en alto.

—Pobre viejo —dice.

—Está loco.

Matías está encendiendo otro cigarrillo.

—¿También él está loco? ¿Todos en el pueblo están locos?

—Todos no. El viejo Canosa está loco. Siempre estuvo loco.

—Pocos quedarían bien después de una desgracia como esa.

—Canosa es un viejo loco. Toda la vida vivió en una casilla en las afueras del pueblo, del otro lado de la laguna. Sé que trabajó en el vivero de Robledo. Ahí estuvo muchos años. Creo que antes había otro dueño y lo heredó la hija, que era sordomuda. Robledo lo echó cuando compró el vivero. Después, el viejo Canosa se dedicó a vender pescados y andar por las casas ganándose unos pesos cortando yuyos. Lo de la mujer y el hijo es un invento. Nunca tuvo familia. Desde que soy chico lo escucho contando la misma historia.

—¿Estás seguro?

—Preguntale al que quieras. Todos te van a decir lo mismo. El viejo siempre fue soltero. Como no tenía familia, se inventó una. Al no poder mostrar ni a la mujer ni al hijo, los mató en su fantasía. Estuvo loco desde que nació.

Chene mira la laguna.

El agua apenas se mueve con el viento.

—Pobre hombre —dice Chene.

—Pobre de nosotros, que tenemos que soportarlo.

Se pone en la boca un fósforo apagado y lo mordisquea.

Chene sigue mirando la laguna.

Parece estar pensando en alguna cosa.

Escena dieciséis

Las sombras se movían

Pone la soga en el cuello del perro.

El perro permanece un momento inmóvil. Después, empieza a moverse a medida que ella tironea de la soga.

Cuando están bajo el árbol, arroja un extremo de la soga por encima de una rama.

La soga queda pendiendo de la rama; la sujeta con sus manos y tira con todas sus fuerzas.

El perro se eleva en el aire, su cuerpo se contorsiona mientras sus patas bailotean buscando, con desesperación, un punto de apoyo.

El cuello del perro produce un leve crujido, como de palillos dentales que se quiebran.

Ella mantiene la soga tirante, asegurándose de que el perro esté por completo asfixiado. Ata la soga al árbol y se queda mirando cómo, muy lentamente, se detiene el movimiento oscilatorio del perro colgado.

Recién por la mañana encuentran al perro colgando del árbol de la calle.

Cuando Chene llega, ya metieron al perro en una bolsa.

—Yo me encargo de él —dice Gracián.

—No —responde Chene—. Quiero hacerlo yo.

—¿Para qué torturarte así? Dejalo a Gracián —dice Luciani.

—Es mi perro. No voy a dejar que otro haga lo que tengo que hacer yo.

Chene levanta la bolsa, no pesa demasiado. El perro era un poco menos que mediano. Pone la bolsa en el asiento trasero del coche. Arranca, seguramente, sin darse cuenta de que no se despidió de Gracián ni de Luciani y que, ni siquiera, les dio las gracias. Tampoco parece darse cuenta de que esta es la primera vez que sube al auto y no enciende de inmediato la radio.

Se detiene en la ferretería de Cárdenas. Quiere comprar una pala, pero Cárdenas le presta una.

Vuelve al auto y maneja en silencio.

Al llegar al bosque, frena y baja con la bolsa. La carga sobre un hombro, como si llevara un bebé.

En medio de los árboles, cava el pozo. Mete al perro adentro. Lo cubre con tierra.

—Es una maldad. El culpable va a aparecer.

Dice esto al mediodía, esperando que Celina le sirva la comida. Ella se sienta frente a él. Come sin decir una palabra.

Chene es el único que habla todo el tiempo.

No habla de otra cosa que del perro.

Por la tarde, va a trabajar al negocio.

—¿Estás mejor? —le pregunta su papá.

Le contesta moviendo afirmativamente la cabeza.

El padre de Chene, Antonio Bellanti, es dueño del almacén. Hizo socio a Chene desde que se casó con Celina Campos.

—¿Y tu mujer?

Chene levanta las cejas, saca el labio inferior hacia afuera.

—No sé. No dijo nada.

Hasta la hora de cerrar, Chene escucha a los clientes preguntando sobre el perro. Es como si, a cada momento, le clavaran un alfiler y se resistiera a mostrar que el pinchazo le dolió. Al fin, puede bajar las persianas y regresar a su casa.

Celina está sentada en la cocina.

Chene alcanza a verla pasando un dedo por la mesa, como si dibujara o escribiera algo.

Cuando advierte que él llegó, se levanta sin hablar.

Chene permanece un momento en silencio.

Mira a Celina terminando de preparar la comida.

Ella parece distante de todo lo que está a su alrededor.

—No encendiste el televisor —dice él.

Al decirlo, parece darse cuenta de que, en este día, ese es un comentario banal.

Ella no le responde.

Él se levanta y enciende el televisor. Es un aparato viejo que ubicaron en la cocina para mirar la televisión mientras comen.

Es la hora del noticiero que ven todas las noches. De alguna forma, Chene parece sentirse más tranquilo.

Celina sirve la comida.

Demora en sentarse. Se queda junto a la silla, con la mano apoyada en el respaldo. Da la impresión de estar pensando algo que requiere de toda su atención.

—Toda la tarde me preguntaron por el perro —dice él.

Celina acaba por sentarse. Corta un pedazo muy pequeño de carne y lo mete en su boca. Sus mandíbulas se mueven con lentitud. Demora bastante en tragar el bocado.

—Quisieron regalarme un perro. Dije que no. Ni siquiera sé si volveremos a tener un perro —dice Chene.

—No —dice Celina, fríamente.

—Hay que dejar que pase el tiempo.

—No quiero a nadie más en esta casa.

—Veremos. Nunca se sabe.

—Yo sí sé. Vamos a estar solos. No hay lugar para nadie más. Estoy harta de los extraños,

—Hoy no es un día normal. No pensamos con normalidad.

Desde el dormitorio, llega el llanto del bebé.

—Se despertó —dice Chene.

Da la impresión de, recién, haberse acordado de su hijo.

En los últimos seis meses, desde que el chico nació, jamás dejó de ir a su cuarto apenas llegaba. Pero hoy no se acordó de él.

Celina se pone de pie. La mamadera ya está preparada. La enfría bajo la canilla y prueba la temperatura de la leche arrojando unas gotas en la parte interior de la muñeca.

Chene acaba de comer al mismo tiempo que termina el noticiero. Unos minutos después, Celina vuelve. Deja los pañales sucios en el cesto, se lava las manos en la pileta y levanta los platos de la mesa.

—No comiste nada —dice él.

Ella no le contesta.

—¿El nene se durmió?

Celina está lavando los platos. Él parece entender que ni se molesta en responder porque no le importa nada lo que dice.

Va al living. Enciende el otro televisor y se queda mirando las imágenes. Da la impresión de que su mente estuviera lejos de ahí.

Ve a Celina caminar por el pasillo. Escucha cómo abre y cierra la puerta del baño. Luego, entrecierra los ojos.

Da la sensación de estar cansado o, más bien, agobiado por el peso de los acontecimientos.

Abre los ojos, sobresaltado.

Quizás se quedó dormido un par de segundos o minutos.

El programa en la televisión todavía es el mismo; su mujer sigue en el baño.

Apaga el televisor y va al dormitorio.

En el pasillo, oye el agua de la ducha cayendo.

Entra al cuarto de su hijo. El bebé duerme en la cuna. Sale de ese dormitorio y va al suyo. Se quita la ropa con rapidez, se pone una vieja remera que usa para dormir y se acuesta.

Se duerme enseguida.

Se despierta sobresaltado, como le ocurrió en el living.

El velador está encendido. Se olvidó de apagarlo.

Mira el reloj. No durmió más de media hora. La luz del baño está apagada, también la luz del living y de la cocina. La única luz encendida es la del pasillo.

La puerta del dormitorio del bebé está cerrada.

A esa puerta siempre la dejan abierta para poder escuchar el llanto del chico.

Parece estar sintiendo que algo fuera de lo común está sucediendo. Abre la puerta del cuarto del bebé.

Por alguna razón, mueve lentamente el picaporte y empuja muy despacio la puerta.

—Celina... —lo dice de un modo suave, por completo ajeno a su forma de hablar.

Celina está de pie, descalza, con una bata cubriéndola, junto a la cuna del bebé.

—Vamos a dormir, es tarde.

Ella lo mira con los ojos distantes.

De pronto, mueve tres o cuatro veces la cabeza, afirmando, como alguien que responde una pregunta un segundo después de haberse despertado imprevistamente.

Él la ve sosteniendo, tirante, con ambas manos, el cinturón de la bata.

La ve aflojar la tensión y guardar el cinturón en el bolsillo.

Cuando Celina se acuesta, hace lo mismo. No se duerme, a pesar de sentir el cuerpo muy cansado.

Los párpados se le cierran y se nota que tiene que hacer un enorme esfuerzo para mantenerse despierto.

—¡Celina! —exclama.

Se quedó dormido. Ella no está en la cama.

Se levanta de un salto y corre al dormitorio del bebé.

El bebé duerme.

Va al baño, al living y la cocina. Celina no está en la casa.

Camina hasta la cocina. Calienta café.

Con el pocillo en la mano, se sienta en el living.

El pocillo tiembla sobre el plato. Lo deja sobre la mesita.

Suena el timbre de la puerta de calle.

En la puerta está su vecino; un poco más atrás, la mujer del vecino, vestida con un salto de cama.

—Bellanti, es su mujer. Está ahí.

Mira para donde le señalan.

La luz de la calle no ilumina lo suficiente. Camina como si, en cualquier momento, fuera a tropezar y caerse de boca.

Se detiene junto al árbol donde apareció el perro colgado.

Levanta la vista hacia la copa del árbol.

Su voz suena muy débil, por completo abatida.

—Celina, vamos a casa. Hace frío.

Ella mira hacia alguna parte.

Está completamente desnuda.

Escena diecisiete

Con imaginación se escribió Crimen en el expreso de Oriente

Antes de abrir la puerta es como si supiera que lo encontrará leyendo en el living. Estará sentado, con las piernas cruzadas, en el viejo sillón que compraron quince años atrás. Él le responderá el saludo sin levantar la vista del libro y esperará que ella salga de la habitación y lo deje en paz.

Parándose delante de él, rompe la rutina.

—¿Qué pasa? —pregunta, mirándola algo sorprendido.

—Tu ex alumno, Alejandro Bendrich...

—¿Qué tiene?

—Se suicidó —hace una pausa, agrega: —Cerca del bosque.

Lo mira fijamente, como si no quisiera dejar de ver ni el menor detalle de su cara.

—¿Cuándo pasó?

—Hará dos horas. Tal vez, menos.

Él deja el libro. Se frota las sienes. Ella enciende un cigarrillo, suelta el humo de un modo que parece invitar a un desafío.

—¿Quién lo encontró? —su voz delata preocupación.

Ella deja que la mire por un momento.

—Todavía no lo encontraron.

—¿Estás bromeando?

—No.

El se muestra realmente confundido.

—¿Cómo pudiste saberlo?

—Le puse el revólver en la cabeza y gatillé.

Él hace un gesto de espanto, de inmediato, otro de incredulidad. Mueve una mano como si espantara una mosca.

—No creo que sea un tema para hacerse el gracioso.

—Es la verdad.

Él la mira a los ojos. Ella le sostiene la mirada.

—Me resulta imposible pensar que lo hicieras.

—Lo hice.

—¿Por qué?

—Sabés bien por qué lo hice.

—No entiendo de qué hablás. Apenas lo conocías y podría jurar que no hablaste con él una sola vez.

Ella aspira el cigarrillo, suelta el humo y, remarcando cada palabra, dice:

—Los dos sabemos la razón.

—No. Yo no la sé.

—Usé tu revolver.

El se pone de pie.

—¿Realmente usaste mi revólver?

—Sí. Quedó cerca de su cuerpo, entre unos yuyos.

—¿Qué estás haciendo? ¿Pretendés implicarme en algo tan grave como un asesinato?

—¿Quién puede relacionarte con el revólver? Tampoco con el chico, ¿verdad? A menos que investiguen y descubran el vínculo que tenían. En ese caso, tendrás que dar explicaciones.

Él comienza a dar largos pasos recorriendo el living.

—No entiendo de qué hablás.

—Hace cuatro años que ni nos miramos viviendo en la misma casa. Ya no sos el mismo. Es como si yo no existiera. Hice todo lo que pude para solucionar lo que ocurría entre nosotros. ¿Por qué habías cambiado? Hasta que supe la respuesta.

El se queda esperando.

—Ese muchacho era tu amante.

—¿Te volviste loca?

—Me mandaron un anónimo. Me reí. Después, pensé y abrí los ojos. Todo comenzó a encajar. Tus maneras, tu delicadeza, tu coquetería, la forma en que cruzás las piernas. No sé si este fue el primero o el último de una extensa lista, pero sé que por su culpa se arruinó nuestro matrimonio. Si me hubieras confesado tus tendencias, te juro que habría entendido y no tengas dudas de que habría hecho lo posible para ayudarte.

—¡No soy homosexual! ¡No me gustan los hombres!

—Él era tu amante.

—Estás completamente loca. Mataste a una persona inocente. Nunca tuvo nada que ver conmigo. Ni siquiera sé cuáles eran sus tendencias sexuales.

—Todo el pueblo las conoce. No lo sigas negando.

—¿Cómo se te ocurre que puedo tener una relación amorosa con un hombre?

—Te encontrabas con él a la salida del pueblo y se iban al campo o a la ciudad. ¿Cuántos viajes hiciste a la ciudad en los últimos seis años? ¿A qué ibas sino a estar con él?

—No era con él. ¿Cómo pudo pasar por tu cabeza que yo estaba manteniendo una relación con ese muchacho?

—¿Qué hacías en la ciudad?

—Está bien. Es cierto. Reconozco que me encontraba con alguien. Pero no con él.

—Mentís.

—Puedo jurártelo.

—¿Con quién, entonces?

—Con una mujer.

—Seguís mintiendo.

—Te juro que no. Es una mujer. Podría mostrarte cartas que me escribió.

—¿Cómo se llama esa supuesta mujer?

—Elvira.

—El apellido.

—Baños.

—¿La profesora de piano? De verdad que me sorprende. No vos, sino ella. Parecía ser otra clase de mujer. Hubiera jurado que era una buena mujer. Mirá lo que resultó ser. Pobre del marido y de la hija.

—Es una buena mujer. Las cosas se dieron así. Estas cosas pasan porque pasan. Ahora lo sabés. Con ella me encuentro desde hace cuatro años. Cometiste un acto terrible. Mataste a un pobre muchacho y me comprometiste dejando mi revólver junto al cuerpo.

Ella muestra una ancha sonrisa y dice:

—Tu revólver sigue guardado en el placard.

Él la mira con aspecto de estar absolutamente confundido.

—Ese chico goza de buena salud y no sé si le gustan los hombres o las mujeres. Todo lo que quería era conocer el nombre de tu amante y que admitieras que la tenías.

Él cae pesadamente en el sillón.

Ella camina hacia la cocina. Sin darse vuelta, dice:

—Llevamos muchos años casados. Tenemos dos hijos. Pensá en eso y en cómo te sentirías si un día entro a casa diciéndote que la pobrecita Elvira se suicidó y la volvés a ver en el velorio.

Escena dieciocho

Un súbito tic-tac

—Pensaba que no pensaba. Seguro que pensaba. Pero eso no era pensar. Creo que hay gente que pasa la vida sin pensar. Por lo menos, en el sentido que ahora le doy a la palabra pensar. Siempre me pregunto si pensás. También pensé que nunca supe qué cosas te importaban. Antes, cuando eras joven, ¿qué te importaba? A veces, se me ocurre que en la vida no hay nada que importe verdaderamente.

Pone el plato de sopa sobre la mesa.

—Luisa presentó los papeles de la jubilación. Terminó de contarnos de los trámites y llegó el nuevo inspector. Se presentó con Erminda. No puedo explicarte lo que sentí al enterarme de que era el inspector. ¿Te acordás que siempre te conté del inspector?

Rocío sumerge la cuchara en la sopa, limpia la sopa adherida a la parte inferior de la cuchara deslizando la cuchara en el borde del plato.

—La primera vez que vino, yo tenía diecinueve años y hacía cuatro meses que había empezado a trabajar en lo de Tarci. Él era joven y delgado. El pelo lo peinaba hacia atrás, sin raya. En más de tres horas que estuvo revolviendo papeles, apenas lo

miré un par de veces. En cambio, Erminda, a cada rato, le ofrecía café y galletitas. Coqueteó con él desde esa primera vez, igual que Luisa. Ella se sentaba a mostrarle las piernas y lo miraba con desfachatez. Él era tímido y agachaba la cabeza mirando los papeles. Desde entonces, todos los años, en el mes de febrero, vino a inspeccionar.

Levanta la vista. El televisor está encendido. Se queda unos segundos mirando. Por la ventana abierta entra el pesado aire de la noche de verano.

Cuando el señor Fariguiani llegaba, sentíamos un cosquilleo, una exaltación. Erminda y Luisa, todavía, no se habían casado. En esa época, Erminda era muy linda. Él no se fijaba en mí. Yo sabía que se fijaba en Erminda. No sentí celos ni envidia. La verdad es que todo lo que sabíamos de él era su nombre y que trabajaba como inspector

Mecánicamente, repite el movimiento con la cuchara y la lleva a la boca de la mujer sentada a su lado.

—Veinte años después fue que comencé a pensar. El señor Fariguiani, así lo llamamos siempre y él nos trataba de señora Erminda, señora Luisa, señorita Baños. Se dirigía a mí por el apellido. Nunca le pregunté por qué no me decía señorita Rocío. Ese día en que empecé a pensar, él llegó con impermeable y paraguas, llovía torrencialmente.

Deja la cuchara en el plato casi vacío y arrima el plato con el puré. Toma el tenedor. Junta un poco de puré.

—Como siempre, él se había sentado en el escritorio de Erminda, que era la encargada de atenderlo. Lo miré por mirarlo, pero me detuve en él, como si hubiera estado mirando un paisaje habitual y, de pronto, viera, en medio de los árboles, un cartel luminoso. Esa fue la primera vez en la vida que pensé.

—De golpe, vi que su pelo se había blanqueado. Vi su cara, surcada de arrugas en la frente y dos anchas arrugas, como cicatrices, extendidas a los lados de la nariz. Aunque lo miraba, no veía al señor Fariguiani. Veía al tiempo. «¿Cuánto tiempo pasó?», pensé. «El tiempo está dentro de él y lo está destruyendo. ¿Comprenderá que dejó de ser lo que era? Y sus sueños, sus ilusiones, ¿qué hizo con ellos el tiempo? Cuando era joven y soñaba, ¿imaginó que sería un mediocre inspector el resto de su vida? ¿Y Erminda y Luisa y yo? ¿Qué hizo el tiempo con nosotras? ¿Qué hizo conmigo?».

Limpia la boca de la mujer con la punta de la servilleta.

La mujer no aparta los ojos del televisor.

—Hoy llegó el nuevo inspector. Se presentó. Creo que se apellida Fernández o Hernández, Erminda debe saber bien. Cuando dijo que era el nuevo inspector, yo sentí esto que me cuesta definir. El señor Fariguiani no había sido nada de mí. Apenas lo vi tres o cuatro horas, un día al año. Durante cuarenta años lo vi y ahora no volveré a verlo jamás. Es como si algo, otra cosa más, se deshiciese delante de mí. Como otra ráfaga de viento que me toca y sigue su camino.

Comienza a pelar la naranja dejando caer las cáscaras sobre los restos de puré que quedaron en el plato.

—Erminda va a venir a visitarte. La invité a cenar. La pobre se siente sola, sobre todo después que el hijo se casó. No sé qué será de ella cuando se jubile. Le falta un año, como a mí.

Se queda callada unos segundos y dice:

—Lo que sentí fue como si, poco a poco, me quedara vacía. Odié al nuevo inspector, como si fuera el culpable de ese vacío, como si él hubiera sido un monstruo que arrastró al señor Fariguiani empujándolo a un pozo oscuro y profundo. Erminda le preguntó por el señor Fariguiani y el muchacho todo lo que conocía de él era que se había jubilado. «Ni siquiera sabe quién es. Ni le interesa. Simplemente, lo reemplaza», pensé.

Llena un vaso con soda y toma un poco.

—No sé qué pasó por las cabezas de Luisa y Erminda, pero yo comprendí que en ese hecho, si se quiere insignificante, de un inspector que se jubila y nunca más llegará al pueblo para hacer una inspección anual, había algo grandioso, terrible y doloroso para mí. No creo que el señor Fariguiani soñara, alguna vez, con ser un inspector. Tampoco yo soñé ser una empleada y pasar toda mi vida haciendo un trabajo que a nadie le importa. Un día, el nuevo inspector verá que, en mi escritorio, no estoy yo, sino una chica joven que ignorará que, día tras día, sin darse cuenta, perderá todas sus ilusiones. Igual que a mí, cuando el día de irse le llegue, a esa chica le costará recordar sus sueños y

sentirá que todo lo que pasó, no le pasó a ella sino a otra mujer. Dirá: «No puede ser que esto me haya sucedido a mí».

Se levanta con los platos en la mano y va a la cocina. En la cocina, empieza a lavarlos.

Por la ventana, mira el patio. Los yuyos están crecidos.

—Papá decía que se aprende a perdonar cuando pasan los años. No sé qué sentía él. Nunca lo entendí. Hablaba poco. Pasaba el tiempo haciendo solitarios y escuchando la radio o mirando la televisión. Yo nunca te perdoné. Si no hubieras vuelto, no sería tu esclava. Me gustaría dejar de serlo. Cada vez que lo pienso, me digo: «¿Y qué haría yo completamente sola?». Ni siquiera me enseñaste a tocar el piano. Una semana después que nos abandonaste, papá lo vendió y no quedaron recuerdos tuyos. Era como si hubieras existido en un sueño.

Sigue mirando hacia afuera y dice:

—Hubo una época en que no me acordaba de que habías estado en esta casa. Al principio, pensaba por dónde andarías y qué estarías haciendo. Un día, dejé de pensar en vos. Pero volviste y ahí estás. ¿Y yo?

Habla como si supiera que ella vive en otro mundo y no entiende una sola palabra de lo que le dice.

Se sienta a su lado. Igual que todas las noches, mira la televisión y habla con ella.

Escena diecinueve

La gota en el borde del vaso

—Este es papá. La que está al lado es mamá. Es el día que se casaron —le dice Daniel, mostrándole la foto.

Dolly, por primera vez, ve la cara de su padre.

—Esa no es mamá.

—Es ella.

—Es mentira. No se parece a mamá. Mamá no es así. Ese que está al lado no es mi papá. No son ni mi papá ni mi mamá. Son mentiras tuyas.

La segunda vez que ve la fotografía es nueve años después, el día que cumple quince. No hay ningún varón invitado. Nadie debe bailar, lo decidió la madre.

Dolly mueve con agilidad su cuerpo, pero su renguera es muy notoria. Nació así: con una pierna más corta.

En la casa están las compañeras de escuela. Daniel se llevó a Tatú a la laguna. Daniela, la madre, se comporta de manera adecuada: su cabello luce limpio y arreglado y hasta maquilló ligeramente su cara.

Dolly da la impresión de estar cumpliendo una obligación. Su sonrisa se ve forzada y parece desear que su fiesta pase lo más rápido posible, como si temiera que algo desagradable ocurra.

Como si sus temores se cumplieran, Daniela da algunos pasos indecisos y tropieza, dejando caer la torta.

Luego, se pone de rodillas y, con ambas manos, intenta recoger los pedazos.

Dolly y las muchachas la miran en silencio.

Daniela comienza a insultarlas. Las acusa de no ayudarla.

Cuando quieren hacerlo, empuja a una de las chicas, se pone de pie y vuelve a tirar al suelo el plato con los restos de torta. Se limpia las manos en el vestido y va a la cocina.

Toma un largo trago de vuiski del pico de la botella.

Mientras barre la torta, arrastrándola por el piso del living, se detiene y vomita.

Después, insulta a las amigas de Dolly.

A Dolly le dice:

—¡Renga inútil! ¡No servís para nada!

Más tarde, Dolly encuentra la fotografía y se queda contemplando a ese hombre que no conoce y a esa mujer bella y delicada, con el rostro cubierto de ilusión.

Meses más tarde, Daniela se ahorca colgándose de un tirante del techo del galpón.

La encuentra Tatú.

Tatú es tres años mayor a Dolly y cuatro menor a Daniel.

Las únicas palabras que dice con claridad son: «mamá» y «agua». Al encontrar a Daniela ahorcada, una y otra vez, repite: «Mamá».

Al no tener respuesta, chilla y empuja a Daniela haciéndola balancear, como si la estuviera hamacando.

Los pies de Daniela chocan contra la pared y producen un ruido breve y seco, como el de una rama que se quiebra.

Dolly escucha los chillidos y va a ver.

Tatú sigue empujando al cuerpo sostenido al techo por la soga que le rodea el cuello.

Dolly se queda quieta, mirando la lengua de su madre.

La lengua cuelga fuera de la boca como un animal descarnado y retorcido. Mira largo rato.

Después, sujeta a Tatú de los brazos y lo deja chillar y agitarse tratando de zafarse de ella.

El cuerpo de Daniela disminuye el balanceo y apenas se mueve cuando Dolly consigue sacar al patio a Tatú y cerrar con el pestillo la puerta del galpón.

Durante cinco años, Daniel y Dolly se encargan de Tatú.

Le preparan la comida, le cortan las uñas y lo bañan.

Cuando salen a trabajar (Daniel a poner inyecciones y tomar la presión; Dolly como empleada en el aserradero), encierran a Tatú en su dormitorio. Lo atan de una pierna al respaldo de la cama con una cadena bastante larga que le permite ir y venir gritando y chillando hasta cansarse y quedarse dormido.

Es habitual que Dolly lo encuentre durmiendo en el suelo, con las mejillas rasguñadas por sus propias uñas y el tobillo en carne viva de tironear la cadena.

—Me molesta No soporto cargar con él —dice Dolly.

—Comamos en paz. Todo el tiempo te quejás.

Dolly toma una cucharada de sopa.

—Estoy harta de cambiarle esos pañales inmundos. Es asqueroso en alguien de veintitrés años.

—¡Basta, Dolly! ¿Alguna vez podremos comer tranquilos?

—Sí. Cuando estemos solos.

Daniel levanta la cabeza y la mira un instante.

—Ya veremos de internarlo.

—Yo no hablo de internarlo.

Poco después de cenar, Daniel se acuesta a leer

Está entredormido con el libro en las manos cuando Dolly entra a la habitación. Camina descalza, rengueando, con la bata desprendida.

—Hoy no —dice él, despabilándose—. Estoy cansado.

—Está bien. Me voy a mi cama, entonces.

Él estira el brazo intentando apagar el velador.

—Además, quería decirte lo que pensé —dice Dolly.

Él espera callado.

—Mejor lo hablamos mañana. También yo estoy cansada.

Sale dejando la puerta entornada.

Antes de entrar a su cuarto, ve cómo se apaga la luz en el de Daniel.

Cuarenta años más tarde, ocupan los mismos dormitorios. Siguen solteros y viven de sus jubilaciones.

A Daniel siempre se lo ve con la cara distendida y la mirada serena, como si estuviera satisfecho con su vida. En cambio, Dolly tiene en su cara un rictus que delata lo que esconde en lo profundo de sí misma.

El rictus es como el borde de un hondo pozo del que acabará por brotar la violencia del odio contenido.

En todos esos años, nunca hablan de lo que hicieron con Tatú y, poco a poco, dejaron de mencionarlo, del mismo modo en que lo hicieron con sus padres.

Daniel sufre un ataque de hemiplejia. Muchas cosas cambian y se van agravando a medida que transcurre el tiempo.

—Tenemos que bañar a Tatú —le dice a Dolly.

Ella no le responde.

Lleva días escuchándolo hablar de Tatú.

Para sí misma, dice:

—Estoy segura de que alguien me obliga a hacer esto.

Daniel está sentado en un viejo sillón, fregándose las piernas con ambas manos.

—No me gusta que me lo recuerdes. No había otra forma de librarnos de él—dice Dolly.

Aprieta los labios y toda su cara se distorsiona, como si tratara de encajar una pelota en un hoyo más angosto.

—Le sujetaste la cabeza bajo el agua con todas tus fuerzas. Vi tu odio. Lo odiaste desde que era un chico, como odiaste a mamá, por ser una borracha inmunda, y a papá, porque nos

abandonó con la borracha y el idiota. Odio, eso había en tus ojos. El mismo odio que siento yo.

Respira con fuerza y dice:

—¿Quiénes son esos que me critican? Siempre me dijeron la Renga. Mamá me decía Renga cuando se emborrachaba. ¿Fue mi culpa nacer renga? Todos los que se burlan de mí, ¿se creen mejores por tener piernas sanas?

Se la ve como si algo hubiera estallado en su interior.

—Todos son basura. Hace tiempo aprendí lo que debía hacer con ellos. Sé la forma de arruinar sus vidas. Me alcanzan un lápiz, un papel y un sobre sin remitente. No importa lo que escriba, lo que invente, sus vidas dejan de ser lo que eran. Leen un estúpido anónimo y nunca más vuelven a tener ese estúpido estado de felicidad en el que creen vivir. El único que lo supo fuiste vos. ¿Con quién otro podía compartir mis secretos?

Suelta todo el aire. Su cara recupera la calma.

—No sentí nada cuando pasó lo de Tatú. Le sostuve las piernas igual que si estuviera agarrando las patas de un cerdo. Ni me di cuenta de que, con una patada me rompió el labio y un diente. Era como un sueño, no parecía ser real.

Se acomoda el pelo y cierra un botón de la camisa.

—Me había olvidado de lo que hicimos con Tatú hasta que empezaste a nombrarlo a cada rato. Me obligaste a acordarme de Tatú y, con él, de mamá arrastrando sus vómitos de borracha por toda la casa. Siempre te quise. Pero no quiero seguir

recordando ni lavando tu ropa llena de orín. No quiero verte así, como una espantosa caricatura del hombre que fuiste.

Da varios pasos por el cuarto. Se detiene. Dice:

—En la vida no hay más que maldad.

Va a la cocina.

Comienza a preparar la torta. Lo hace de manera cuidadosa. Es una ocasión especial.

Vacía en el molde todo el veneno para las ratas.

Mete la torta en el horno.

Vuelve al living. Se sienta junto a Daniel.

Él la mira.

—¿Tatú duerme? —pregunta.

Ella le toma la mano.

—Sí.

Le aprieta la mano con más fuerza.

Escena veinte

La luciérnaga en la botella

La habitación está en penumbras. Es bastante grande. Al menos, más grande que el resto de las habitaciones del hotel.

Hay una cama matrimonial y una mesa redonda con dos sillas. Sobre la cómoda, hay fotografías puestas en portarretratos con marcos plateados.

En una de las mesas de luz está la botella de coñac. En la otra, tres novelas románticas en ediciones baratas.

La dueña del hotel está recostada en la cama. Tiene puesta una bata de seda. La bata está entreabierta y no cubre por completo sus pechos.

—Tenés que cambiarte el nombre —dice, su voz suena grave y disfónica.

—Me gusta el que tengo.

—Murra no es un nombre.

—Es mi nombre.

—Pensé en varios nombres. Mañana o pasado voy a escribir una lista y vas a elegir uno.

—Me gusta llamarme como me llamo.

La dueña suelta una carcajada. Tose. Toma la copa y la llena de coñac.

—Tengo algo para darte. Abrí el ropero. En la parte de arriba hay un paquete —dice.

Murra agarra el paquete.

—Es tuyo. Desenvolvelo.

El papel es usado y el paquete está mal envuelto.

—Lo usé hace mucho. Ahora no me entra. Se ve que se encogió —se ríe y tose—. Podés arreglarlo.

Murra sostiene el vestido en el aire.

—Usted era realmente delgada —dice.

—Me parecía a vos. Tenía piernas como las tuyas. Pero mis pechos son más grandes. A los hombres les gustaban.

Murra mira el vestido y parece estar intentando imaginar a la mujer que lo usó.

—¿Por qué me lo da?

—Me gusta regalar cosas.

—Nadie da algo por nada.

—No tiene por qué haber una razón. Siempre hago regalos.

—A Fernanda y a Mara nunca les regaló nada. Que yo sepa, tampoco a la cocinera ni a ninguna otra.

—Ellas hablan a mis espaldas. Creen que no lo sé.

—¿Cómo sabe que yo no hago lo mismo?

—Te conozco. No te importa la vida de los demás. Yo también era así. Probate el vestido. El color te va a favorecer.

Se saca el uniforme del hotel, por unos segundos se queda en enaguas; luego, se cubre con el vestido y se mira en el espejo

que está sobre la cómoda. El vestido le queda un poco corto y ancho en el busto.

—Hay que alargar el dobladillo y achicar el escote. Mañana se lo llevás a la modista. No te preocupés, yo pago el arreglo.

Murra se quita el vestido y se queda en enaguas. Demora en ponerse el uniforme.

—Sos muy despierta, querida. Yo también era así a tu edad. Por eso tengo el hotel.

—¿Cómo lo consiguió.

—Seguí a un tipo. Era jugador. Jugaba al póquer. Casi siempre ganaba haciendo trampas. Yo tenía quince años. Me escapé de mi casa. Mi vieja enviudó y, a los cuatro meses, se volvió a casar. Mi padrastro me violó. Le conté a mi vieja. Me golpeó y dijo que era una mentirosa.

Toma un largo trago y dice:

—Ese tipo, el jugador, perdió todo. Se emborrachó y me dio una paliza. Estuve más de un mes en el hospital. Ahí pude pensar. Juré que nunca más ningún hombre se aprovecharía de mí. En un tren, conocí a Doza. Me quedé con él, me hice embarazar y se casó conmigo. El chico nació retrasado, como un castigo. No sé. Esas cosas pasan. Está en la ciudad con una sobrina del padre. Le pago para que lo tenga. Allá hay una escuela donde enseñan a chicos así. Además, algo pasó hace unos años y decidí sacarlo del hotel. Ya te habrán contado Mara y Fernanda.

—No sé nada.

La dueña terminó la copa de coñac y la llena otra vez.

—Un tipo se metió con el chico. Era un viajante. Un asqueroso. Tiempo después, lo asaltaron en la ruta y le pegaron un tiro. Era lo que se merecía. Vení, sentate.

Murra todavía está parada, en enaguas, al pie de la cama.

Al sentarse, apoya la mano sobre la cama, muy cerca del pie de la dueña.

—¿Y el hotel?

La dueña enciende un cigarrillo. Sin hablar, mirándola a los ojos, le ofrece una pitada. Murra lo rechaza.

La dueña estira el brazo ofreciéndole la copa.

Acepta y, de un solo trago, la vacía.

La dueña parece sorprendida.

Recupera la copa y la llena casi hasta el borde. Dice:

—Doza me llevaba treinta y nueve años. Un hombre de esa edad tiene que pagar para tener una chica. Eso hizo. Me cobré por mi cuenta. Creyó que podía hacer lo que quería conmigo. Se lo dejé creer. «Verónica hacé esto; Verónica hacé aquello», se lo pasaba dándome órdenes.

—No sabía que se llamaba Verónica.

—Hasta yo misma me olvido de que me llamo Verónica. Todos me dicen: «Señora», «Señora Doza» o «Patrona».

—¿Fue hace mucho?

—Yo tenía más o menos tu edad.

—¿Lo mató?

Lo pregunta de una manera tan natural que hace reír a la dueña.

—Estaba embarazada. Nadie me culpó de nada. A lo mejor, me culparon de matar al viejo teniendo sexo.

La dueña vuelve a reír y a interrumpir la risa tosiendo.

—Y vos, Murra, ¿qué hiciste de malo?

—Nada.

—Una chica como vos no trabaja en un sitio como este sino hizo algo malo y precisa ganar plata para seguir escapando.

—No me escapo de nadie.

—Hasta que fui dueña del hotel, yo viví escapando. No me di cuenta de que hacía eso hasta que me quedé acá para siempre. Recién entonces me di cuenta.

—No sé qué quiere decir.

—Hay gente que pasa la vida en el mismo lugar. Echa raíces. Otra gente, como nosotras, no tiene raíces. Pero un día te mirás en el espejo y sabés que llegó la hora de echar raíces o terminar tirada a la orilla de un camino.

—Yo no voy a acabar a la orilla de ningún camino.

—Sé que no. ¿Pensás quedarte mucho tiempo en el hotel?

—No creo.

—Necesito alguien como vos. Puedo enseñarte.

—Usted las tiene a Mara y a Fernanda.

—Hace mucho que no confío en ellas. Andan diciendo cosas de mí. No me gustan las que hablan a mis espaldas. Si aceptás

la propuesta, puedo hacer que te encargues de mandarlas. Ganarías mucho más.

—¿Piensa que sirvo para eso?

—¿Qué perderías? ¿Te espera alguien en alguna parte?

—Sabe que no.

—Mi hijo es un retrasado, un idiota. Tampoco tengo a nadie. Me hace falta alguien en quien confiar y encargarle mis asuntos cuando no estoy.

—¿Adónde iría?

La dueña levanta un hombro.

—Salgo muy poco Pero podría ir a la ciudad a ver a mi hijo o a comprar unos vestidos. Te traería zapatos —dice y llena la copa de coñac.

—¿De verdad quiere que me quede?

La dueña, de un solo trago, acaba con el coñac de la copa.

Otra vez, la llena. Se la ofrece a Murra.

Ella también la vacía de un trago. No le devuelve la copa. Se levanta y la llena de coñac. Se la da a la dueña.

Se sienta a su lado, apoya la espalda en las almohadas.

Sube las piernas a la cama.

Sus piernas quedan a centímetros de las piernas de la dueña.

Sus piernas son más largas, blancas y delgadas. Se saca los zapatos y los deja caer al suelo. Las uñas de sus pies están pintadas con esmalte rojo. La dueña le toca un pie con el suyo. El pie de la dueña sube y baja lentamente por su pierna.

La dueña toma todo el coñac de la copa. Deja la copa en la mesa de luz. Se estira a lo largo de la cama. Uno de sus pechos queda descubierto. Lo deja así.

Murra se levanta. Enciende la radio.

Mueve las caderas muy lentamente, al ritmo de la música.

Se acomoda el pelo manteniendo las dos manos detrás de la nuca. Dice:

—Cuando era chica, atrapé a una luciérnaga. La puse en un frasco y cerré la tapa. La dejé en el piso de mi dormitorio. Desde la cama podía ver cómo se encendía y se apagaba. Brillaba en la oscuridad. Me desperté a la mañana y la luciérnaga estaba muerta. Creo que se asfixió.

La dueña tiene una pierna extendida, la otra doblada.

Su pecho está completamente descubierto.

Murra está mirando el espejo.

En el espejo está ella.

Por detrás de ella, la imagen de una mujer acostada.

Es una imagen algo sensual, algo patética.

Escena veintiuna

Esquivaré las piedras

—No tiene vergüenza. Después de lo que hizo, se pasea con total descaro —dijeron, a mis espaldas, en el hall del cine.

Era imposible que ella no hubiese escuchado. Estaba a menos de un metro de mí. Caminaba y miraba a su alrededor, como si sus perseguidores fueran perros a los que pudiera patearles las mandíbulas. Había regresado al pueblo el mes anterior y no se hacía otra cosa que hablar de ella y de su crimen.

En los primeros días, se alojó en el hotel hasta que la casa, que le pertenecía desde tiempos de sus abuelos, estuviera limpia y acomodado el mobiliario.

Durante años, la casa estuvo deshabitada y siempre se dijo que se escuchaban ruidos provocados por los espectros.

Ahora, estoy en la casa, treinta años después de haber visto a Clara Lecuona por primera vez.

Es un caluroso anochecer de verano. Estamos en una habitación con las ventanas y las celosías cerradas.

Una vieja mesa de comedor nos separa. Un antiguo ventilador suelta un chirrido con el girar de las aspas.

Ella mira mi rostro sudoroso, yo su cara envejecida.

—Dejé de ir a la iglesia, pero no de creer en Dios. No hubo un día en que dejara de rezar —dice, hablando con lentitud y como si la lengua chocara contra el paladar.

En la pared, un reloj sin segundero atrasa diez minutos.

—Lo colgó mi abuela y, desde entonces, no hubo forma de arreglarlo. Es como si hubiese decidido su propio tiempo —dice, al advertir que lo observo.

—Perdone. Me llamó la atención —le digo y, sin hacer una pausa, llevado por la ansiedad de conocer el motivo por el que me citó en su casa, agrego: —Fue valiente al regresar. Siempre quise saber por qué volvió. Cualquier otro se hubiera ido lejos, donde nadie lo conociera y comenzar una vida nueva.

—¿Adónde podía ir? Nací en esta casa, en el dormitorio que está pasando ese pasillo. Todo lo bueno y lo malo de mi vida pasó entre estas paredes. En este pueblo vivían mis amigas, la gente con la que crecí, los lugares a los que fui desde chica. ¿Qué había para mí en otra parte? ¿Qué debía hacer? ¿Convertirme en una fugitiva el resto de mi vida?

En un ángulo de la habitación, hay un pájaro en una jaula. La jaula está cubierta por un lienzo.

—Sé que, al comienzo, fue difícil para usted. Tofos fueron muy crueles —digo.

Sus ojos se clavan en la mesa, como si en las vetas y hendiduras de la madera se encontraran los recuerdos.

Levemente, golpea la mesa con la punta de sus dedos.

—Sabía que hablarían de mí. Pero creí que, con el correr de los días, se olvidarían y podría hacerme un lugar. Me equivoqué. Fue peor de lo que imaginé. Mis amigas cruzaban de vereda al verme; en cada sitio al que iba me hacían sentir su desprecio. Me Juré resistir, soportar hasta que se dieran por vencidas. Sin embargo, cada mañana me despertaba en el mismo infierno. Estaba sola, completamente sola.

Sus manos tiemblan ligeramente.

—¿Sabe lo que es sentirse sola? Es saber, con absoluta certeza, que nadie se apiadará de su llanto. No había vuelto a ver a mi hijo. Nunca me escribió una línea, una sola línea que hubiese servido para alentar mi esperanza. No soporté más. Entonces, decidí visitar a Dolores Torgelle.

La habitación está escasamente iluminada por una lámpara con las tulipas rotas que cuelga del techo.

El resto de la casa permanece en silencio.

—Ese día hacía frío y lloviznaba. Las calles estaban vacías. Pasó un auto, aminoró la marcha, se aseguró de que era yo y aceleró alejándose. Conocía al dueño del coche. Había sido amigo de mi marido. En otro tiempo, se hubiera ofrecido a llevarme.

Resopla por la nariz, menea la cabeza y continúa hablando:

—Toqué el timbre. Dolores abrió la puerta y se quedó inmóvil, confundida, sin saber qué decir. Nos quedamos paradas, mirándonos en silencio. El viento empujaba la llovizna sobre nosotras. Quise hablar, pero mi voz se ahogó con mi llanto. Yo misma me

sorprendí del modo en que lloraba, con tanta amargura, tanta desesperación. Dolores me tomó del brazo y me hizo entrar. Se sentó a mi lado. Le conté todo. Vi que su cara cambiaba de expresión. Entendí que sentía compasión. Me abrazó. Dijo: «¿Cómo pudiste esconder algo así?». Entonces, supe que podría recuperar mi lugar.

Se moja los labios llevándose a la boca la pequeña copa con licor de durazno y, destapando el botellón, con la mano temblorosa, vuelve a llenar la mía.

—Eso era todo lo que yo quería: recuperar mi lugar. Visitar las casas de mis amigas, ir al club, jugar a las cartas con ellas, sentarme a la sombra de los árboles y conversar mirando la laguna. Ser la que había sido antes de aquella noche. Mi hijo se había alejado para siempre. Yo sabía que jamás volvería a tener noticias de él, ¿qué debía hacer?

Deja caer las manos sobre la mesa, las manos caen como vencidas. La tomo de una de sus manos.

—Pasó atrás de donde usted está sentado. Mi marido había vuelto de cazar. Gritaba y daba largos pasos por el cuarto. Me golpeó en las costillas. Quedé sin aire, sin poder respirar. Caí al suelo y me acurruqué como un animalito en ese rincón. Me asustaban sus gritos. La escopeta estaba ahí, apoyada contra el mueble. La gente le tenía aprecio. Nadie sabía cómo era en realidad. A lo lejos, se escuchaba una canción. Me gustaba esa canción. Pero nunca pude recordar qué canción era. Mi hijo

apareció de golpe. La escopeta estaba ahí. Muchas noches me despierto oyendo el estruendo, ese estruendo...

Lentamente, quita su mano de la mía.

—Su sacrificio fue enorme, Clara. Su hijo tenía dieciocho años, debió decir la verdad y no condenarla a lo que debió soportar.

En sus labios se dibuja un rictus que simula una sonrisa, sus ojos están llenos de lágrimas.

Su cara se ha puesto infinitamente vieja.

—¿Qué es la verdad, sino lo que todos creen? Yo quería volver a ser la de siempre. Por eso fui a visitar a Dolores Torgelle. Usted sabe cómo se la considera. Siempre fue una mujer respetada. Es la clase de persona que no soporta una injusticia. Yo sabía que ella me defendería, lucharía por mí. Estaba segura de que convencería a los demás. Y así ocurrió: todos se apiadaron de mí.

Se pasa la mano por la frente, como si quisiera quitarse algo que la atormenta.

Después de unos segundos, dice:

—Una tarde, sonó el timbre. Me sorprendí. Nadie había llamado a mi puerta desde que volví. Y, como un milagro, ahí estaban Dolores, Ana Santoro y Leonora Duix.

En sus labios aparece una levísima sonrisa. Dice:

—Como si fuera un sueño, como si estuviera dormida y esa escena no estuviera sucediendo en la realidad, las tres estaban sentadas alrededor de esta mesa y tomaban el té con unas ga-

lletitas. Casualmente, eran las galletitas preferidas de Dolores. Me acordé cuando estaba sirviéndolas. Éramos chicas y Dolores las comía en su casa metiendo la mano en el tarro de lata mientras hacía los deberes para la escuela.

Me mira con una expresión melancólica y dice:

—Mis amigas estaban acá, hablando de cualquier cosa. De repente, se hizo un profundo silencio. No me acuerdo si Ana o Leonora, preguntó: «¿Por qué no le dijiste a la policía que tu marido te golpeaba desde que se casaron?». También, dijeron: «Lo que hizo tu hijo es imperdonable. Permitió que te echaras la culpa del crimen que él cometió y desapareció, dejándote abandonada en tu desgracia». Me quedé callada. ¿Comprende usted lo que estoy diciéndole?

La miro sin saber qué decir.

Se escucha el sonido del reloj en la pared y el chirrido del ventilador con el girar de las aspas.

—Usted y todos en el pueblo creen que me sacrifiqué por mi hijo. ¿Y si le dijera que supe que mi marido tenía una amante y era yo la que gritaba? ¿Y si le dijera que sacrifiqué a mi hijo haciéndoles creer a todos de que era un asesino y se escapó como un miserable cargándome con la culpa? ¿Y si le dijera que mi hijo me despreció por haber matado a su padre y nunca más quiso saber de mí? ¿Y si le dijera que mi marido jamás me golpeó? ¿Y si le dijera que le pedí que viniera porque necesitaba confesar?

Me quedo callado.

Su piel está marchita.

Su cuerpo huele a un perfume ácido.

Todo su cuerpo se estremece.

Clara me mira directamente a los ojos y dice:

—Yo le pegué el tiro, Padre.

Escena veintidós

Cristales rotos al atardecer

Escucha el sonido de sus propios pasos en la casa vacía.
Se detiene en el sitio donde estaba la mesa del comedor.

Laura rodea la taza de té con su mano delgada.
La mira a los ojos y ve en sus ojos un brillo de desesperación. Entonces, se da cuenta de que ella, al fin, entendió.

Noventa años atrás, su padre compró el terreno y edificó la casa. Gastó todos sus ahorros y, durante años, no cerró el negocio al mediodía para conseguir un dinero extra que le permitiera sostener la construcción.

—No puedo tener hijos Es difícil de aceptar, pero no me queda otra cosa que resignarme—dice Laura.
Elena se sienta junto a ella, en el sofá, y la abraza diciéndole algunas palabras que él no alcanza a escuchar.
Espera que se suelten del abrazo y entra al living como si no hubiera oído y se sorprendiera de encontrar a Elena.
Desde ese día, comprende que Laura y él serán cómplices. Ella mintió. Tal vez, no solo para protegerlo sino para protegerse a sí

misma. Establecen un pacto de silencio: nadie lo sabrá y tampoco hablarán jamás de lo que sucede en su matrimonio.

En la pared queda un gran recuadro de un color distinto al resto del empapelado. Durante años, vio el paisaje de la llanura, las montañas al fondo, el jinete sumergiéndose en las sombras de la tarde.

—Espero que nunca tengas que pasar por algo igual —le dice Laura, sus ojos negros parecen más negros y más grandes en el rostro pálido y enflaquecido.

—En un rato, la pastilla va a calmarte el dolor —le responde sin convicción y sujetándole la mano; la mano tiembla y él debe sentir ese temblor como si fuera el de su propio cuerpo.

Los tacos de sus zapatos suenan como martillazos sobre las crujientes maderas.

Se queda quieto. Ahí estaba el cuadro preferido de su padre.

—Los hombres no hacen cosas así. Si tu padre te encuentra, vas a recibir la paliza de tu vida. No quiero que vuelvas a entrar a mi dormitorio sin mi permiso ni toques nada que sea mío. ¿Te queda claro?

Mantiene la cabeza gacha y apenas la mueve qfirmando cuando su madre insiste: «¿Te quedó claro, mocoso? No vuelvas a usar mi ropa».

Ahora está parado en el mismo sitio donde siempre estuvo la lámpara de pie que compró su madre. Su cara se ve fatigada.

—Dame lo que te pido y te prometo no molestarte más. No es cómodo estar viajando hasta acá.

—No pienso darte un centavo más.

Atardece, la casa comienza a llenarse de sombras

—No quiero que vuelvas a venir. Es un pueblo. Todos saben la vida de todos.

—De la tuya no saben nada.

—Quiero que siga siendo así.

—Todo lo que quiero es un poco de plata.

Levanta la vista y ve, casi pegada al techo, la herradura. Se había olvidado de ella. Su padre la clavó ahí, el mismo día en que él nació.

Ya no tiene manera de sacarla. A lo mejor, está bien dejarla; es algo adherido a la casa, como si significara algo.

Reacciona muy despacio.

Escucha las voces, siente cómo lo levantan del suelo.

En una parte de su cuerpo hay un intenso dolor. Hasta el día siguiente no será capaz de recordar los golpes, los insultos.

Demora en comprender.

¿A quién metieron preso?

¿Para perseguir a quién fueron atrás del colectivo y lo hicieron parar en la ruta?

¿Qué muchacho fue el que lo golpeó y le robó la plata, las joyas de su mamá y de Laura; su anillo de sello y el reloj?

Las paredes van tomando un color gris cada vez más oscuro.

Él es un rostro hundido y un cuerpo que se mueve con dificultad. Se ve que casi no puede respirar y que necesita el aire de cualquier lugar que no tenga el olor de la casa.

—Mire, Cárdenas, si Dora no lo encuentra al poco rato que el muchacho lo asaltó y no lo hubiéramos seguido tan rápido se habría escapado. (¿Quién le dice eso?).

Noventa años atrás, su padre construyó la casa. Lo hizo con esfuerzo. Él conoce bien ese esfuerzo. Ahora, él vendió la casa. Es demasiado viejo para soportar la vergüenza o para enfrentar a todo el pueblo.

—La gente de este pueblo olfatea las ruindades. Por mucho que te hundas en el escondite, terminan encontrándote. Siempre saben que algo se corrompe o ya está corrompido. Si no fuera por el muchacho, nadie hubiera sabido nada. No lo sospecharon por más de sesenta años. No estoy seguro si te equivocaste al final o durante toda tu vida. Pero ¿qué hiciste con

Laura? ¿Qué fue de su vida siendo tu mujer? No se te puede perdonar que la arrastraras con tu hipocresía, tu cobardía ocultando quién eras realmente?

Marcelo Bidar es el que se lo dice.

Nunca más volverán a hablarse.

Se queda mirando cómo su sombra se proyecta sobre la pared donde estuvo el aparador con la vajilla fina.

—Usted hizo sufrir mucho a la señora Laura. Siempre la veía triste a la pobrecita. No sabía por qué. Ahora entiendo por qué. Usted es un mala persona. Nadie que sea bueno procede así con una mujer. ¿Por qué no se lo dijo antes de casarse? Usted la usó a la pobrecita para tapar lo suyo. Y a su edad metiéndose con un chico de veinte años. Usted es un asqueroso.

Dora se lo dice y le dice que no va a seguir haciendo la limpieza en una casa donde vive alguien tan falso y malo como él.

Suena la bocina del taxi.

En media hora sale el tren.

Abre la puerta de calle y la cierra con delicadeza, como si tuviera temor de provocar demasiado ruido.

—¿Lo ayudo con la valija, Cárdenas? —dice el taxista.

Le parece que se lo dice en tono de burla.

Le responde que no hace falta.

Sube al auto y espera que arranque.

Unos vecinos están mirando el coche.

No lo saludan. Ni él a ellos.

En ningún momento mira hacia la casa.

Anochece.

Las luces de las calles todavía están apagadas.

Escena veintitrés

Una chica da algunos pasos

Paso uno

Cae pesadamente al suelo. Es como si el golpe en la cara la hubiera tomado por sorpresa.

—¡Sos una mentirosa, porquería!

Se levanta apoyando una rodilla en el piso.

La mujer que la golpeó está de pie frente a ella.

—¡Tendría que echarte de la casa!

—No miento —murmura.

—¿Qué dijiste?

Ella se queda en silencio.

Paso dos

Su padrastro entra al dormitorio. Ella está en la cama. Él se le echa encima. Comienza a desnudarla.

No se resiste. Al contrario de lo que siempre hizo, permanece quieta, dejándolo hacer.

Él está bajándose los pantalones, ella ya está desnuda.

Repentinamente, saca la tijera de abajo de la almohada.

Clava la tijera en el ojo de ese hombre.

La sangre chorrea sobre su propio cuerpo.

La tijera continúa clavada en el ojo del hombre.

Ella salta de la cama.

Con el camisón, limpia la sangre que ensucia su cuerpo.

Se pone un vestido.

Recoge el bolso que dejó preparado. Y corre.

Paso tres

Un automóvil se detiene en una estación de servicio. Ella desciende del auto.

El conductor carga nafta; luego, la saluda con la mano.

Ella también lo saluda con la mano.

Hay un bar junto a la estación de servicio.

Va al bar y se sienta en una de las mesas.

Come un sanguche y toma una naranjada. Cuando termina, paga con una parte de lo que el hombre del auto le dio. Sale.

Un auto está detenido frente al surtidor.

Se acerca al hombre que conduce. Se inclina para hablarle a través de la ventanilla.

—¿Puede llevarme?

El hombre la mira desde el cuello hasta las rodillas.

—¿Adónde va?

—Hasta donde pueda llevarme.

—Puedo llevarla a muchos sitios. Se lo aseguro.

Ella sube. El coche arranca.

—Usted parece muy jovencita. ¿Cuántos años tiene?

—Quince.

—Me llamo Alejo. ¿Usted?

—Verónica.

—¿Se escapó de su casa?

Verónica tuerce la cabeza, mira por la ventanilla. A la distancia, ve una casa y un molino.

—No es necesario que me lo cuente.

—No quería seguir ahí.

—A lo mejor, hizo bien. Es bueno arreglarse solo.

—¿Usted se arregló solo?

—Siempre.

—¿A qué se dedica?

—Juego.

Lo mira con curiosidad.

El hombre tiene la camisa arremangada. Se nota un poco de sudor en sus axilas; sin embargo, huele bien, huele a una colonia que a ella le agrada.

—¿A qué juega?

Verónica está sonriendo.

—Al póker.

—¿Vive de eso?

—¿Le parece mal?

Verónica saca un caramelo del bolso. Se lo ofrece. Él acepta.

—¿Usted no come?

—Era el último que tenía.

Alejo cambia la estación de radio. De reojo, mira a la chica.

Paso cuatro

—Estoy harto de vos.

—Yo no hice nada.

—Desde que te conocí perdí la suerte.

—No tengo la culpa si esos tipos te golpearon. Tarde o temprano alguien iba a darse cuenta de que hacés trampas.

—Me cansaste —dice y se quita el cinturón—. Hace dos años que cargo con vos. No pienso seguir dándote de comer.

Verónica retrocede. Pone los brazos cruzados sobre la cara.

El cinturón hace un chasquido al chocar contra sus brazos.

No grita. El cinturón vuelve a golpearla.

Verónica gira el cuerpo, como si quisiera protegerse la cara.

Después, pierde la cuenta de cuántas veces es golpeada.

Cae al piso doblada, en posición fetal. Todavía se cubre la cara. Recibe una patada en las costillas.

Escucha el ruido del zapato chocando contra sus costillas.

Otra patada le produce un fuerte dolor en la pierna.

Recibió más golpes, pero no lo recuerda.

Despierta al día siguiente en el hospital.

La gente del hotel la llevó.

Paso cinco

Está en el tren. A su lado, en el asiento, hay un hombre. Es un hombre mucho mayor a ella.

El hombre tiene un anillo de oro con sus iniciales grabadas.

—¿Quiere tomar algo? —le pregunta

Verónica parece notar de repente que el hombre está allí.

Todo el tiempo estuvo mirando el paisaje por la ventanilla.

Mueve rápidamente la cabeza, diciendo que no.

—Hace calor. ¿Una naranjada está bien?

Verónica sonríe torciendo ligeramente la cabeza.

El mozo del tren se va, arrastrando el carro lleno de bebidas enfriadas con una barra de hielo.

—La estuve observando. Parecía estar durmiendo con los ojos abiertos. No la veía pestañear.

Verónica abre muy grandes los ojos.

—Soy Arturo Doza —dice él, extendiendo la mano.

Verónica le da la suya mientras, con la otra, sostiene la botella de naranjada, de la que sobresale por el pico un sorbete.

Lo mira fijamente a los ojos.

—Verónica. Mucho gusto.

Paso seis

—El cenicero. Limpialo. ¿Tengo que decirte cien veces lo que tenés que hacer?

Arroja las colillas en el inodoro. Tira de la cadena. Se mira en el espejo del baño. Murmura, apenas moviendo los labios:

—Vas a tragarte la lengua, viejo inmundo.

Él está leyendo el diario en la cama.

—Traeme una jarra con sangría.

Verónica sale al pasillo. Camina con lentitud. Al llegar a la escalera que conduce al primer piso, se encuentra con Mara.

—Prepará sangría —le dice.

—Sí, señora.

Mara tiene dos años menos que ella, todavía no cumplió los dieciocho y trabaja en el hotel desde dos meses atrás.

—Señora —dice, dándose vuelta—. Llegó un nuevo pasajero.

—¿En qué habitación?

—En la veintiuno.

—¿Las sábanas están limpias?

—Sí, señora.

—Apurate con la sangría.

Vuelve al cuarto.

—¿Lo que te pedí?

—Lo trae Mara.

—Te lo pedí a vos, no a Mara. Me gusta la sangría que preparás vos no la que prepara esa. Quiero que vayas y hagas lo que te pedí.

Otra vez está en el pasillo. Se queda parada con el codo apoyado en el pasamano de la escalera.

Un hombre baja a sus espaldas.

—Buenas tardes —la saluda.

Verónica le responde del mismo modo.

—¿Es una pasajera o trabaja acá?

—Soy la dueña.

—Perdone. No estaba enterado de que Doza se había vuelto a casar. No venía desde hace un año y medio. Soy viajante.

Verónica sigue con el codo apoyado en el pasamano. Uno de sus pies está sobre el primer escalón.

—Usted es mucho más joven que él.

—¿Qué tiene que ver?

—Usted parece una nena. Doza tiene cerca de sesenta.

—¿Qué hay con eso?

El hombre demora en decir lo que dice.

—Vendo ropa interior. Si le interesa, tengo algunas muestras de medias muy finas. También llevo muestras de la mejor lencería. ¿Quiere que le muestre?

—¿Sabe que Doza tiene un revólver?

—¿Por qué me lo dice?

—Para que no se equivoque.

Mara trae una bandeja. Sobre la bandeja, una jarra y dos vasos. Verónica le saca la bandeja.

Con la bandeja regresa al cuarto.

—Te traje lo que querés.

—Servime —le dice, con el diario abierto delante de su cara.

Verónica le sirve.

Paso siete

—Lo mató en la cama. Era demasiado viejo para aguantar a una como esa —dice Raquel.

—Ella no tuvo la culpa —dice Mara,

—La culpa es del viejo. Con una chica así, no se puede casar un hombre de su edad. Una como ella siempre pide y un viejo no le sirve, que no sea para darle plata —dice Raquel.

—Nunca se sabe cómo son las personas.

—Ella lo buscó al viejo para quedarse con todo. A los veinte años, se hizo rica. ¿Y qué era antes? ¿De dónde la sacó Doza?

—No sé —dice Mara.

—A una así se la encuentra en la calle o en un prostíbulo.

—Raquel, dejá el uniforme y andate.

Raquel se da vuelta.

Verónica le dice:

—No demores en irte y no vuelvas a pedir nada. Si volvés, voy a cortarte la cara.

Le muestra un cuchillo

—Mara, vas a hacer lo que hacía Raquel. Poné un cartel para que sepan que buscamos empleada.

Paso ocho

—Aquí está su hijo, señora —le dice Mara.

El chico llora, mueve convulsivamente los brazos.

Verónica lo pone sobre sus pechos.

El chico se calla y trata de extraer la leche.

Verónica tiene en la cara un gesto ambiguo.

—Llevalo.

Mara lo toma en brazos.

—Prepará una mamadera. No tengo bastante leche. No voy a darle más el pecho. Decile a Fernanda que se encargue.

—Es un poco chica. Tiene quince años.

—Cuidó a los hermanos, sabe lo que hay que hacer. Quiero que se quede de noche a dormir con el chico. Decile que venga a hablar conmigo.

—Se lo digo, señora.

Paso nueve

Está borracha.

—Estoy harta de que me mirés —dice agarrando el portarretratos y sacando la foto de Doza.

Rompe la foto.

Pone los pedazos en el cenicero. Los prende fuego.

La llama sube violentamente y, de inmediato, cae por completo aplacada.

—Viejo asqueroso. Siempre dándome órdenes. Haciéndome hacer asquerosidades. Inmundo. ¿Te creíste mejor a mí? ¿Qué era yo? ¿Tu sirvienta? ¿La que refregabas por ese cuerpo de viejo roñoso? ¿Qué tal? ¿Sentiste sueño con el vuiski? ¿Mucho sueño? ¿Te faltaba el aire y no podías respirar bajo la almohada con la que te aprete la cara?

Se sirve una copa de coñac. La termina de un trago.

—¿Aprendiste? Un tipo me golpeó. Tarde o temprano, lo voy a encontrar y le va a pasar lo mismo que a vos. Hace mucho que juré que nunca más un hombre se aprovecharía de mí.

Alguien llama a la puerta.

—¿Quién es? —grita.

—Fernanda, señora.

—Entrá.

—Permiso. Es por el nene, señora.

—Te dije que te encargués vos.

—Señora, hay cosas que tiene que saber.

—¿Qué cosas?

—Mis hermanos no eran como él.

—¿Qué tiene?

—No sé, señora. Me parece que tendría que hacerlo ver. Hay cosas que el nene no hace y es raro que no las haga a la edad que tiene.

—¿Qué pretendés que haga a los cuatro meses?

Fernanda vacila. Dice:

—Señora, el nene cumplió nueve meses.

Verónica está parada junto al espejo de la cómoda. Tuerce la cabeza y se mira.

—¿Así me ven? —dice, como si le preguntara a Fernanda.

Paso diez

Cuatro o cinco años atrás sacó al chico del pueblo. Le paga a una prima del marido para que lo tenga en la ciudad.

El chico ya tenía diez años, tal vez un poco más, cuando un viajante abusó de él.

Verónica encontró la excusa para sacarse el chico de encima. Siempre la molestó.

Sin embargo, lo que hizo el viajante, le pareció asqueroso.

Verónica nunca se quedaba con las cosas a medio hacer.

El viajante fue asaltado en la ruta y le pegaron un tiro.

Después de eso, dio la impresión de haberse sacado un peso de encima. De todos modos, no dejó de beber.

La mayor parte del tiempo la pasaba encerrada en su cuarto, emborrachándose con coñac o vodka.

El día que llegó una nueva empleada y se presentó ante ella, reconoció enseguida el tipo de chica al que pertenecía.

Se lo dijo:

—Sé a qué clase de chica pertenecés.

—¿A cuál? —preguntó ella, masticaba un chicle.

—A las que no están conformes en ningún sitio.

—Puede ser. No me gusta quedarme demasiado tiempo en ninguna parte —le respondió la chica.

Varias veces la hizo ir a su habitación.

Siempre consiguió encontrar los motivos para que fuera.

Finalmente, la muchacha pareció entender.

En las últimas noches, la chica fue a su cuarto, bebieron juntas, y se quedó acostada en su cama hasta la madrugada. Pero nunca quiso dormir a su lado, a pesar de que ella se lo pedía

Llegaba recién bañada y oliendo al perfume que le regaló.

Trató de cambiarle el nombre, llamándola de distintas maneras. La chica no lo aceptó.

—Me llamo Murra —respondió cada vez—. No quiero otro nombre que ese.

De alguna manera, la chica parecía mantenerla sobresaltada.

Era como si ella, la dueña del hotel, no pudiera controlar a su empleada. No consiguiera dominarla.

—Puedo aumentarte el sueldo y dejar a los otros a tu cargo. Pero preciso saber si vas a quedarte un largo tiempo.

—«Un largo tiempo» es algo que no puedo imaginar.

—Tratá de aprender que en algún sitio hay que detenerse.

Murra la mira con cara de indiferencia.

—Yo encontré este sitio. Me gustaría que te quedaras. Estoy sola —le dice, con una voz ronca.

Se calla bruscamente. Como si se hubiera sorprendido de lo último que dijo.

—Todo el mundo está solo Las cosas son así —dice la chica.

—Servime coñac —le pide y acomoda las almohadas para recostar la espalda.

Verónica mira a Murra llenando la copa.

Su nariz, vista de perfil, es perfectamente recta. La luz del velador la ilumina desde abajo y empalidece aún más su cara.

—Acostate a mi lado.

—Hay trabajo que tengo que hacer.

—Todavía es temprano.

—Usted me paga para que haga bien mi trabajo. Y Mara me está esperando para que la ayude.

—Quiero que te quedés.

La toma de la mano. Trata de hacerla sentar en la cama.

Murra se mantiene de pie.

—Nunca tuve un anillo con una piedra tan grande —le dice, mirándole la mano.

—Es un anillo muy caro. Las joyas mantienen su valor y una mujer tiene que tener con qué defenderse.

—Alguna vez, voy a encontrar un hombre que me regale un anillo como ese.

Verónica separa su mano de la de muchacha. Con un poco de dificultad, consigue que el anillo corra por su dedo.

—Probalo.

La mira a la cara. Tiene la expresión de una niña viendo el regalo de navidad que estuvo esperando.

—Podés quedártelo.

Después que lo dice, hace un gesto, como si dudara.

—¿No va a arrepentirse y me dirá que se lo devuelva?

—Nunca me arrepiento de nada. ¿Vas a quedarte conmigo esta noche?

—Puede ser —dice la chica, mirando el anillo en su dedo.

—La semana que viene viajo a la ciudad. Puedo comprarte un vestido. También puedo comprarte un par de zapatos.

Murra sigue mirando su mano.

—No parece la misma mano —dice, con algo de orgullo.

Verónica se ríe.

Termina la copa de un solo trago.

—Servime otra antes de irte, querida.

Murra, otra vez, le llena la copa.

—Voy a estar esperándote. Decile a Fernanda que no traiga mi comida. No tengo hambre.

Murra abre y cierra la puerta. Ya no está en el cuarto.

Verónica termina el coñac.

Se estira tratando de agarrar la botella.

Tiene que apoyar una mano en el piso para no caerse.

Logra recuperar el equilibrio y todo su cuerpo vuelve a estar sobre la cama.

Se estira con más cuidado. Alcanza la botella.

Sentada en la cama, llena la copa casi hasta el borde.

Con el movimiento, su bata se abrió y sus enormes senos quedaron al descubierto.

Se despierta al escuchar los golpes en la puerta.

Alguien golpea, se detiene, golpea.

—Pase.

Le cuesta abrir los ojos.

Con la lengua se moja los labios, tiene la boca reseca.

—Perdone Está Núñez. Trajo el pedido. Tiene que hacerme el cheque —le dice Mara.

La luz del velador sigue encendida.

Por la celosía de la ventana se filtra la luz del día.

—¿Qué hora es? —pregunta.

Recién en este momento, se cubre los pechos.

—Las doce y media.

—¿Es de día?

—Sí, señora. La molesté porque tiene que darme el cheque. Usted me dijo que se lo pidiera.

—La chequera está ahí.

Mara se la alcanza. También la lapicera fuente.

Verónica firma el cheque. Lo corta cuidadosamente, como si estuviera consciente de su torpeza y temiera romperlo.

—Decile a Murra que venga.

Mara dobla el cheque por la mitad.

—Murra se fue, señora. Anoche golpeé a la puerta, pero usted no me contestó. Le pregunté a ella si había hablado con usted avisándole que se iba. Me dijo algo muy feo sobre usted. Se llevó una valija con ropa.

—¿Qué fue lo que te dijo? Servime coñac.

En la botella queda muy poco.

Mara busca la copa.

La ve sobre la cama. La llena y se la da.

—¿Qué te dijo?

—Mejor no lo digo. No va a gustarle.

—Estoy acostumbrada a escuchar lo que sea.

Mara tiene una ligera y casi imperceptible sonrisa en los labios; en sus ojos hay rencor y un brillo que, seguramente, le produce la alegría de lo que va a decir:

—Dijo que tenía mucho que hacer en otra parte y dijo que le daban asco los borrachos. Dijo que usted le daba asco.

Último paso

—No sale desde ayer a la mañana —dice Fernanda.

—Ya golpeé dos veces a la puerta y no contesta. Sigue durmiendo. Hasta la tarde no se va a despertar. Está más borracha que nunca —dice Mara.

—No estoy segura —dice Fernanda.

Fernanda deja el repasador sobre la mesa.

Va hacia el pasillo. Lo recorre rápidamente.

Golpea a la puerta del cuarto de la dueña.

Insiste. Nadie le responde. Abre la puerta.

Ve los pedazos de vidrio de una copa rota.

Uno de esos pedazos está manchado de sangre.

Ve las sábanas manchadas de sangre.

Fernanda se lleva la mano al pecho.

Por alguna razón, en voz muy baja, dice:

—Pobre mujer.

Escena veinticuatro

Una de esas cosas sin importancia

A pesar de la niebla, Agustín ve la chata alejándose.

A un costado del camino, junto a la alambrada, el hombre trata de incorporarse.

—¿Precisa ayuda? —pregunta Agustín, bajándose.

El hombre acaba de ponerse de pie y mueve una mano diciendo que no.

En medio de los yuyos, hay una valija tirada. La valija es pequeña y está atada con una soga.

Agustín salta la cuneta y, al acercarse, puede verlo bien: es un muchacho. No parece tener más de veinte años. Tiene la cara muy golpeada.

—Le dieron una buena paliza —dice Agustín.

El muchacho afirma con la cabeza.

—¿Qué pasó? —pregunta Agustín.

El muchacho intenta limpiarse la boca ensangrentada con la manga de la campera.

—Querían la gallina. Yo se las di —dice con una voz grave que suena casi gutural.

—¿La robó?

El muchacho levanta la valija.

—No robo, don.

—Se llevó la gallina.

—Estaba en el camino.

Agustín vuelve a cruzar la cuneta.

—¿Qué anda haciendo? —pregunta.

—Voy al campo de mi papá.

—¿Es de por acá?

—¿Usted conoce a un Jeremías Velarde?

—No. A nadie de ese nombre. Alquilé un campo hace poco. Apenas llego. No quería seguir estando donde estaba. ¿Cerca de qué pueblo está el campo?

El muchacho se acomoda la ropa. Está frunciendo el ceño.

—Tiene un campo. El campo de Velarde —dice.

—Ya le digo. No hay ningún Velarde que yo conozca. Tiene que preguntarle a otro.

El muchacho se queda en silencio. Quiere cerrarse la camisa, pero ha perdido la mayoría de los botones.

Agustín se rasca una oreja sin dejar de mirarlo.

—¿Piensa seguir caminando sin estar seguro para dónde va? En un rato, con esta niebla, nadie lo va a ver para llevarlo.

El muchacho se encorva de hombros. Es robusto y parece tener mucha fuerza.

—¿Usted vive en el campo de su papá?

El muchacho niega con la cabeza.

—No me conoce. Voy para que mi papá me conozca.

Agustín da la impresión de no saber qué tiene que decir.

—Usted parece fuerte, ¿por qué no se defendió? —dice por decir alguna cosa.

—¿Para qué?

Agustín lo mira de pies a cabeza: el pelo mal cortado, la ropa sucia y gastada.

—¿No le dijeron dónde está el campo?

El muchacho se queda en silencio. Mira hacia el piso. Con la punta de la alpargata levanta un poco de tierra.

—¿Usted sabe de un Jeremías Velarde que tiene un campo?

Agustín no puede evitar sonreír.

—Ya le dije que no lo conozco. Venga, lo llevo.

—¿Usted me lleva hasta el campo de mi papá?

Agustín levanta las cejas, chasquea la lengua.

—¿Cuánto hace que lo busca?

El muchacho piensa demasiado tiempo.

—Como un mes —dice, finalmente.

Agustín sube a la camioneta.

—Suba. Lo llevo un trecho.

El muchacho sube. Golpea la puerta al cerrarla, como si no tuviera consciencia de su propia fuerza. Pone la valija en el piso del coche y la aprieta con sus piernas.

Agustín maneja sin hablar.

El muchacho está viendo los campos sembrados.

Lleva un brazo apoyado en la ventanilla.

—Pensaba lo que son las cosas. Usted, que anda buscando a su papá y yo, que perdí a un hijo. Pienso todo el tiempo en él. No puedo sacarlo de la cabeza. Era más chico que usted. También más delgado y bajo. No me acostumbro a estar sin él. Mi mujer se fue mucho antes. Nos abandonó. Era como todas las mujeres. Ella no me importó. Pero extraño a mi hijo.

El muchacho ha girado la cabeza y lo está mirando.

—¿Usted conoce a Jeremías Velarde?

—No. Le dije que no.

—Mejor, me bajo. Si usted no sabe dónde queda el campo, mejor me bajo.

—Como quiera —le contesta Agustín; su voz suena débil.

Detiene la camioneta.

El muchacho desciende.

Empuja la puerta con demasiada potencia. Agustín arranca.

El muchacho lo saluda con el brazo en alto.

Pareciera que Agustín quisiera decir alguna cosa, pero todo lo que hace es apretar con fuerza el volante y mirar el camino de tierra que se extiende entre las alambradas.

La niebla se hace más espesa.

Escena veinticinco

misty

—No puede verse nada —el mozo mira a través de la vidriera la niebla gris oscuro.

—¿Siguen pasando autos?

—No creo que estén locos. No se ve más allá del parabrisas.

—Yo no sé cómo llegué hasta acá. Venía en el coche a paso de hombre.

—Ya te dije que esto se acabó desde el momento en que mi mujer se enteró por el anónimo.

—Esa fue la Renga. Ella manda los anónimos. Desde que era chica fue una basura.

Ella juega inquieta con la bolsita de azúcar.

La enrolla y desenrolla entre los dedos.

—Como sea, ya hablamos de esto. No podemos seguir.

—Siempre decidís sin importarte lo que pienso.

—Dijiste que te irías —él remarca palabra por palabra.

—Tuvo mala suerte. La niebla más espesa que vi en mi vida lo sorprendió justo en la ruta.

—Mi madre me decía: «Con paciencia se pintan catedrales en cabezas de alfileres».

—Sabés que no podés quedarte.

—Estás decidiendo por mí.

—Por los dos. ¿Es la mejor solución o no? ¿Cómo vas a seguir entrando al colegio?

Ella mira la taza de café vacía.

La taza tiene los bordes sucios.

La bolsita de azúcar se rompe entre sus dedos.

—¿Va al pueblo o anda de paso?

—Las dos cosas. Soy viajante.

El vendedor se arremanga la camisa y desanuda la corbata. El saco está colgado en el respaldo de la silla.

—Lo vamos a ver seguido por acá.

—Tengo esta zona. Me la dieron la semana pasada. El dueño tiene un plano sobre la pared. Se paró con un lápiz de color en la mano y, como si fuera un estratego antes de la batalla, me dijo: «Levinas, esta es su zona. Vaya y haga lo que sabe».

—En la ciudad vas a estar bien.

—Es lo que quiero. Estar lejos de todo esto. De mi marido, de todo. Pero esperaba otra cosa de vos.

—¿Qué esperabas?

—Esperaba que hicieras algo. No es agradable entender que no te importé.

—Estás exagerando todo.

Entra un hombre con una gruesa camisa a cuadros. El propietario, detrás del mostrador, alza la cabeza de la revista deportiva. Lo mira por un instante y continúa leyendo.

El hombre de la camisa a cuadros se sienta en la mesa junto a la vidriera. El mozo sigue conversando con el vendedor. Luego, con desgano, va hacia el nuevo cliente.

Permanece unos segundos tomando el pedido y se dirige al mostrador: «Café doble y pastafrola».

El hombre de la camisa a cuadros mira por la vidriera. Puede ver la silueta borrosa de los surtidores y, más allá, la de una camioneta estacionada.

La densa capa de niebla no le permite ver más lejos.

—Estás diciendo disparates.

—Es la verdad. No sentíamos lo mismo.

El mozo deja la torta y el café sobre la mesa. El hombre de la camisa a cuadros parece querer hablarle.

El mozo le da la espalda, se acerca al vendedor y le dice:

—Cada vez hay más niebla.

—En unos días te vas y eso es lo mejor para todos.

—Sobre todo para vos.

—¿De qué estás hablando?

El hombre de la camisa a cuadros mastica con lentitud la torta, como si tuviera todo el tiempo del mundo o estuviera manejando su tiempo a voluntad. Mira atentamente a la pareja. Primero a ella, luego a él. Ve el modo en que ella afirma el codo sobre la mesa y apoya la mejilla en el puño.

—En el camino no se ve a dos metros. Si quiere ir al pueblo, puede seguirlo a Montes, el pibe de la estación de servicio. En

un rato se va. Es capaz de ir con los ojos cerrados. Usted se puede quedar en el hotel de Doza. Mejor dicho, el que era de Doza, ahora es de la mujer. Una chica que no era de por acá. Se quedó con todo cuando él murió. Ella era como cuarenta años más joven que él.

—Conozco a esa clase de mujeres. ¿A qué hora se va el pibe?

El hombre de la camisa a cuadros bebe el café y, ahora, mira al mozo y al vendedor.

—Voy a irme. Estoy harta de todo. También, me harté de vos.

—No te mentí.

—Fui yo la que tuve que soportar los insultos de tu mujer. Si mi hija hubiera estado ahí, ¿creés que tu mujer se hubiera quedado callada?

—Pienso que sí. Está enojada, pero nunca estuvo loca.

—Alguna vez dijiste otra cosa.

El vendedor va hacia la estación de servicio. El mozo apoya el codo en el mostrador y le dice al propietario:

—Mire, ya no se lo ve. Como si se lo hubiera tragado la niebla

El propietario toma una cocacola y la termina sin respirar.

El hombre de la camisa a cuadros ve, como una sombra en la niebla, al vendedor regresando al bar.

—¿Qué querés que haga, Elvira?

—Pensé que vendrías conmigo. Pero ahora no quiero nada de vos. Me hartaste.

El vendedor entra.

—No hay nadie —dice.

—Imposible —responde el mozo—. Montes nunca dejaría la estación de servicio sola.

—Parece que ya se fue.

—No creo que se fuera. Usted no debe haberlo visto.

—Me quedé callada mientras me insultaba. ¿Por qué tuve que quedarme callada?

—¿Qué otra cosa podías hacer?

El vendedor pide café y coñac. De un maletín saca folletos, listas de precios y un bloc de hojas en blanco.

—Antes de encontrarme con ella, ya había decidido irme. Lo decidí hace mucho.

—¿Qué dijo tu marido?

—No sabe que lo abandono.

El mozo pone una servilleta de papel bajo la copa de coñac. El vendedor mueve una mano, agradeciendo.

El hombre de la camisa a cuadros vuelve a mirar a la pareja.

A ella la vio con los ojos llorosos.

Él no le agrada.

Le molesta la expresión de su cara y la manera torpe en que gesticula.

—Tu mujer lo supo antes del anónimo. En un pueblo como este, todos simulan no ver nada.

—¿Esto vende usted? —pregunta el mozo.

El vendedor asiente.

Los ojos del propietario se cierran y se abren, como si el sopor los fuera venciendo.

Hay una radio atrás del mostrador. Se escucha música.

El hombre de la camisa a cuadros acaba la torta y el café y levanta el brazo tratando de llamar la atención del mozo.

—Nosotros terminamos. No puedo irme. Acá tengo mi trabajo, mi casa, mis hijos. Vos te vas por otras razones.

—Sí. Para no ver a gente como vos.

El mozo acomoda una silla.

—Me quedé pensando en Montes, el chico de la estación de servicio. Es raro que no lo viera.

—En un rato, voy a ver si lo veo. Por ahí, volvió.

El hombre de la camisa a cuadros va al baño.

Camina muy despacio, como si no quisiera que sus pasos sonaran sobre el piso.

Pasa junto al mozo y al vendedor. Ellos parecen abstraídos en lo que conversan como para verlo.

—¿Sabés por qué tu mujer se queda a tu lado?

Él permanece en silencio. No quiere mirarla a la cara.

—Necesita que la mantengas. Si te quisiera, no haría esto. Te abandonaría. Ni siquiera tiene orgullo. Es una infeliz, como todos los de este pueblo. ¿Pensás que nadie se enteró de que el profesor de historia se acostaba con la profesora de música? ¿Tu mujer no vio lo que pasaba?

—Nunca creí que tuvieras tanto odio encima.

El hombre de la camisa a cuadros sale del baño.

Se queda cerca del mostrador.

Tiene dinero en su mano.

Aguarda que el mozo lo vea y le cobre.

El mozo habla con el vendedor y no ve que lo esperan.

El hombre de la camisa a cuadros le paga al propietario.

—Me parece que la niebla es cada vez mayor. Fíjese, no se ve el cielo —dice el vendedor.

El mozo levanta las cejas. Da la impresión de estar buscando algún tema de conversación.

—El dueño anterior decía que el lugar era el mismo, lo único que cambiaba eran los clientes. Es como si fueran los mismos. Uno reemplaza al otro y hace las mismas cosas —dice el mozo, como si hubiera recordado algo importante.

El hombre de la camisa a cuadros está abriendo la puerta de salida. Gira la cabeza mirando hacia la mesa donde está sentada la pareja.

La mira como si estuviera recordando alguna cosa.

El vendedor parece no haber escuchado lo que dijo el mozo.

Le da un folleto.

La niebla cubre por completo las vidrieras.

—Mire —dice el mozo.

La niebla ya no deja ver nada.

—*Misty* —dice el vendedor.

El mozo se queda callado.

El vendedor agrega:

—Es una canción. En inglés, misty quiere decir nebuloso.

Con un poco de indolencia, el mozo afirma con la cabeza.

El vendedor mira a la pareja.

El mozo se inclina y murmura en el oído del vendedor mientras, con disimulo, mira a la pareja

—¿No ves lo que hiciste?

—¿Yo tengo la culpa?

—No. Pero yo soy capaz de darme cuenta de que hago mal. Vos no ves más allá de tus narices. No te importa nadie, sino vos mismo. Usás a los demás.

—No puedo creer que seas así.

—¿Vos ves lo que estás haciendo conmigo?

—Creí que me citaste para despedirte. No esperaba esto. No imaginaba que tuvieras tanto rencor.

—¿Rencor? ¿Es eso lo que ves en mí?

—¿Escuchó? —pregunta el mozo.

—Sí —dice el vendedor mirando hacia afuera.

El propietario también mira para el mismo lado.

El mozo se acerca a la puerta.

La niebla es una cortina cerrada más allá de los vidrios.

—No voy a verte nunca más. Me parecés un pobre hombre.

Ella sonríe con amargura.

Como un animal acorralado, lanza un zarpazo:

—Sos una porquería.

—¿Qué hice yo?

—¿No ves lo que me hiciste? ¿No ves lo que le hiciste a tu mujer y a tus hijos?

—¿Y vos? ¿Cómo podés echarme algo en cara? Engañaste a tu marido durante años y ahora vas a abandonarlo. Ni tu hija te importa. Es una nena y, también, la abandonás a ella. ¿Soy yo el egoísta, el que no ve más allá de sus narices?

—No se ve nada —dice el mozo.

—Pareció un caño de escape. Puede ser el auto del hombre de camisa azul que salió recién —dice el vendedor.

El mozo sigue tratando de ver a través de la niebla. Su nariz está casi pegada al vidrio de la puerta.

—Allá hay una camioneta estacionada. ¿A usted no le pareció que sonó como otra cosa?

Pregunta el mozo mirando al propietario.

El propietario encorva los hombros.

En la radio suena otro tema musical.

—A la camioneta me parece haberla visto. Puede ser de alguien que alquiló una chacra hace poco, un hombre que vive solo. Me parece que perdió un hijo. A lo mejor era el hombre que estuvo acá.

El vendedor toma un poco de coñac.

—La camioneta sigue ahí. Tengo la impresión de que pasó algo. La niebla no me deja ver. ¿Sabe a qué me sonó lo que escuchamos? —dice el mozo.

Escena veintiséis

Hubo un incidente en la vida de Amelia

Todos en el pueblo saben que Amelia Erguir fue violada a los quince años.

Tres hombres, que no eran de la zona, la obligaron a subir a una camioneta cuando ella iba en bicicleta a la laguna.

La tuvieron con ellos hasta el amanecer, en medio del monte que está al otro lado del puente.

El hecho se conoció porque Amelia quedó muy lastimada. Era virgen y los tres hombres la trataron de una manera brutal.

Hacía catorce años que la violación había ocurrido y Amelia, desde siete años atrás, trabajaba en la biblioteca.

Era amable, pero no se la veía sonreír ni hablar demasiado tiempo con nadie. Nunca había tenido novio ni se le conocía una salida con ningún hombre.

En ese tiempo, cuando Amelia estaba a punto de cumplir los treinta, llegó al pueblo el nuevo dentista.

Tenía cuarenta años, era soltero y simpático aunque no precisamente atractivo. Era más bien bajo, algo regordete, y sus ojos pequeños parecían cerrarse por completo cuando se reía.

Nadie imaginó que el dentista lograría acercarse a Amelia y, en menos de cinco meses de estar en el pueblo, convertirse en

su novio, llevándola del brazo por la calle o tomando refrescos en las mesas de la vereda del bar.

Todos estuvieron de acuerdo con el noviazgo, aunque la mayoría dudaba si el dentista estaba al tanto de la violación.

Después, se supo que lo sabía aún antes de conocerla.

Esto hizo que se lo considerara una buena persona. No cualquier hombre se pondría de novio con una mujer violada y que vive en un pequeño pueblo donde todos conocen la historia.

Amelia cambió el carácter: se mostraba contenta y se la veía sonreír; de su cara se había desvanecido la sombra que la acompañaba hacía años.

Hasta su forma de vestir era diferente y usaba ropas de colores alegres y no los usuales vestidos negros o marrones con los que siempre se la había visto.

El día que se casaron, hicieron la fiesta en el club y nadie tuvo la menor duda de la felicidad que mostraban.

La mayoría pensaba que Amelia era una pobre muchacha a la que la vida recompensaba de una desgracia inmerecida.

A cuatro días del viaje de luna de miel, Amelia regresó sola al pueblo. Volvió a su trabajo en la biblioteca, con el cabello recogido y sus viejos vestidos oscuros.

Nadie consiguió sacarle una palabra de lo que sucedió.

Días más tarde, el dentista se presentó en el pueblo. Dejó el consultorio a un colega y se mudó a otro pueblo.

Nunca pudo conocerse la razón por la que se separaron.

Durante largo tiempo se habló de Amelia y el dentista y todos vieron cómo Amelia envejecía, sola y amargada.

Años más tarde, se hizo muy amiga de otra mujer solitaria, Fernanda Echagüe.

Fernanda había trabajado casi toda su vida como empleada en el hotel y nunca se había casado. Se le conocieron solo dos novios, con los que tuvo unas largas relaciones que condujeron a nada.

Ahora, las dos mujeres suelen caminar juntas y sentarse, varias horas, en un banco de la plaza.

Pasaron demasiados años y la mitad del pueblo desconoce o ya no recuerda la historia de Amelia Erguir.

Este es su último año en la biblioteca. Debió jubilarse cinco años atrás, pero no había candidata que la reemplazara. Ahora la hay y los meses de Amelia en la biblioteca están contados.

Fernanda Echagüe la invitó con un helado y están sentadas en la plaza, en el banco en que lo hacen siempre, el que está bajo el ombú. En este sitio, Fernanda le dice:

—Cuando trabajé en el hotel, la viuda de Doza se suicidó, ¿te acordás? En los últimos años, se pasaba el día encerrada en el cuarto, completamente borracha. Tenía un hijo. El pobrecito era retrasado. Yo lo quería mucho. Ella no lo soportaba y se lo sacó de encima. Lo mandó a vivir con una pariente. Nunca más supe de él. Muchas veces me pregunté qué habría sido de él.

Fernanda rasca con la cucharita el fondo del vaso de helado.

—Lo que nunca te conté fue que yo también quise matarme. Viajé a la ciudad para hacerlo. Me tomé un frasco de pastillas. Fui a un hotel. Una empleada me encontró. En el pueblo no lo supo nadie. Ahora lo sabés vos. Sos la única que lo sabe.

Amelia le pasa un brazo sobre los hombros.

De repente, Fernanda, por primera vez en todos los años que la conoce, le pregunta:

—¿Por qué te separaste del dentista?

Amelia hace un largo silencio.

Como si creyera que le debe algo a su amiga o porque pasó años esperando para contarlo, dice:

—Yo era muy feliz con él. Era tan bueno y comprensivo que dudaba: «¿Es posible que sea así?» Siempre tuve temor de los momentos de alegría. Es como si creyera que, luego, la vida no me los perdonaría arrojando sobre mí una desdicha. Creo que fue eso lo que pasó. No estaba equivocada. Sin embargo, no pensaba en eso sino en el miedo de perderlo. Tenía tanto miedo de contarle lo que me pasó que estuve noches enteras sin dormir, hasta que me decidí.

Amelia se queda callada unos segundos, como si dudara en seguir contando.

Al fin, se decide y dice:

—Yo temblaba. Con un nudo en el estómago, comencé a decirle: «Yo era muy jovencita y me pasó algo terrible». Él me miró y dijo: «Sí, ya lo sé. Y te quiero». Eso fue todo lo que dijo

y yo sentí que me daba su alma y me cubría con ella protegiéndome como nadie lo había hecho.

Amelia aprieta los labios, mira hacia el piso.

—Nos casamos. Viajamos de luna de miel. Llegamos al hotel en las sierras de Córdoba. La primera noche, por el viaje y la tensión, estábamos tan cansados que nos dormimos abrazados. Nos despertamos al amanecer y ocurrió. Fue maravilloso para mí. Eso era el amor. En un momento, desapareció todo lo horroroso de mi vida. Pasamos el día haciendo excursiones.

Amelia levanta la mirada, respira hondo,, dice:

—A la noche, en la cama, comenzó a besarme y acariciarme con ternura. De pronto, algo cambió. Su voz sonó de otro modo, como si no fuera la suya. Sus manos me tocaban de una forma distinta, había algo sucio en sus caricias. Su lengua me llenaba el cuerpo de una baba pegajosa. Estaba muy excitado, apretó mis pechos y los mordió, como si fueran los de una cualquiera, y con esa voz, esa voz tan ajena a él, al hombre que yo conocía, al que amaba, jadeando, soltando su aliento contra mi cara, me dijo: «Contame lo que te hicieron esos tres tipos».

Amelia se queda callada.

Después, con un hilo de voz, dice:

—Eso quiso. Que le contara lo que me habían hecho.

Fernanda la toma de la mano.

Escena veintisiete

Una tarde gris y un tanto fría

La mujer camina lentamente por la orilla de la laguna.

El agua apenas se mueve.

El cielo está gris, como si pudiera llover en algún momento.

La mujer lleva una sombrilla de colores vistosos. Sostiene la sombrilla sobre la cabeza con una mano regordeta y llena de anillos. En sentido contrario, una muchacha camina con los pies metidos en el agua.

Como si ambas se sorprendieran de encontrar a alguien, se quedan mirándose en silencio.

Están inmóviles, a no más de tres metros de distancia.

La mujer sonríe.

La muchacha permanece con el ceño fruncido.

La mujer da varios pasos hacia ella. La chica desvía la mirada y, con un pie, patea levemente el agua.

—Casi nadie viene en esta época —dice la mujer.

—Yo sí —le contesta la muchacha, con cierta indiferencia.

La mujer tiene arrugas en la cara y usa demasiado rubor en las mejillas.

—Nunca te había visto —dice la mujer acercándose aún más a la chica.

Ella mira la laguna. Vuelve a empujar el agua con el pie.

—Tuve un lápiz labial de ese color —le dice.

—Sos muy joven para usar maquillaje. ¿Cuántos años tenés?

—Dieciocho.

—Yo no pude usar maquillaje hasta pasados los veinte. Ni mi hermana ni yo. No nos dejaban.

—¿Quién no las dejaban?

—Mis padres. Nos cuidaban mucho.

—¿Las cuidaban de qué?

—Supongo que de los hombres. Todos los padres cuidan a sus hijas de los hombres.

La muchacha entrecierra los ojos.

—No se me ocurrió pensar en eso.

La mujer cierra la sombrilla. Se queda callada unos instantes.

—Tuve muchos gatos. Mi hermana y yo los cuidábamos. Es bueno cuidar a alguien.

La muchacha no la mira.

Mira su propio pie pateando otra vez el agua.

—Yo tuve un perro.

La mujer mira hacia otro lado, como distraída.

—¿Tu familia llegó hace poco al pueblo, no?

La muchacha se acomoda el pelo detrás de las orejas.

Encima del vestido lleva una campera de cuero marrón.

Hace una mueca con la boca y dice:

—Trabajo en el hotel.

—Antes, comíamos en el hotel. Cuando mi hermana y yo éramos chicas nos llevaban a comer todos los domingos. Hace mucho tiempo que no como en el hotel. Después que papá no estuvo más y mamá se enfermó, dejamos de ir.

La muchacha le mira los pies.

La mujer tiene puestos unos zapatos muy gastados.

—Cuando tenga su edad, voy a usar una sombrilla como esa.

La mujer abre la sombrilla. La hace girar.

—¿Hace mucho que estás en el hotel?

—No tanto. Pienso irme. Me parece que voy a irme.

—¿Conseguiste otro trabajo?

—Voy a irme.

—A tu edad tuve un novio.

—¿Qué pasó con él?

—Se fue a la ciudad y volvió casado con otra.

—¿Qué excusa le dio?

La mujer aprieta los labios. Sus ojos enrojecen.

—Lo quise mucho.

La muchacha se sienta en la orilla.

—Vas a ensuciarte.

Ella levanta un hombro, chasquea la lengua. Dice:

—Una vez vi un pez en una pecera. Era un pez de colores. Estaba solo en la pecera. Daba vueltas y vueltas. Yo me acerqué y golpeé el vidrio con la uña. Golpeé cuatro, cinco veces. Creo que fueron muchas más veces. El pez siguió dando vueltas, pero

más rápido. Yo golpeaba y el pez se movía más rápido. Entonces, me di cuenta de que el pez tenía miedo. Dejé de golpear y el pez, poco a poco, nadó como antes de que yo golpeara el vidrio de la pecera con mi uña.

La mujer está mirando la laguna.

—Empieza a hacer frío —dice.

La muchacha la mira a la cara. La mujer le pregunta:

—¿Cómo te llamás?

—Murra.

—Murra. Ahora puedo decir que conocí a una chica que se llama Murra.

La muchacha se pone de pie. Se pasa las manos por las nalgas, sacudiéndolas.

—Yo soy Magdalena. Mi hermana se llama Antonia. Nos gustan los gatos. Mi hermana llevó el primero a la casa. Eso fue hace mucho tiempo. Éramos muy chicas. Todo era distinto entonces. O nosotras lo veíamos así.

La muchacha tiene sus zapatos en la mano. Dice:

—Mi perro mató a un gato. Lo tenía entre los dientes y movía la cabeza para uno y otro lado, como si quisiera sacudirse algo que le hubiera entrado en las orejas. El gato se dobló entre los dientes, como si la mordida lo hubiese partido por la mitad. La cabeza quedó dada vuelta, pegada a las patas. Era un gato pequeño. No debía de tener más de seis meses.

—¿Dónde vas a trabajar si dejás el hotel?

La muchacha comienza a caminar.

—¿Te vas?

Ella no le contesta.

Camina poniendo el talón de un pie junto a la punta de los dedos del otro.

—Murra, en casa tengo una torta. La hice hoy. ¿Te gustan las tortas de naranja? También preparé un jugo con mandarinas y limones. En el fondo de la casa hay margaritas, crecieron tanto que treparon cubriendo una pared.

Ella pone el talón contra la punta del pie. Se aleja algo más.

—Mi hermana murió el año pasado. Los gatos, pobrecitos, también, murieron. Dicen que los envenenaron.

La muchacha está a más de diez metros de la mujer.

—Murra...

Ahora, ella camina de manera normal.

La mujer comienza a caminar detrás de ella.

Lleva la sombrilla sobre su cabeza.

La chica mira hacia los bancos de piedra.

Ve a un hombre y una mujer que se acercan.

No los conoce ni le importan.

—Murra... —repite la mujer.

La muchacha camina más rápido, cada vez más rápido.

Escena veintiocho

Carta a una amiga que está demasiado lejos

El sol, aprovechando una abertura entre los postigos de la ventana, entra en la habitación con la desmesurada fuerza del verano. Una franja de luz cae sobre las maderas del piso haciéndolas casi transparentes. Es la hora de la siesta.

Dolores está sentada frente a la mesa del comedor. Aún no comienza a escribir la carta, pero ya tiene en su mano la lapicera de pluma y, sobre la mesa, ubicó el tintero y el papel.

Dolores moja la lapicera en la tinta y escribe despacio, como si pensara detenidamente cada palabra.

Querida Mercedes: Es otro verano muy caluroso. Los chicos están en el club. El mayor cumplió doce años la semana pasada; el menor cumple diez en dos meses. Todavía son muy apegados a mí. Todo el tiempo están llamándome para que les prepare la torta que les gusta, los ayude con los deberes de la escuela o les cuente cuentos hasta que se queden dormidos.

La sorpresa fue que anteayer, Clara volvió. Está en el hotel. Me dijeron que va a arreglar la casa porque piensa quedarse. No sé qué tiene en la cabeza. Leonora se la cruzó por la calle y la dejó con el saludo en la boca. No es para menos.

Mi marido duerme, como todas las tardes a esta hora.

Estoy en el comedor. Desde acá, puedo escuchar sus ronquidos. Cuando éramos recién casados, no roncaba. Un día empezó a roncar. Me causó gracia escucharlo. Puedo asegurarte que me reí a carcajadas. ¿En qué podían molestarme sus ronquidos? Yo me sentía feliz, muy feliz.

Estoy escuchando ese ronquido. Monótono. Áspero. Persistente. Un sonido penetrante. Una sucesión de sonidos que entran en mí. Son parte de mí. De esta rutina. De mi vida.

Vi tu última película. Me gustó mucho. Creo que es la mejor de tus actuaciones. Fuimos a verla con mi marido. A él también le gustó.

Dijo que eras una gran actriz. Lo dijo mientras caminábamos de regreso a casa. Yo, como siempre, lo tomaba del brazo. De repente, percibí algo. No puedo decirte qué fue lo que percibí. Pero emanaba de él. Es muy difícil de explicar. Era una sensación desconocida y horrible.

Era como si entre él y yo se hubiera abierto un abismo. Él me hablaba desde una de las orillas, yo lo escuchaba desde la otra; entre ambos se extendía ese enorme, profundo, abismo.

Escuchaba su voz y era como si su voz sonara desde la distancia. Tuve miedo. No quería sentir eso que estaba recorriendo mi cuerpo como agua helada deslizándose con la paciente lentitud del caracol. Tan imprevista como apareció, así se esfumó la sensación.

Sentí alivio. De nuevo, sentía que su brazo era mío y que su voz estaba muy cerca de mis oídos.

No fui capaz de reconocer que esa sensación era un presentimiento. Entre nosotros había ocurrido alguna cosa terrible y yo ignoraba qué era esa cosa.

Hasta entonces, yo era una mujer dichosa. Sin embargo, estaba a punto de dejar de serlo y nunca más lo sería. No creo que pueda reconquistarse la felicidad perdida. Nada de lo perdido se recupera.

Vamos por la vida dejando pedazos nuestros y acabamos convertidos en jirones de lo que fuimos.

Así me siento: como si fuera un plato de porcelana que cayó al suelo y quedó hecho pedazos.

¿Cómo se puede hacer para que los pedazos puedan unirse sin fisuras; sin que una vez unidos no queden marcadas las rajaduras y no falten astillas de porcelana en algún sector del plato reconstituido?

¿Por qué tuvo que pasarme esto?¿Qué debí hacer? No sé qué pude haber hecho. Tampoco sé qué debo hacer ahora. No sé por qué nuestras vidas pueden quebrarse en un instante y nada volver a ser como fue.

Mi papá cayó muerto como si una fuerza invisible y maligna lo hubiera fulminado.

Comía con mi mamá, como todos los mediodías. Pero no era ese un mediodía como todos los otros mediodías.

Ese era el mediodía en el que esa fuerza invisible y maligna iba a matarlo.

Del mismo modo, toda mi vida quedó destruida.

Matrimonio, amor, felicidad. Dejaron de ser parte del mundo real. Se transformaron en recuerdos que conservo dentro de mí.

La vida es implacable. Tiende trampas. Engaña. Me hizo creer que el camino me llevaba a un sitio hermoso. Mis ojos miraban adelante, no veían dónde mis pies pisaban. Y caí en la trampa, como un ratón que entra en la trampera atraído por la comida que olfatea. Así metí la mano en el bolsillo de su saco.

No quise despertarlo. Como otras veces, le diría más tarde que había sacado un poco de dinero.

Pude haber metido la mano en el bolsillo donde estaba el dinero, pero mi mano entró en el otro bolsillo.

Y encontré la carta.

Me llamó la atención que la conservara. Nadie le escribía, sino por razones comerciales.

Vi la letra en el sobre. Era una letra pequeña, un poco torpe. La carta tenía la dirección del negocio.

Abrí la carta.

¿Por qué la abrí? ¿Por qué no dejé el sobre en el bolsillo sin leer una sola palabra?

En la penumbra del dormitorio, no podía entender algunas palabras. La letra era demasiado chica, tenía faltas de ortografía y un manchón de tinta al final de una oración.

Firmaba Zulema. ¿Quién era Zulema?

¿Quién era esa persona que le decía que iría a la laguna, a la hora que él le dijo? ¿Quién era esa mujer que afirmaba haberlo extrañado todo el mes en que no lo vio?

Sentía que mi cuerpo se deshacía como un postre de gelatina puesto al sol.

De repente, comprendí que nunca en la vida había enfrentado a un enemigo.

No me refiero a la mujer. Me refiero a los enemigos invisibles que tenemos en la vida. A esos que nos acechan desde las sombras sin que seamos capaces de advertir que ahí están.

Ahora sé que nos persiguen desde que nacimos y que esperan el momento adecuado para lanzarse sobre nosotros y cubrir la luz sumergiéndonos en la oscuridad.

Estoy en la oscuridad. Camino tanteando, buscando la salida. ¿Hay salida? ¿O debo permanecer en este lugar sin arriesgarme a tropezar y caer en un pozo sin escape?

Esperé que pasaran los dos días. Ella estaría esperándolo.

Decidí ir y encontrarlos juntos.

Ese mediodía, mi marido llegó a casa como si nada pasara.

Parecía que, para él, era un día común. Comió. Se acostó a dormir la siesta.

Yo iba y venía por la casa. No podía contener un ligero temblor que estremecía mi cuerpo. Mi estómago tenía una mano adentro, una mano que se abría y se cerraba, estrujándolo.

Él se levantó cuando faltaban minutos para la cita. Entró y salió del baño. Silbaba. Siempre silbaba.

Todo seguía siendo normal en cada uno de sus actos.

Se despidió pidiendo que, para la cena, le preparara una comida que le gusta.

Salió. Subió al coche. Arrancó. Salí atrás de él. Caminé hasta la laguna. Llegue a las casillas. Desde ahí podía ver el agua y la orilla. Vi a la mujer.

Ella estaba sentada en un bote. Más de la mitad del bote estaba sobre la orilla. La mujer estaba sentada en la parte del bote que tocaba el agua. Tenía sus pies metidos en el agua. No podía verme. Yo estaba escondida entre las casillas.

Era delgada, el cabello claro y recogido, con un vestido barato que le dejaba los hombros descubiertos. La odié.

Ella era la culpable de que mi felicidad se rompiera en miles de pedazos.

Esperé que mi marido llegara.

¿Por qué no había llegado todavía? Esperé.

Caminando cerca de la orilla del agua, apareció el rengo Matienzo, el que mató a la mujer y quedó libre hace poco.

Se acercó a la mujer. Le habló.

Ella parecía responderle a Matienzo lo que le decía, pero no apartaba la mirada del agua, como si estuviera hipnotizada o se sintiera muy lejos de todo lo que la rodeaba.

Le vi la cara. De perfil. Era una cara muy joven.

Esa no era la cara de una mujer, sino la de una muchacha un poco mayor que una niña. Su cara era pálida. De pronto, entendí que esa era la cara de alguien profundamente triste.

Comenzó a lloviznar. Matienzo se alejó de ella.

La chica se quedó sola, sentada en el bote, moviendo sus pies en el agua.

La llovizna se transformó en una lluvia intensa.

Caían gotas frías. Yo estaba empapada.

La chica se levantó. Era bastante alta. Llevaba los zapatos en la mano. Estaba completamente mojada.

Caminaba con la cabeza gacha, sola, infinitamente sola.

Empecé a correr. Me fui tan lejos de ella como pude.

Corrí hasta que me faltó el aire y me detuve.

Ella nunca supo que la vi; que me alejé corriendo después de haber contenido el impulso de ir hacia ella, abrazarla y decirle que mi marido era un canalla. Por lo que me hizo y por lo que le hizo a ella.

Creí que iría al negocio o tocaría el timbre de casa.

Los días pasaron y entendí que nunca haría eso. Como si estuviera acostumbrada a la decepción, a ser lastimada.

A la noche, viendo a mi marido sentado a la mesa, junto a los chicos, debí haberme sentido contenta.

En definitiva, me había preferido. Se había sacado de encima a una chica con la que tuvo una aventura con la misma facilidad con la que se espanta una mosca.

Sé que es difícil que lo puedas entender, pero no pensé en mí, sino en ella. Sus ilusiones se habían roto.

Me dirás que eso pasa todos los días a cientos, a miles de personas. Pero yo estuve ahí, en el sitio en el que las ilusiones de esa chica se rompieron.

¿Las mías?

Antes de llegar a la laguna, las había perdido para el resto de mi vida.

Esto quería contarte, Mercedes.

Como siempre, te cuento lo que me pasa.

Como lo hago desde hace más de diez años.

Aunque nunca me contestes.

Aunque desconozca la dirección de tu casa.

Tu amiga que te extraña, Dolores Torgelle.

Se pone de pie. Todos sus movimientos son lentos.

Tapa el tintero. Con un papelito seca la pluma de la lapicera y la deja en el porta lapicero, junto al tintero. Toma la carta. La dobla cuidadosamente. La rompe en cuatro pedazos.

Con los pedazos de papel en la mano, va a la cocina.

Como siempre, arroja los pedazos en el tacho de la basura.

Escena veintinueve

Una mujer con una pipa se sienta a la orilla de la laguna

La mujer está sentada a la orilla de la laguna.

El cielo está gris y hay nubes oscuras. Hace un poco de frío.

La mujer es vieja, lleva puesto un gorro de lana y se sacó los zapatos. Entre los dientes sostiene una pequeña pipa.

La pipa no echa humo, está apagada.

Los dos muchachos están a cincuenta metros de ella. Llevan cañas de pescar.

—Esa vieja otra vez está ahí —dice uno de los dos.

—Duerme en una de las casillas. Me parece que rompió la cerradura. Lleva como un año por acá.

—Está loca.

—Dice que el peluquero es el hijo.

—Mi papá conoció al peluquero en el pueblo donde vivió. Mi papá tenía un amigo allí. Él venía por la calle con el amigo y se cruzaron con Balmaceda. El amigo de mi papá le dijo que ese era el peluquero. Un tiempo después, papá vio cuando Balmaceda llegó al pueblo a instalar la peluquería. Papá me dijo que ella no es la madre.

—Andá a saber. Tu papá conoció al peluquero, pero no sabe quién es la madre. ¿O tu papá conoce a la madre?

—Eso no —dice el otro, con un abúlico tono de voz.

Los dos muchachos están caminando a espaldas de la mujer.

—¿Cómo está? —le dice uno de ellos.

La mujer, sin dar vuelta la cabeza, dice:

—Bien.

—¿No tiene frío?

—Me gusta estar acá. Siempre estoy acá. Hace muchos años vine por primera vez y me senté justo en este lugar.

—¿Vivió en el pueblo?

—Más o menos. Vine para encontrarme con mi novio.

—¿Qué pasó con su novio?

La mujer se encorva de hombros.

—Yo estaba embarazada.

—Escuché que es la madre del peluquero.

El muchacho que se quedó más alejado suelta una risita.

—Sí. Ese es mi hijo.

—¿El padre no apareció?

—Él no vino.

—¿Fue a buscarlo?

—¿Para qué iba a ir a buscarlo?

—Era el padre.

El muchacho que permanece en silencio vuelve a soltar otra risita. El que habla con ella se mantiene muy serio.

—Las cosas son como son —dice la mujer.

—¿Cómo se enteró de que su hijo estaba en el pueblo?

—No lo sabía. Vine en tren. Antes había varios trenes. Ahora hay uno solo. Hace años, vine en tren y me quedé un tiempo. Esa vez estaba enojada. Quería hablar con una mujer. No hablé con ella. No fue culpa mía lo que pasó. Fue asunto de ellos.

—¿Quiénes eran?

La mujer encorva los hombros.

—Gente que conocí.

—¿Y su hijo? ¿Cómo descubrió que era su hijo?

—Apenas lo vi supe que era él.

—¿Cuánto hace que no estaban juntos?

—Muchos años. Él era un nene. Al principio, creí que lo robaron. Después, pensé que él quiso estar solo. Si eso quería, estaba bien. Yo podía entenderlo. Íbamos en el tren. Me quedé dormida. Cuando desperté, ya no estaba. Tengo fotos en las que estoy con él.

La mujer revuelve en el bolso y saca unas fotografías rotas y pegadas cuidadosamente con cinta transparente. Se las muestra al muchacho.

—Esta es usted y este es él. No hay duda de que es su hijo.

Estira el brazo y le alcanza algunas fotos al otro muchacho.

Las mira y las devuelve a punto de soltar una carcajada que consigue dominar.

—La dejo. Tenemos que hacer. ¿Piensa quedarse por acá?

La mujer afirma moviendo la cabeza.

En todo momento habló sin sacarse la pipa de la boca.

—Seguro que vuelvo a verla. ¿Cómo se llama usted?

—Murra.

—¿Murra? No creí que existiera ese nombre.

—Yo me llamo así.

—¿No le gustaría tener otro nombre?

—Soy Murra. Me gusta llamarme Murra.

El muchacho que está detrás de ella suelta una risita. El que habla con ella mete la mano en un bolso bastante grande que lleva colgado de uno de los hombros.

—Puede cocinarlo o venderlo —le dice dándole un pescado.

Lo deja en el suelo.

La mujer mira de reojo el pescado.

—Gracias —dice, apenas abriendo la boca.

—Le conviene irse. En un rato va a llover. Están cayendo algunas gotas.

—Me gusta la lluvia.

El muchacho levanta el brazo, saludándola en silencio.

Los dos muchachos se van alejando.

Se ríen. Giran las cabezas mirándola.

Siguen caminando hasta más allá de los bancos de piedra y las casillas.

Comienzan a caer gotas de lluvia más gruesas y frías.

—Yo también fui así —dice, como si los muchachos todavía estuvieran allí.

Se levanta con bastante agilidad. Es muy delgada.

Deja el pescado tirado.

Con los zapatos en la mano, empieza a caminar.

—Yo sé que no es mi hijo —dice en voz alta, como si conversara con alguien que fuera caminando a su lado—. Mi hijo se cayó del tren. Hace mucho que se cayó. Me quedé dormida y se cayó. Sé bien que ese hombre no es mi hijo.

Descalza y con los zapatos en la mano, camina lentamente hacia las casillas.

Llueve torrencialmente.

La mujer está completamente mojada y camina un poco más rápido, como si comenzara a sentir frío.

Escena treinta

Una carrera a algún lugar

—Nunca podría irme para siempre.

La que dice esto es Dolores Torgelle. Está sentada en el suelo cubierto de tréboles; una de sus piernas está doblada y la otra la cruza permitiendo que el pie se balanceé en el aire.

En las manos tiene un puñado de tréboles y les corta, delicadamente, las pequeñas hojas. A cada hojita la sostiene frente a sus ojos y, luego, la suelta dejándola caer sobre su pollera o sus piernas.

Las hojitas se amontonan hasta que el viento las quita de encima suyo, haciéndolas flotar por unos instantes, como si tuvieran vida propia, y empujándolas, al fin, contra el piso.

—¿Qué es para siempre?

La que hace esta pregunta es Mercedes Blanco.

Su espalda está apoyada contra un árbol. Ella ignora el nombre de ese árbol. Para ella es «el árbol de Manu».

Junto a ese árbol, muchas veces, se encuentra con su novio, Manuel Unzaga.

En este momento, Mercedes tiene los pies descalzos. Siempre le gustó pasear descalza por el bosque y sentir la frescura de los tréboles y la hierba.

Ahora, Mercedes levanta uno y otro pie, alternativamente, sin apartar la vista de ellos, como si fueran graciosos animalitos haciendo piruetas.

—No creo que no lo sepas.

—¿Por qué tendría que saberlo?

—Porque sabés que nunca vas a volver.

—No es cierto. Manu y mis tíos viven acá. Voy a visitarlos. También espero que Manu me visite seguido.

—Ni vas a volver ni él irá a verte.

—¿Cómo podés saber lo que no sucedió?

Dolores se encorva de hombros, frunciendo los labios.

—Porque vas a convertirte en otra.

—No entiendo.

—Vas a dejar de ser Mercedes Blanco para ser otra mujer. Alguien que ya no tiene relación con nadie de este pueblo.

—No va a ser de ese modo.

—Ganaste el concurso de la radio. Te eligieron para filmar una película, te pusieron otro nombre.

—Sigo siendo yo. No pienso cambiar. O sí, puede ser que tengas razón. Cuando venga de visita, no voy a llamar a tu puerta. ¿No pensarás que una estrella como yo golpeé a la puerta de una tipa como vos?

—Aunque hablés en broma, no vas a volver. Las chicas como vos terminan en el fondo del arroyo.

—El arroyo está seco desde que mi mamá era chica.

—Hablo del arroyo de las películas norteamericanas. Esas en las que dicen: «Te saqué del arroyo, nena».

Mercedes suelta una carcajada.

Su risa tiene encanto, una plácida alegría.

—Desde chica estuviste loca. Lo volviste loco al pobre profesor Rukin. Te le insinuaste y cuando él, como todo un caballero, te rechazó, contaste la historia del lobo y Caperucita para vengarte de su desprecio.

—¡No me hablés de Rukin! Sabés que no me gusta hablar de ese asunto.

—No es lo único de lo que no hablás.

—¿De qué no hablo?

—De que perdiste la virginidad.

—¿De dónde sacaste semejante mentira?

—Es la verdad. Me lo dijo Manu.

—¿Qué sabe Manu?

—Lo que le contó Jorge Cárdenas, tu novio.

—No es mi novio.

—Era tu novio. Él le contó todo.

—¿Qué contó?

—Como te tocaba en el sótano de la ferretería y cómo te acostabas en el asiento trasero del auto del padre.

—¡No es cierto!

—Dijo que le mordías el cuello y que gritabas tan fuerte que ponía la radio a todo volumen para tapar tus gritos.

—¡Es una falsedad! ¡Voy a hablar con él!

—Clara también me dijo que los había visto manoseándose en el coche. Le contó a la madre y la señora Lecuona no quiere que se junte más con vos. Ya sabés que son muy católicos.

—¡Clara es una mentirosa! ¡No vio nada, no pudo ver nada!

—No es tan malo dejar de ser virgen. No tenés que avergonzarte, soy tu amiga.

—¡Soy virgen!

—Ya lo sé.

Dolores suelta aire por la boca, como si el aire arrojara fuera de ella el enojo y aliviara su tensión.

—¿Por qué hacés esto?

—Quería estar segura de que seguías siendo virgen.

—No voy a dejar de serlo hasta que me case.

—Es lo que todas dicen. Me gustaría saber si es verdad en todas las que lo dicen.

—No pienso cambiar de idea.

—Veremos. Apenas tuviste un novio y que dejaba bastante que desear.

—Jorge es muy bueno.

—¿Y?

—¿Y? ¿Qué?

—Es un poco raro.

—¿Qué tiene de raro?

—No sé. No es como Manu.

—Sos una tarada. Jorge es un chico muy bueno.

—A una mujer no le alcanza con tener a su lado a un hombre bueno. Una mujer necesita mucho más que bondad.

—No sé qué querés decir.

—Lo que vas a saber tarde o temprano.

—Hablás como si estuvieras en una película.

Se quedan repentinamente silenciosas.

El viento es un poco más frío.

—¿Te gustaría casarte con Manu? —pregunta Dolores, como si, de improviso, se hubiera acordado de algo que quería saber.

—Claro.

—¿Por qué no lo vas a hacer, entonces?

—¿Quién dijo que no?

Dolores vuelve a quedarse en silencio. Pone una mano bajo su nuca. Los reflejos del sol la hacen entrecerrar los ojos.

—Yo sí voy a casarme. Pienso tener varios hijos. Cuando sea vieja, muy vieja, mi marido se sentará en el extremo de una larga mesa y yo en el otro. Entre él y yo estarán todos nuestros hijos y nietos. Acostada junto a mis piernas, una perra collie con el pelo negro y blanco.

—Parece muy aburrido.

—¿Qué vas a hacer para que lo tuyo sea mejor?

—Ser muy famosa y rica. Mientras vos estés en esa mesa festejando algún estúpido cumpleaños, yo estaré en la cubierta de un gran barco, cruzando el océano, rumbo a Australia.

—¿Australia? ¿Por qué a Australia?

—A buscar un canguro para tenerlo de mascota.

Dolores no puede evitar reírse.

—¿Qué tiene de gracioso? ¿Podés tener tu perra y no puedo tener un canguro? Te prometo que, cuando sea vieja tan vieja como vos lo seas, viajaré a Australia y volveré con un canguro.

Dolores vuelve a reírse.

—Lo que creo es que vas a estar rodeada de perros, gatos, peces, pájaros, todo lo que puedas meter en tu casa.

—¿Por qué haría algo semejante?

—Para no sentirte sola.

—¿Quién va a estar sola?

—Vos.

—Te equivocás. Voy a vivir grandes amores. Estoy destinada a eso. Nunca voy a estar sola.

—A lo mejor, no. ¿Quién sabe? Pero pienso que jamás vas a tener un gran amor.

—¿Por qué no?

—Porque no te importa dejar a Manu. Él te quiere y no te importa que te quiera, ni lo que le pase cuando te vayas.

—Te dije que voy a verlo. No lo abandono.

—Lo vas a dejar. Nunca lo quisiste realmente. Es como si creyeras que el mundo está lleno de hombres que van a quererte como te quiere Manu.

Dolores, de un tirón, corta otro puñado de tréboles y dice:

—Vos creés que podés reemplazar a uno por otro cuando se te dé la gana. Querés vivir el amor con un hombre como si fuera una película. Llega la palabra «fin» y comenzás a leer el guión de la próxima que filmarás. Es lo que hacés ahora. Mientras tanto, Manu y yo estamos en el mundo real. Amamos y sufrimos de verdad. Gritamos cuando nos golpeamos el dedo con un martillo. No simulamos.

—¿Simulo?

—Dije otra cosa.

—Lo que digas no tiene sentido.

—Tenías un sitio en el mundo y lo estás perdiendo.

—Hay muchos sitios. ¿Cómo podés ser tan cerrada? ¿Tanto te cuesta entender que quiero ser actriz? No quiero ser otra cosa.

—No. Eso lo entiendo.

—¿Entonces?

—La que no entendés sos vos.

—¿Qué es lo que tengo que entender?

—Hay cosas. Otras cosas.

—No sé de lo que hablás.

—Seguro que no.

—Si una quiere, es fácil hacerse entender.

Dolores parpadea con rapidez.

Respira el aroma de la tierra y la hierba. Mira hacia arriba.

Aprieta los labios, como si se estuviera esforzando por contener algo que está a punto de reventarle el pecho.

Muchas nubes están bajas y tienen un color gris oscuro.

Con voz apagada, Dolores dice:

—No quiero extrañarte.

Mercedes parece estar meditando, estar tan serena que apenas respira.

Escucha el sonido del viento. Escucha cómo el viento se escurre entre las hojas.

Cierra, un instante, los ojos.

Sus párpados parecen inflamarse.

Sus ojos, ahora, están abiertos.

Sus ojos están llenos de lágrimas.

Repentinamente, Mercedes se pone de pie y exclama:

—¡Te corro una carrera hasta la orilla de la laguna! La última en llegar se tira al agua vestida.

—Hace frío.

Dolores se incorpora con alguna dificultad, como si una de sus piernas se hubiera acalambrado.

—¿Corremos? —pregunta Mercedes, con tono desafiante.

—El agua está fría. Puede darnos pulmonía.

—A la una, a las dos...